CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL

MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN

57

VII JORNADAS DE HISTORIA MILITAR

# DE LA PAZ DE PARÍS A TRAFALGAR (1763-1805). GÉNESIS DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

MINISTERIO DE DEFENSA

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL

MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN

57

VII JORNADAS DE HISTORIA MILITAR

# DE LA PAZ DE PARÍS A TRAFALGAR (1763-1805). GÉNESIS DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Julio, 2002

**FICHA CATALOGRÁFICA DEL CENTRO DE PUBLICACIONES**

**Jornadas de Historia Militar (7.ª 2001. Madrid)**
De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805) : génesis de la España contemporánea / VII Jornadas de Historia Militar. [Madrid] : Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2002. — 112 p. ; 24 cm. — (Monografías del CESEDEN ; 57).
Precede al tít.: Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional
NIPO 076-02-133-9. — D.L. M. 37006-2002
ISBN 84-7823-937-5
I. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (España) II. España. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, ed. III. Título IV. Serie

Historia militar / Oficiales / Patriotismo / Aeronáutica / Cadalso y Vázquez de Andrade, José de / España / S. XVIII / S. XIX

Edita:

MINISTERIO DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

NIPO: 076-02-133-9
ISBN: 84-7823-937-5

Depósito Legal: M-37006-2002

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 1.000 ejemplares
Fecha de edición: Julio 2002

# DE LA PAZ DE PARÍS A TRAFALGAR (1763-1805). GÉNESIS DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

## SUMARIO

*Página*

PRESENTACIÓN..... 9

*Primera conferencia*

LA FASE MUNDIAL 1763-1805 Y EL VALOR DE LA «PATRIA HISTÓRICA»..... 13
*Por Juan Pérez de Tudela y Bueso*

*Segunda conferencia*

LA FORMACIÓN DEL OFICIAL EN EL SIGLO XVIII. EL MARINO ILUSTRADO..... 43
*Por Hugo O'Donnell y Duque de Estrada*

*Tercera conferencia*

EL CORONEL CADALSO: UN OFICIAL «PATRIOTA Y CRÍTICO» (1741-1782)..... 69
*Por Miguel Alonso Baquer*

*Cuarta conferencia*

LA AERONÁUTICA HASTA EL SIGLO XIX. FÁBULAS, LEYENDAS Y TRADICIONES..... 83
*Por Adolfo Roldán Villén*

ÍNDICE..... 107

# PRESENTACIÓN

## PRESENTACIÓN

*La Comisión Española de Historia Militar (CEHISMI), fiel a su cita tradicional, presenta en esta ocasión los trabajos desarrollados para las* VII Jornadas de Historia Militar *que se celebraron el pasado mes de noviembre en el paraninfo del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN).*

*Una novedad de estas* VII Jornadas *la constituye, el que por primera vez, se abandona el esquema de conferencias monográficas anuales y se inicia un ambicioso ciclo de un lustro, en el que la CEHISMI y los Institutos de Historia y Cultura Militar, Naval y del Ejército del Aire pretenden analizar con el título: «La defensa de la Monarquía Hispana en la madurez de la Ilustración (1763-1805)», el intenso periodo histórico que conduce de la Paz de París a la batalla de Trafalgar.*

*Este primer año y bajo el título específico «De la paz de París a Trafalgar (1763-1805). Génesis de la España contemporánea» hemos contado con cuatro conferenciantes a los que deseamos ahora reiterarles nuestra gratitud por sus inteligentes y desinteresadas colaboraciones:*

— *A don Juan Pérez de Tudela y Bueso representante de la Real Academia de la Historia en la CEHISMI y verdadero inspirador del ciclo por su conferencia «La fase mundial 1763-1805 y el valor de la "patria histórica"».*

— *A don Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, miembro electo de número de la Real Academia de la Historia, conde de Lucena, marqués de Altamira, que trató en profundidad la educación y preparación de los cuadros de mando en el Siglo de la Ilustración, en su conferencia «La formación del oficial en el siglo* XVIII*. El marino ilustrado».*

— *Al general de brigada don Miguel Alonso Baquer que presentó de una manera brillante, la vida y el pensamiento de un prototipo de militar «crítico» en su conferencia «El coronel Cadalso: un oficial "patriota y crítico" (1741-1782)».*

— *Y finalmente al coronel del Ejército del Aire don Adolfo Roldán Villén que en su conferencia «La Aeronáutica hasta el siglo XIX. Fábulas, leyendas y tradiciones» expuso de una manera entretenida y muy documentada los intentos del hombre por volar desde los primeros tiempos hasta principios del siglo XIX.*

## PRIMERA CONFERENCIA

# LA FASE MUNDIAL 1763-1805
# Y EL VALOR DE LA «PATRIA HISTÓRICA»

# LA FASE MUNDIAL 1763-1805 Y EL VALOR DE LA «PATRIA HISTÓRICA»

JUAN PÉREZ DE TUDELA Y BUESO
*Miembro de número de la Real Academia de la Historia.*

## Prospectivas sobre un dilatado compromiso conmemorativo

En el curso antecedente, esta Comisión Española de Historia Militar (CEHISMI) elevó un plan relativo a la posibilidad de que a lo largo de los años venideros se dedique una atención continuada y sistemática a la cadena de acontecimientos de Europa y de América que, comenzando por el combate de Trafalgar, enlazan luego causalmente la defensa de la Monarquía Hispana contra el asalto napoleónico, con la emancipación de las naciones hispanoamericanas virtualmente consumada con la batalla de Ayacucho. Sin que esa atención sostenida haya de ser óbice, por supuesto, para que nuestra institución dedique también la atención que estime pertinente a otros temas y cuestiones históricas.

Esa propuesta, a la que hemos dado por rótulo comprensivo el de «La defensa de la Monarquía Hispana (1805-1824)» ha sido aprobada por el señor ministro; seguramente en virtud de las razones que abonan nuestro propósito; y cuyo objeto resulta tan abultado para la memoria más olvidadiza, que no necesita en verdad de ponderaciones: nada más y nada menos que el doble ciclo bélico-revolucionario de que nacen la España y la Hispanoamérica contemporáneas.

Innecesario es asimismo, el extenderse sobre la conveniencia de que la conmemoración sea condigna intelectualmente con la transcendencia de

aquel drama. Inscrita está ya esa obligación en el ritual de nuestras sociedades. A pesar de los vientos y mareas que al final del milenio soplaron contra el respeto al pasado y a favor del «presentismo» más cegato y soberbio, recientes conmemoraciones españolas han venido a demostrar, con su éxito entre gentes de toda condición, en qué medida una gran «nación histórica» —por la dimensión objetiva de sus hechos— no renuncia a contemplar y estudiar las experiencias de que procede.

En fin, tampoco nadie puede negar el papel preeminente que el acontecer militar desempeñó a lo largo del ciclo ni, por lo tanto, la obligación que en grado también preeminente, le corresponde a una institución como la nuestra, de abordarlo desde el rigor que nos conviene. Bien entendido —ni que decir tiene— que los términos «bélico» o «militar» no quieren significar fronteras de exclusión, sino que son referencia integradora sobre la pluralidad de esferas que concurren a configurar la realidad de aquel drama enorme, desde el armamento a la política y las artes.

Hemos creído que una anticipación programadora siempre aconsejable en estos casos, ofrecía en el presente la ventaja de dotar de continuidad interpretativa a la serie de sucesos enlazados a rememorar en año sucesivos; de manera que a un camino tan dilatado en el tiempo y en el mapa como el que consideramos, se pueda responder con un desarrollo estudioso orientado desde su comienzo por un designio de perspectivas adecuadas a aquella dimensión.

En tiempos no demasiado lejanos pudo temerse que los enfoques y pasiones nacionales implicados en tal cuadro, suscitaran o resucitaran sentimientos poco propicios al entendimiento amistoso. Hoy podemos en cambio estar seguros, desde la madurez alcanzada por la historia militar, que no sólo podremos contar, sino que nos convendrá hacerlo, con la participación en nuestro empeño, de los conocimientos y puntos de vista que, aunque vengan desde posiciones «patrióticas» que un día se presentaron como contrarias a la integridad del Imperio hispánico, hoy aparecen unidas con lazos de fraternidad a nuestros intereses de presente y de futuro. Tanto, por fortuna, si miramos hacia Europa, como si lo hacemos hacia América.

Lo que ese cambio de posibilidades debe a la evolución de la mentalidad y de las relaciones internacionales establecidas en Occidente, es algo que está en la mente de todos. Pero no seríamos justos con la herencia que debemos a nuestros abuelos si no reconociéramos este hecho: es a saber, que si a los españoles nos está permitido dialogar sin excesivos problemas con gentes de toda procedencia e idioma, luego de haber sido «imperia-

les», es porque nuestro pasado como gran entidad histórica, sembrado como está —y cómo no—, de hechos que no todos son necesariamente propios para adornarse con ellos, ha estado presidido por una especie de intuición colectiva hacia saber encontrar caminos de dignidad. Por lo que hace a nuestra materia, en relación con Europa fue Napoleón Bonaparte quien con autoridad irrevocable dio la calificación que correspondía a la cuestión: España se había comportado como un sujeto de honor. Y respecto del Nuevo Mundo, el paso de los años y los ejemplos de las «descolonizaciones» que ellos han contemplado, no han podido sino reafirmar la obvia sentencia de que la emancipación hispanoamericana es cabal expresión de la madurez de una obra forjadora de patrias cada vez menos propicias a negar la realidad y las ventajas de constituir una parte integrada y fundamental del Occidente histórico. Es algo que puede justificar el orgullo de quien guste de tal sentimiento. Pero que en todo caso, obliga en conciencia intelectual a todo español a considerar con respetuosa seriedad la deuda que debemos a la memoria de nuestros mayores.

Una deuda cuyo pago sólo es admisible en moneda de dignidad moral por nuestra parte.

La fase de nuestro trabajo que en este acto comenzamos, tendrá como termino el año 2005, conmemorativo de Trafalgar. En los cursos que le precedan se proseguirá el examen de los diversos planos que en el discurso histórico comprendido entre 1763 y 1805, configuran las condiciones que rodean el choque de Trafalgar como final de un proceso. Como pauta de ordenamiento temático hemos adoptado la de avanzar desde las formulaciones de orden teórico o doctrinal en que se funda la defensa hispana —en un sentido sistémico— hasta las realizaciones diversas —institucionales y técnicas— en que se actualizan las teorías, para concluir en el acontecer y las personas que condujeron el drama hasta su desenlace.

Conforme al presupuesto de nuestros deseos, ese avance deberá resultar en concordancia de preocupaciones —al menos— pero con independencia de desarrollo respecto de las otras iniciativas que han de suscitar las efemérides de Trafalgar; y en particular con las promovidas por la superior comisión que a buen seguro se nombrará oportunamente.

Respondiendo a las concepciones referidas y a su enfoque extensivo, el proemio que significa esta conferencia versa sobre el panorama histórico general del intervalo 1763-1805. Y deberá comenzar por justificar tal encuadre cronológico en cuanto a su cota inicial, que corresponde a la fecha de las paces de París y Hubertusburg. Porque ocurre aquí, como

suele en tantos casos, que la ascensión en los enlaces causales quiere llevarnos, hasta no se sabe qué remotos días. Ahora bien; no es aventurado ver en la Paz de París del año 1763 una divisoria de rango, en cuanto final que es del ancho y enconado ciclo bélico que ocupa el centro del siglo XVIII, y que a lo largo de sus dos diferenciadas fases deja ver una realidad inconcusa, es a saber (y para decirlo en extrema síntesis): que el supuesto de un equilibrio entre las potencias continentales —equilibrio respecto del cual Inglaterra se adjudicaba llanamente el papel de arbitro decisivo—, no redundaba en ganancias realmente sustanciales ni en otra hegemonía posible que la inglesa. En la primera fase, o guerra de Sucesión de Austria (1740-1748), los protagonistas esenciales se agruparon en dos parejas: de un lado, Francia y Prusia, unidas en el designio de ensancharse a costa de María Teresa, heredera de Austria y de la Corona de Hungría, y a cuyo socorro vino el hannoveriano rey de Inglaterra. El segundo capítulo del ciclo, tras la mera tregua que significó la Paz de Aquisgrán, vino precedido de aquella casi antonomásica «inversión de alianzas» (1756) por lo cual el monarca francés Luis XV pasó a apoyar a la emperatriz María Teresa en su pretensión de recuperar la Silesia, mientras que Federico II recibía la pertinente ayuda del rey inglés. Una reversión que tuvo como principal motivo la advertencia (ya presente en el pacifismo del ministro Fleury), del capital error que se cometía por Francia al extenuarse en la enemiga contra Austria, mientras la potencia británica crecía sin tregua. Salvo que también la terrible prueba del conflicto de los Siete Años terminó, como se recuerda, con tal pérdida para Francia, que bien puede decirse catastrófica: la mayor y mejor parte del imperio colonial francés pasaba a manos de los ingleses.

Ocurría esto cuando por añadidura, no se presentaba a la vista en el mapa europeo un elemento de conflicto de entidad suficiente para moderar el desequilibrio establecido por la Paz de París y sobre el cual la gran palanca diplomática francesa pudiera ejercer sus tradicionales recursos. Prusia, Austria y Rusia harían del despedazamiento de Polonia su particular motivo de diálogo nutricio; y de común acuerdo. Quedaba así prevaleciendo sobre el tapete mundial un enfrentamiento entre la fuerza unida de España y Francia (en virtud de los Pactos de Familia) contra la potencia rampante de Inglaterra. Un enfrentamiento de tal vigor protagonístico, como para superar los mayores contrastes.

Por lo pronto, el alzamiento de las 13 colonias norteamericanas contra la metrópoli inglesa deparó una oportunidad de desquite que Francia no estuvo dispuesta a desaprovechar, como tampoco España, aún a sabien-

das bien sabidas, del precio que aquel ejemplo pudiera representar en breve para la sustentación de la Monarquía Indiana. Ni luego las conmociones europeas entre 1789 y 1805 fueron capaces de invalidar el mandato hacia el duelo que se sustanció en Trafalgar: como algo que era inexorable desde la lógica de los intereses que definen un destino histórico.

Examinar circunstancialmente todo el periodo en cuestión, a escala europea y ultramarina, y aunque sólo fuese en sus rasgos mayores, no reportaría a ustedes seguramente valor mayor que el de repasar en la memoria una bien consabida cadena de acontecimientos —aunque ciertamente dramáticos y transcendentales— sin fruto aleccionador que así pudiera llamarse. Como tampoco el recitar la serie de afluencias ideológicas que ahora vinieron a disputarse el dominio de las conciencias con extraordinaria floración de proposiciones y motivaciones animadas de fragoroso empuje conflictivo. Que para algo fue el tiempo que conoció el auge de la *Enciclopedia* y el de Rousseau, a la vez que la elaboración de las críticas kantianas y la concepción del *Fausto* por el joven Goethe, las herencias del Rococó y los mensajes de Herder y de Lessing, los cadalsos del terror y las réplicas de Edmundo Burke y José de Maistre. He preferido por lo tanto fijar mi comentario en un elemento de conciencia colectiva que, siendo común a todo el espacio interesado en Europa y en América, adquirió en aquellos días una pujanza nueva y espectacular en su papel de protagonista eminente en el drama histórico, para afirmarse rotundamente en esa función todo a lo largo del siglo XIX y hasta mediados del XX. Me refiero a la noción y a la asunción espiritual de la «patria histórica» como sujeto —sujeto colectivo— de destino.

Huelga probablemente advertir que al elegir este objeto como eje de mi discurso no pretendo ignorar lo que ofrece de problemático desde los puntos de vista propios de las convenciones políticas que han venido dominando en nuestros días, señoreados por el gusto y el aprovechamiento de las ambigüedades; y que respecto de la «patria histórica», además de evitar su nombre y recuerdo, subrayaran críticamente la dualidad de su estatuto ontológico, basculando entre la abstracción evanescente de los atributos que se postulan en una población —cambiante con los tiempos y diferenciable con sus talantes personales—, de un lado, y del otro las concreciones institucionales en que se hace realidad de poder la invocación de la patria.

Hablaré aquí de la patria en cuanto motivación real que fue de las conciencias; y abrumadoramente documentada, como que hizo a las gentes

actuar, vivir y morir por su causa. Y que en tal sentido funcional resulta ser para el historiador algo tan exigente de una atención ponderal y comparativa, como la debida a la subsistencia física de la población.

Disculpen ustedes la anterior perogrullada, que tan densa es desde las experiencias milenarias del historiar. Sólo quiero indicar con ella, que no ignoro, pero tampoco me allano ante las interesadas algarabías con que nuestro mundo viene empeñado en sustituir las «normalidades» que fueron por las normalidades «virtuales» que lanza a las ondas la ortodoxia de los mercados cada temporada coyuntural. Al mismo título de objetivar nuestra atención sobre la realidad operativa del pasado, advertiré —por obvio que resulte seguramente para ustedes— que la vivencia de «patria histórica» que sale aquí a nuestro encuentro a hablar de la eficacia de su función, no es desde luego una entidad conceptual y emotiva que deba considerarse ante todo desde la homogeneidad genérica de sus rasgos y de su peso de hecho. Se trata, por el contrario, de un factor que según cada potencia o país soporte de un patriotismo, tuvo su peculiar contextura argumental y su fuerza.

Eso nos aconsejará establecer una prevención, de entrada, contra la visión que prevaleció en tiempos, sobre los orígenes de la Edad Contemporánea, y conforme a la cual, fue una básica diferencia de espíritu la que se dio entre los Ejércitos franceses de la Revolución —los *enfants de la patrie* portadores del ideario del Estado-nación— y sus oponentes bajo sujeciones y banderas propias del *ancien régime*, que les privaban de entusiasmos combativos. Que eso significa una simplificación desvirtuadora de la realidad, es algo que espero resulte patente de nuestro examen. De todas maneras, antes de avanzar en él, y puesto que los españoles brindaron el ejemplo más sobresaliente y trascendental de resistencia esencialmente patriótica contra las armas francesas, ya desde la guerra del Rosellón, y de modo fulgurante desde el año 1808, sería pecado de incongruencia por mi parte, no acompañarme ya desde el dintel con la memoria de un documento acreditador de la consistencia de mi posición. Aunque sea el primero en reconocer lo que ello tenga de efectismo absolutamente innecesario para todos ustedes, también ocurre, no obstante, que en tal documento concurren el genio del arte y la significación histórica de modo tan egregio, que al historiador no le cabe salida más adecuada a su obligación, que cederle con respetuoso silencio el proscenio para que nos recuerde su insustituible palabra sobre el vivir y morir por la patria. Me refiero a Goya y a los «fusilamientos de la Moncloa».

Una segunda recordación me parece también conveniente para tener cuenta previa de algo tan importante sobre la conciencia de las generaciones, como es la entidad de las pruebas bélicas, en cuanto medidas en tiempo de duración, sacrificios, costos y perspectivas en la desembocadura. Respecto del siglo XVIII tres primeros trazos se nos presentan con capacidad para configurar el sentir de las gentes. El primero es la gravedad y largo alcance de los resultados con que se cerraron, por las paces de Utrecht y Nystadt, los dos grandes conflictos cursados en paralelo, que fueron la guerra de Sucesión a España y la guerra del Norte. Ésta última librada entre aquellas dos estelares figuras que fueron Carlos XII de Suecia y Pedro I *el Grande* de Rusia. Son las paces que marcan el final del llamado «siglo de Luis XIV» o de hegemonía francesa. La primera —Utrecht— aseguró la integridad de la doble herencia hispánica —España e Indias— en Felipe V y sentó bases implícitas de esa consistente alianza hispano-francesa que se formalizó luego a través de los Pactos de Familia entre ambas monarquías borbónicas. Pero en modo alguno resultó en provecho «heliocéntrico» de Luis XV, ni favorable (Gibraltar, Menorca, asiento de negros, navío de permiso) al Imperio español frente a las hipotecas leoninas adquiridas por el inglés.

Segundo rasgo: en el Oriente europeo, de Norte a Sur, el triunfo de Pedro I tuvo graves y durables consecuencias: hundimiento del poderío que había hecho del Báltico un «lago sueco», para convertirlo en teatro de las ambiciones rusas, que a él asomaron ahora desde la flamante ventana de San Petersburgo; fin de las posibilidades de la Monarquía polaco-lituana de sustentar ambiciones expansivas hacia el Este y el mar Póntico. Rusia sucede a Polonia en tales rumbos.

Tercer rasgo: crecimiento espectacular de los dominios y la potencia de la dinastía Habsburgo desde finales del XVII hasta alcanzar los muros de Belgrado. En confirmación de la decadencia del Imperio turco; aunque en grado menor de lo que se esperó.

El efecto conjunto de esos tres rasgos tiene su alcance más grave en la obligada reducción del protagonismo francés a perspectivas disminuidas, con Suecia en la inoperancia, Polonia en irremediable declive y el Imperio turco en senda descendente (tres pilares de la diplomacia francesa); que marcan también para ella el rumbo hacia el ocaso. Al sistema de la hegemonía o pretensión hegemónica de un poder continental, debería suceder un sistema de rivalidades en equilibrio inestable sobre el que el poder hegemónico en los mares —el inglés— se arrogaría el desempeño de árbitro de la balanza. Algo debido mucho más a la lógica de la geopolítica que

a privilegios de mentalidad. Como a esa lógica obedeció a la postre la orientación francesa en vista de aquellos horizontes, a ensanchar y fomentar sus establecimientos coloniales, en inevitable antagonismo con el homólogo designio británico, y procurando en cambio respetar al aliado español. Desde aquellas iniciales bases del siglo, un avizor de la geopolítica hubiera podido leer en el mapamundi las fatales líneas que condujeron a Trafalgar.

No es de extrañar que después de aquel cardinal vértice de Utrecht-Nystadt siguiera un amplio periodo presidido por el espíritu pacificador —el del regente francés duque de Orleans, y el del ministro Walpole en cabeza de cartel— frente al cual los intentos de «revisar» el marco de estabilización encontraron un muro de resistencia general. Como le ocurrió al de Isabel de Farnesio en relación con sus miras dinásticas sobre Italia. Hoy está bien establecido que en el acuerdo básico de Francia e Inglaterra para prolongar la quietud pesaron muy mucho intereses personales, comenzando por las esperanzas del de Orleans a heredar a su sobrino el niño enfermizo que era Luis XV, en competencia de ilusiones con Felipe V. Pero planeando sobre eso estuvo la necesidad general europea de tomar un clásico respiro de «entre guerras».

Por contraste, la segunda mitad del siglo no conoció un alivio semejante, enlazados como vinieron en el tiempo los conflictos desde el año 1739, hasta penetrar en la vorágine guerrera del siglo XIX, mediante dos fases diferenciables por la Paz de París de 1763. La primera (guerras de Sucesión de Austria y de los Siete Años), es de índole interestatal inequívoca. La segunda, comienza por la sublevación de las colonias angloamericanas del Norte, y marca una inflexión de tal categoría, como para fijar en ella el tránsito a una Era nueva o contemporánea: la que discurre ya bajo la invocación a la libertad como principio abstracto fundante (con toda su carga conflictiva de ambigüedad y su poder de movilización anímica), del orden edificador de la sociedad nacional y de las relaciones internacionales. Y con obligada repercusión sobre el concepto y sentimiento de patria.

Consideremos, pues, primeramente el horizonte relacionado con la doble confrontación en el centro del siglo (1740-1763), y sus consecuencias. He aquí los rasgos más destacables, en mi estima, en la índole de aquella conyuntura, como antesala de un fundamental cambio histórico. El encono de la contienda y la magnitud de los sacrificios por ella exigidos, a pesar de que a lo largo de la lucha las ventajas no fueron ostensibles, sino a la postre para Prusia y sobre todo para Inglaterra. Ello hay que relacio-

narlo sin duda con la entidad de los errores cometidos en las previsiones «de gabinete» y que fueron contestadas por los hechos; y así pues, con la frecuencia de las «sorpresas» que se fueron ofreciendo sobre la marcha. Ante todo, y presidiendo los presupuestos iniciales, el error de cálculo francés sobre la debilidad de María Teresa, y la oportunidad que brindaba de destrozar la imperial construcción con capital en Viena. Y en el segundo asalto (o de los «Siete Años»), la equivocación de María Teresa y Luis XV, ahora unidos, sobre la capacidad conjunta de la finanza inglesa y la terquedad de Federico II en no rendirse a la evidencia de su situación desesperada (debida sobre todo a la eficacia «sorprendente» con que las fuerzas rusas desempeñaron su papel), y que de hecho sólo fue salvada por la imprevisible decisión del zar Pedro II como admirador ferviente del monarca prusiano.

En el plano de la instrumentación militar, sobresalió —bien se sabe— aquella demostración que como carta de primer orden efectivamente vino a ofrecer la Infantería prusiana por su dotación innovadora en movimiento y tiro. Pero no como un absoluto: la Caballería imperial exhibe sus bazas resolutoriamente en los paisajes y momentos adecuados y cuando está dirigida por adalides de talla.

En suma, como lección primera resulta la de la complejidad intelectiva, así en escala mayor o estratégica como en la menor o táctica, del planteamiento bélico acertado. Y como segunda y aún más importante enseñanza, la de que si el dinero continúa siendo el nervio de la guerra, tiene a su vez por sustento indispensable el de una vieja prudencia ascendida ahora a flamante ciencia, que es la de la economía política, de ambición y porvenir que ya se ven consagrados en prestigio por las consecuciones de Federico II, y sobre todo por la ventaja que los ingleses van abriendo sobre sus competidores. De modo que esa vía o camino de inspiración «científica», se constituyó inexorablemente en el nexo que enlazaría las crisis financieras del Estado antiguo, con las crisis de cambio ideológico acelerado que les hicieron escolta, sin escape posible para las «luces» o inteligencias rectoras del Estado según una archisabida secuencia que sería impertinente explanar para ustedes; aunque me tome, eso si, la licencia de recordarla en síntesis la más apurada. *Velis nolis,* la riqueza nacional procede del trabajo productivo y la circulación de sus frutos; y ambas requieren el conjugar educación adecuada, estimulos individuales y garantías jurídico-políticas contrarias a las restricciones y privilegios propios del orden estamental. El Estado en permanente y obligada alerta sobre su propio nivel como potencia militar en un tablero de confrontaciones cuasi permanentes, se vio

forzado a intentar la navegación entre dos polos opuestos: el de la inmovilidad en la estructura tradicional y el de la reestructuración socio-política de implicaciones revolucionarias. Francia —bien se sabe— ofreció el paradigma supremo sobre cómo la Monarquía «ilustrada» podía sucumbir en aquel intento. No es el único dentro de ese género de tragedia como puede verse en la trayectoria de un Gustavo III de Suecia.

Para nuestra materia, lo que me interesa resaltar es que ante aquella especie de ordalía histórica significada por la exigencia reformista, cada Estado o potencia resultó obligado a hacer frente a condiciones de herencia que en modo alguno responden a un modelo enteramente homogéneo, como es el sugerido por la referencia genérica al *ancien régime*, puesta en circulación por la revolución liberal. Cada Estado y aún cada país había ahormado su particular especie de régimen, de acuerdo en definitiva con su pasado medieval y su vicisitud moderna. De tal manera que a la hora de considerar los conceptos y sentimientos de nación y de patria (que no eran ni son el mismo objeto semántico) un mínimo tributo al rigor, impone el contemplar cada uno de nuestros protagonistas en sus privativos sesgos de figura histórica de Estado requerido a ser «patria».

Como introducción a tal examen y final de las observaciones que traemos sobre la Paz de París y sus consecuencias, comprobemos sobre el mapa un hecho de balance y que como tal tuvo una implícita aunque superior transcendencia sobre la orientación del futuro. Me refiero a la repercusión relativamente pequeña que las décadas largas de terrible combatir europeo tuvieron sobre el dibujo de las fronteras; es decir el de las adquisiciones y pérdidas territoriales en este ámbito. Lo que formando contraste con las variaciones impuestas en la carta de los dominios ultramarinos nos lleva a comprender y medir mejor la defraudación que Francia sintió en sus pretensiones de función «solar» sobre la marcha de los tiempos.

Añadiremos, en fin, a este rasgo, otro también de efecto general sobre las conciencias, es a saber, que en consonancia con la moderación de los resultados en cuanto a una conservación efectiva de las respectivas fuerzas contendientes, estuvo el presupuesto tácito de una moderación en cuanto a los objetivos finales y los modos de hacer la guerra. A pesar de los avances de una inhibición laica respecto de escrúpulos de orden religioso o de estética de compromiso «de honor» (para mayor libertad en el juego de la diplomacia y sus «inversiones» de alianzas), la guerra se mantuvo en una línea incapaz de romper con los mandatos de una política justificativa de fines y moderadora de los medios; como que se quería here-

dera de un patrimonio cultural o civilización donde no era de recibo aniquilar al oponente —al cabo, siempre un «rey pariente»— ni el recurso a los excesos de «la barbarie». No por azar Federico II escribió un antimaquiavelo. Es en ese sentido doblemente limitativo en el que el más profundo de los observadores ulteriores de tales cuestiones, Clausewitz, vio en la guerra un instrumento legítimo sólo en cuanto servidor, más allá de la situación de paz, de una política para restaurar la paz. Advertencia cardinal para que entendamos a partír de ahí, la clase de alteración radical que se produjo cuando la posibilidad bélica de aniquilar el adversario, sacó a proscenio la guerra totalitaria; es decir, la que desde una omnipotencia militar se convierte en directora de la política, como aconteció de la mano de la progresión revolucionaria y el ascenso de Napoleón.

## El elenco de los Estados ante la postulación de «patria nacional»

Nombres latinos, de muy antiguo abolengo y con una larga y nada simple ejecutoria a lo largo de los siglos, «patria» y «nación» tenían la posibilidad en el siglo XVIII de ser usados alternativamente en muy distinto grado de congruencia, según los casos. Así, con categórica ejemplaridad, en el de Francia o el de Polonia; menos llanamente en el de Italia y de ningún modo con relación al agregado multiestatal bajo la soberanía de la Casa de Habsburgo con cetro en Viena; por no hablar del conjunto multiforme comprendido bajo el epígrafe de Imperio alemán. De todas maneras el término «nación» conservaba algo de sus connotaciones genéricas relativas a la cultura —idioma en primer término— y a unos caracteres somáticos atribuibles a una población. Mientras que la «patria» hace alusión ante todo al territorio de procedencia de un pueblo y aún al del sujeto que habla de su «patria chica». Pero puesto que la «nación» es móvil con sus sujetos, con sus migraciones antiguas o modernas y con sus espacios de posesión, la invocación de «patria» viene a añadir a la referencia de «naturaleza» un elemento de fijación no ya sólo territorial, sino de adhesión previa intelectual y sentimental —la del *pro patria mori* del soldado romano— a unos haberes de cultura y espíritu acreedores a ser apreciados como patrimonio y señal de un destino común en el teatro del mundo. Es decir, la hipóstasis de la nación en sujeto definido y como personalizado de «destino histórico»; algo que a la vista del acontecer del Setecientos en todos sus planos, tenía que acelerarse por necesidad lógica.

Recordar estas generalidades es poco dispensable a la hora de ponderar como debemos hacerlo, desde qué distinta situación las entidades esta-

tales debían enfrentarse con la prueba de fuerza de responder como sujetos de destino histórico. A lo que hay que añadir una advertencia sobre la singular eficacia que se entrañó en aquella prueba, para distorsionar el alcance de las respuestas, desde que partió de un reto francés para medir a todo el mundo desde la vara propia, asumida como rasero magistral. Esto es, al pretender que las instancias integradoras que desde muy atrás tenían existencia, la legitimaran o no ante el tribunal de la «razón» gálica. Cosa poco razonable; porque el patriotismo no pertenece a la esfera de la irracionalidad como se ha pretendido tantas veces desde la «iluminación» cosmopolita. Es una noción de las plenamente espirituales —cabeza y corazón para el lenguaje coloquial— nutrida de razones existenciales: el reconocimiento intelectivo y emocional del compromiso que al individuo le cumple asumir como miembro de una comunidad comprometida a su vez por herencia con los destinos del mundo.

En modo alguno es de negar que con la edificación de una patria, en empeño multisecular sostenido con ardor y denuedo indesmayables al cabo, los franceses lograron brindar un ejemplo preeminente de lo que puede la alianza de una propuesta geofísica, (ciertamente afortunada y «dulce»), con la decisión de una «nación» antigua y fuerte, en cuanto a constituirse, desde una plataforma políticamente integrada entre «fronteras naturales» irrenunciables y centralizada en un espejo «civilizador» como el de París, en potencia hegemónica de Europa, capaz de resistir el paso de los tiempos.

Y así, el modo galo de entender su propio éxito nacional como una conjugación de dones de naturaleza e inteligencia para interpretarlos en su valor, tuvo hartos motivos para prestigiarse en el siglo de la razón como un monumento de orientación «racional» en sus directrices; y desde el cual podían mirarse las construcciones de «patrias» circundantes (si se exceptúa la del amenazante navío británico), como deficientes en títulos dignos de inmortalizarse en la Historia como racionales. Todo lo cual sea dicho sin otro argumento de prueba que el de esas demostraciones grandiosas de ideología de base que ofrecieron Luis XIV y —sobre todo— Napoleón Bonaparte.

Pero que tuvieran base consistente las presunciones francesas de ese orden, ligadas a la comprensión naturalística, no quiere decir que fuesen de lucidez irreprochable; sobre todo por lo que hace a no haber sopesado lo que en la formación de una «patria histórica» cuentan los elementos que no son tratables desde el mero cálculo de la propuesta natural y la

determinación política (o propiamente geopolítica), en cuanto son fruto del acontecer histórico con sus innovaciones e inflexiones —tantas veces imprevisibles. De tal manera que el mejor modo de aprehender lo que representan, sea no ya el de especular con una nomotética de fuerzas «naturales», sino el procesual, esto es el de apreciar tales elementos en su virtualidad actual y como resultantes de un proceso histórico, con todas sus complejidades.

Fue algo que, como indican las decisiones de Napoleón, no hizo el genial corso en relación con España. No estaba en condiciones de «mentalidad» para hacerlo. Para encontrarse así sorprendido con las respuestas de una «patria» formada bajo hormas distintas de la francesa, pero no menos capaz de responder adecuadamente al reto en que debía dirimirse la real consistencia de la «patria histórica» española. Nos cumple entonces no quedarnos en la cuenta abstractiva de los Estados actuantes, sino aproximarnos a caracterizarlos en su consistencia como sujetos llamados a medirse según la vara de la «patria histórica».

Respecto de España y precisamente porque en el presente y los sucesivos cursos habrá autorizadas exposiciones referentes a nuestra materia, me limitaré a un único subrayado acerca de lo que acabo de apuntar; esto es, la madurez que podríamos llamar paradigmática a que había llegado la doble Monarquía española como «patria grande» en crecimiento de todos los órdenes —del territorial al cultural— en línea ideológica claramente definida, y tal, que sigue hoy mostrando ser de las más diáfanas y lealmente comprometidas en cuanto a asumir un protagonismo en la historia mundial. Pero un protagonismo que se subordinaba disciplinadamente al ecumenismo cristiano presidido por Roma. El patriotismo español con que el siglo XVIII ingresa en el XIX, el de Campomanes, Jovellanos y los combatientes de Trafalgar, el de Juan Bautista Muñoz en su iniciada *Historia del Nuevo Mundo*, estaba imbuido a plenitud —cómo no— de esa llamada a la responsabilidad respecto de ultramar, que Díez del Corral llamó el *Rapto de Europa*. Y que no ya por la simple complacencia estética de un poder dualmente asentado, sino por estricta finalidad representativa de una realidad secular se efigia por ejemplo en las dos matronas que decoran una cartografía científica de mayor empeño, como lo es la del gran mapa de América de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla. De manera que no será mucho lo que profundice en el corazón y el nervio de aquel pasado, quien vea en esa imaginería sustancialmente un artificio político para mover las conciencias, cuando antes bien estamos ante una impulsión que desde la conciencia de realidades políticas, reclama su figuración heráldica.

Salvo que eso mismo, *mutatis mutandis,* pasando ahora a Inglaterra, deberíamos repetir al contemplar el león de la plaza de Trafalgar, muy justamente corazón emblemático de la «grandeza histórica» de su Monarquía.

No vamos a discurrir mucho por campo tan trillado y divulgado en toda muestra de categorías expositivas como es el del patriotismo inglés. Pero no conviene a nuestro avance dejar de señalar que fue en el marco temporal que nos incumbe, cuando cobró forma categórica y como «consagrada» uno de sus rasgos más sobresalientes, (y el de mayor alcance ulterior a lo que creo). Me refiero a su radical vinculación al convencimiento —convertido en argumento tópico— de que es un carácter moral particularmente bien definible en sus singularidades por encima de atributos naturales o de cosecha de los tiempos, lo que determinó el destino protagonista de los ingleses en la marcha del mundo. Estaban ya a la espalda del XVIII británico una serie de condiciones geofísicas y de avatares que señalaban los rumbos de un actuar colectivo consciente de sus posibilidades expansivas: una insularidad a la vez protectora y propicia a la aventura en otros suelos; la riqueza nutricia y negociadora que granjea la maestría naval; la prolongada escuela y yunque militar de «cien años» convencionales (y muchos más en realidad) de guerra y depredación sobre Francia, para bien aprender las ventajas del valor flemático aliado a la mejor técnica arquera, sobre los impetus «locos» de la caballería acorazada de los galos; el pulso resonante con el poder de Felipe II terminado en éxito defensivo y con reafirmación de ambiciones invasivas sobre cualesquier latitudes; al tiempo que la fórmula religiosa anglicana sacralizaba la superioridad disciplinar del Rey sobre la Iglesia del reino, con independencia de cualesquier autoridad exterior. Lo que, mantenido aún a través de las dos revoluciones políticas trascendentales del XVII inglés que consolidaron el sistema parlamentario, afirmó el supuesto providencialista de que en las prosperidades crecientes del reino debía leerse la bendición celestial.

Con todo eso, fue en el Setecientos cuando cobró entero vigor la asunción de que era la virtualidad de un carácter moral el *fatum* que empujaba la rampante ascensión británica; cuando las vicisitudes del tablero mundial y la acelerada marcha del cambio de ideas se concertaban para hacer razonable un patriotismo de base tan halagüeña para sus posesores. Dejados de lado los problemas de fondo ontológico o epistimológico sobre el «ser» de las cosas mundanas y ultramundanas —conducentes al reino de la inutilidad conforme al avance ilustrado— quedaban en pie las lecciones de la empiria, ya sobre la naturaleza, ya sobre el comporta-

miento humano. Las cuales aplicadas al adelanto inglés en la ordenación político-económica y a la condición moral útil, no podía sino confirmar el primado del carácter moral. Una intuición y opción de tal especie es la que subyace, a no dudar, en obra tan significativa de un término de camino espiritual, como es la de David Hume en sus dos célebres ensayos. Acorde por lo demás, en su sentido, con el contraste que ofrece la sociedad conducida por un Walpole y satirizada por Hogarth, con la que tributó admiración a lord Chatham y a su hijo el Pitt joven, y donde triunfaron los pinceles de Gainsborough y Reynolds. No es un puro azar que en la exaltación inglesa de Horacio Nelson ocupe una plaza de honor lady Hamilton. Trafalgar es representación incontestable de que el romanticismo tuvo en Inglaterra una primera patria y teatro acogedor para la persona en sus distinciones sentimentales; para las honduras y sutilezas del *feeling*.

*Austria*

Si hubiera de escogerse un Estado con significado de contrapunto al de la presupuestada homogeneidad nacional que centralizó y simbolizó París, ese Estado sería el del Imperio austro-húngaro de nuestro panorama. Constituido como un agregado de regiones y entidades político-administrativas con sus particulares rasgos y raíces étnicas (eslavos, germanos, magiares, italianos, serbios, rumanos y flamencos), su propia vicisitud histórica y una antigüedad muy distinta en su incorporación a aquel conjunto, éste podrá hacer figura de informe *revolutum* de difícil manejo y poca eficacia resolutiva en competencia con Francia. Por otra parte venía a representar, contemplado desde su núcleo germánico, como el testimonio permanente de la fractura y disminución que la Historia había deparado a las ínfulas del Imperio germánico medieval, destinado a llegar a la modernidad sin haber cuajado una unidad operativa de patria gigante sino, por el contrario, a dividirse en dos mundos hostiles —reformado y católico— luego de 30 años de contienda aniquiladora; para una escisión sin la cual la historia de Europa no hubiera sido la que fue, ni Luis XIV *el Rey Sol*.

Ahora bien, ocurrió desde finales del XVII que el desequilibrio de fuerza y prestigio entre el francés hegemón y la Viena alicortada, se enmendó de un modo tan rápido como brillante; y que conviene mucho poner de relieve, en vista de que los sesgos historiográficos con visión «atlantista» de las cosas, no se han excedido en ponderar debidamente el alcance de aquella basculación que tuvo principio en la salvación de Viena a punto de caer (1683) en manos de Kara Mustafá y la constitución subsiguiente

de una Liga Santa contra el turco: y con tales consecuencias enlazadas, que en el año 1739 las armas imperiales, se apoderaron de Belgrado, servidas hasta el año 1736 por ese estelar conductor de caballería que fue el príncipe Eugenio de Saboya. Y pues el Tratado de Utrecht puso en manos de Austria los Países Bajos que habían sido del rey de España y territorios italianos (Nápoles y Milán) de superior valor estratégico y aureola cultural, al mismo tiempo que la decadencia polaca propiciaba la consolidación habsburguesa en la Galitzia, tenemos, en suma de resultados de agrimensor o de posibilidad itinerante, un territorio que supera en anchura media al de Francia, en más de 300 kilómetros. No faltaron motivos, por lo tanto, de perspectivas de presente y de futuro, para que dos patriotismos de arraigo histórico propio, el austriaco y el magiar, y aunque proclive el segundo a conservar sus independencias, se unieran para echar por tierra la ilusión francesa de mediados de siglo, de derribar el edificio del *Österreich* todavía no fusionado en una unidad emotiva de nación. Fue sin duda la primera lección básica que hizo a Luis XV entrar en el rumbo de la «reversión de alianzas». Y que a nosotros debe confirmarnos en la advertencia de que no es acertado predicar de la «patria histórica» como de un ente mágicamente inmovilizado en el tiempo, si no como de algo que inherente a un proceso, adquiere ser definido y operativo cuando la madurez de una evolución así lo sanciona en las conciencias.

Pero con esta patente ley de tendencia; a saber: que es la propia experiencia inteligente sobre las debilidades de las patrias de dimensión hortelana, la que hace engrandecer sin forzaduras las patrias mayores y sus prospectivas de destino. Sin menoscabo necesario de los sentimientos de afecto a los paisajes y a las formas culturales de los espacios interesados. No otro funcionamiento tiene la esperanza europea de hoy en llegar a construir una patria de patrias, frente a esa vieja ley de poder que llegó a negar la razón existencial de ser de un Estado supranacional como el del *Österreich*.

*Prusia*

Si los Habsburgo de Viena supieron actualizar las posibilidades de la Alemania católica hasta asomarse al Balcán, Prusia, de la mano de los Hohenzollern, jugó su papel de hegemón de la Alemania nórdica hasta conducirla ya en el siglo XIX y tras la derrota de Francia a la coronación de Guillermo I (1871) por el káiser del II Reich. Y menciono hecho tan en la mente de todos porque aquí —en el XVIII que nos ocupa— ocurre, como tantas veces, que el resorte profundo de una voluntad sólo se explicita

diáfano al cumplirse el final de una trayectoria. La del poder berlinés no fue en verdad exhibiendo sus notas si no paulatinamente y hasta con inflexiones y rostro equívocos hasta desvelar su esencia: una voluntad de poder estatal que quiso ser incardinación del progreso sustentado por el pragmatismo de la utilidad y la organización social. Tal fue la línea que cobró forma rotunda con la política de Federico Guillermo I, *el Rey Sargento*, obsesionado hasta lo maníaco por la creación de un ejército (que nunca llevó a combate), y de unos cuadros administrativos regidos por disciplinas de hierro. Dando base a ese logro estuvo la directriz —menos espectacular pero decisiva— de dar fomento a una población sustancialmente productiva, procedente en buena parte de una inmigración programada e instalada en una convivencia tolerante con todos los credos religiosos.

Bien se recordará que fue su hijo y heredero Federico II, *el Grande* quien puso sobre el tapete bélico aquellas inversiones para convertirse en una de las estrellas máximas de todos los tiempos en la constelación militar; y para obtener un engrandecimiento de Prusia que, si bien no dejó de ser importante —la Silesia— tampoco resultó alterador en sustancia —según lo demostraría Napoleón— del tablero de fuerzas europeo. Sí me parece en cambio indudable que la huella aureolada de su personalidad dejó impronta grave en el espíritu alemán al prestar alas a la insensatez épica de agotar hasta la última posibilidad —y así hasta la hecatombe— la resistencia a la rendición.

Para el estudioso de las mentalidades, el «Gran Federico» ofrece en todo caso el interés excepcional de ser, en cuanto «monarca filósofo» por vocación y por atuendo, la expresión más acabada del racionalismo «iluminante» de Estado, en vísperas del giro cardinal que iban a experimentar los vientos espirituales. Porque en aquel rey contertulio de Voltaire, consumado flautista, prendado de la lengua francesa, militante en ideas acordes con las fundantes del Estado de Derecho que decimos hoy, y seguidor de ese mensaje de estoicismo que la Antigüedad legó a los tiempos con divisa de sempiterno, se dejan ver los dos polos entre los que pretendió hacer su camino el «despotismo ilustrado»: el de las blandas dulzuras hedonistas en progreso, y las íntimas durezas de una concepción pugnaz sobre el destino de los hombres y los pueblos. Una dicotomía que él, Federico, resolvió mediante la alternancia entre los encantos palaciales de *sans souci* y las regideces inflexibles de la oficina y del cuartel. El género de «grandeza patria» de ahí resultante (mucho más acostado hacia las rutas futuras de sacrificio actual, que hacía los sentimientos gratulatorios,

por un camino recorrido en común), pudo dar satisfacción a los personales imperativos de Federico en cuanto a cumplir un destino de fundador. Pero las pruebas de fuerza contra los Ejércitos franceses —que llegarían no tardando— no atestiguan la solidez de un patriotismo prusiano. Por el contrario, es sabido cómo ante la poca fortuna del escindido mundo germano a dar respuesta adecuada a los golpes humillantes que le infringía Napoleón, hizo falta que se oyese una ardiente y filosófica llamada al combate patriótico: la que gritó Johan Gotlieb Fichte en sus justamente celebres *Discursos* a la nación alemana.

En relación con ellos y con la línea interpretativa que traemos no quiero dejar de hacer unas observaciones siquiera sean muy breves:

1. Que es el entero sujeto histórico «nación alemana» el destinatario de la llamada.
2. Que el genio del que brotó aquella exhortación no se nutría de un mero e intuitivo rapto pasional, sino del propio de un campeón eminente del empeño reflexivo como Fichte, que partiendo de la crítica kantiana sería el fundador del idealismo crítico trascendental; y tal, que ya en aquellos sus *Discursos* vertió conceptos que pueden tenerse por fundadores también de una ciencia sociológica en sentido estricto. Y en fin, que, como ustedes recordarán, este decisivo sobresalto del espíritu alemán fue consecuencia inmediata de la victoria española de Bailén. Lo que aplicado a nuestra marcha especulativa nos habla no ya sólo de la importancia cardinal de aquel suceso, sino, además de algo que está mucho menos presente en la glosa tradiccional y en uso, es a saber: que el estallido de patriotismo español no es exactamente una consecuencia pasional congruente con el cambio espiritual de los tiempos. Es que ese patriotismo constituido desde una privativa asunción de destino histórico mostraba ahora sus capacidades no ya para henchirse con el cambio de los vientos espirituales, sino para impulsarlos y marcarles orientación.

*Rusia*

Las inflexiones bruscas y radicales en la política de los «juntadores de tierras» que tuvieron su sede en Moscú, ni carecen precisamente de profundidad en el tiempo ni de escenificaciones recientes. En relación con el dilatado proceso que desde Iván III conduce a los tiempos que nos competen (en esencia los de la zarina Catalina II), puede decirse que el reinado de la celebérrima e inteligente alemana recoge los frutos de una estabilidad relativamente prolongada que es la que sigue a la agitada obra expansiva y reformadora de Pedro I (1689-1725); el tercero de los zares de

esa dinastía Romanov de tan categórica divisa «patriótica». Una etapa regida en el grueso de sus anales por emperatrices (Catalina I, Ana e Isabel). Lo cual no es seguramente una paradoja sino antes bien la señal de que el poder autocrático asentado en el Kremlim —con independencia del sexo o temperamento del autócrata— se había consolidado de modo firme. Lo había hecho a través de cuatro rasgos institucionales mayores:

1. La obediencia absoluta de una nobleza «de servicio» jerarquizada mediante un orden escalafonal supeditado al abolengo, y del que el zar o césar es cabeza sagrada asistido por su cúpula consiliar de milicia y administración.
2. La sumisión servil de la población campesina en situación progresivamente agravada con la evolución de la institución llamada *pomestie* (o especie rusa del género de dominación «señorial»); especialmente desde las disposiciones de Boris Godunov que aún conservando al campesino (*smerdi*) cultivador enfitéutico de la tierra, lo convirtió en materia de compra y venta, como si de esclavo se tratase.
3. La sacralización definitiva de la autocracia, al resolverse el cisma *(raskol*) entre el tradicionalismo religioso y cultural y las impulsiones innovadoras o europeizantes, mediante la asunción por el zar de la jefatura del Santo Sínodo (a través de la designación de su patriarca).
4. El empeño sostenido (consigna institucionalizada) en avanzar las fronteras, especialmente en el septentrión, para asomarse al mar Báltico, y al Suroeste empujando al poder otomano y al de sus vasallos, con estrella de referencia polar puesta sobre Constantinopla y la liberación de los hermanos ortodoxos del espacio balcánico. Un objetivo que dotaba a las ambiciones moscovitas, de la bandera más atractiva al tiempo que del yunque militar sostenido donde enganchar voluntades guerreras propias o de nueva adhesión, como esas verdaderas repúblicas de milicia ecuestre que fueron las de los cosacos, tan sólidamente ligadas a la causa rusa (primero los del Don, luego los del Dniester o Zaporogos).

Por encima de las grietas evidentes (en particular la tremenda de la dicotomía entre nobles y siervos, y que la sublevación dirigida por Pugaschef mostró en toda su gravedad) la construcción del imperialismo ruso contó con dos poderosos y conjugados pilares que fueron la autoridad unificadora del zar y el sentimiento entrañado de patria, amasado a la vez por una vinculación terrígena y una memoria histórica singulares; de contemplación de la tierra rusa como madre nutricia de todos sus pobladores (por encima de los yugos diferenciales), y como teatro que habiendo sido, un día no lejano, señoreado por el látigo de los tártaros, había enseñado

luego sus inmensas posibilidades al tránsito conquistador sin barreras insuperables, desde el Báltico al Pacífico, del Caspio a la China (el Tratado de Nertschinsk es de 1689, y del mar Blanco hasta Crimea). Un teatro donde el Ejército debía encontrar óptimas oportunidades para un desempeño integrador de patriotismo en grado excepcional, con hacer del «servir al zar» un estribo de honor compensativo de la desigualdad de origen y un instrumento del «honor nacional» acreditado progresivamente por la capacidad de sus armas: Infantería sufridora e intrépida; Caballería sobresaliente por volumen y pericia, Artillería utilizada con pragmática profusión. Si ese Ejército llegó a dar, ya en su madurez, pruebas excepcionales conducido por un adalid de genio tal como lo fue el general Subarov, eso no ocurrió sin el recurso a una versatilidad audaz en el movimiento de las formaciones, que tuvo a su vez como base, la confianza en que el combatiente no necesita recordar a la baqueta para recomponer el orden programado de combate, en cuanto que le mueve un espíritu de combate de causa suprapersonal.

*Polonia*

En hiriente contraste con Rusia, Polonia vino a representar en este *dramatis personae* de figuración nacional, el papel ejemplarizante del perdedor por sus propios méritos; a mostrar ante el mundo las desdichas que encierra la incapacidad de una nación para constituirse políticamente de forma que sea un principio unitario el que prevalezca contra las tendencias disgregadoras.

En el conjunto de los eslavos centro-orientales, a los polacos les cupo en suerte el desempeño nada fácil, de constituirse en gran plaza fuerte avanzada del mundo católico, mirando a tres bandas de hostilidades: de un lado, frente a la ortodoxia moscovita; al Occidente y Septentrión, frente al establecimiento protestante, germano y sueco, en arco sobre el Báltico: y al Sur, haciendo cara al poder otomano, extenso a través de vaivodas vasallos en torno al mar Negro. Espacio, pues, el polaco, de definición étnico-religiosa y fronteras naturales no categóricamente señaladas; aunque en posesión, eso sí, de un núcleo territorial de tierras fértiles —la cuenca del Vístula— bien comunicadas y con facilidad exportadora; con dos centros culturales activos, Varsovia y Cracovia; en privilegiadas relaciones con Occidente (Roma y París); y dominadas por una nobleza militar bien ejercitada en su obligación ecuestre. Polonia, luego de su unión con Lituania en «personal» conjunción de reinos, había llegado hasta los

comienzos del XVII con posibilidades de prevalecer sobre Rusia, por entonces hundida en la turbulenta era de los falsos Demetrios, mientras que los polacos afianzaban su marcha sobre Ucrania en alianza (más problemática que firme), con los cosacos occidentales; de manera que ya bajo el mando de Juan Sobiesky (el «glorioso» liberador de Viena), y de Esteban Bathory, lució como potencia militar emparejada con Austria en el empeño de hacer retroceder el Imperio turco hacia las orillas pónticas.

Salvo que todo quedó en trofeos para la memoria. El siglo XVIII iba a ser testigo paulatinamente del precio terrible que la nación debía pagar por su incapacidad política para enmendar una constitución histórica llamada a pasar ante la opinión europea por la más funesta de las posibles: la que había conservado contra la experiencia de los tiempos el carácter electivo del monarca, al tiempo que había aumentado los poderes de una oligarquía nobiliaria numerosa y tumultuosa, compuesta por terratenientes mediocres y aún minifundistas, celosa de preservar sus derechos legislativos, mediante una asamblea general, la *schlachta,* con capacidad para invalidar cualquier propuesta innovadora mediante un solo voto en contrario —*liberum vetum*— de uno de sus miembros. Todas las amonestaciones del sentido común no consiguieron vencer aquella aberración impuesta por una nobleza no carente por otra parte de prendas estimables (particularmente las militares), pero incapaz a la postre de forjar una adhesión patriótica en la población campesina propia; y menos todavía a la incorporada mediante alianza. Un fracaso de especial gravedad en el caso de los cosacos, para beneficio grande de Rusia.

Así, en las horas europeas que llamaron a torneo general a las diferentes potencias de Estado a medir sus respectivas fuerzas de combate, el destino de Polonia, aunque posesora de una notable tradición patriótica, no fue otro que el de ejemplificar un trágico fracaso por no haber sabido apreciarla y defenderla quienes debían y podían hacerlo. Lección imborrable de lo que promete el egoísmo sectorial señoreando la política.

Como se recuerda Rusia y Prusia se pusieron de acuerdo (1764) para llevar a cabo el primero de los «repartos de Polonia» en cuanto potencia que se aparecía al mundo civilizado como escandalosa anomalía perturbadora. Una solución a la que con lágrimas más o menos fingidas se sumó como partícipe la emperatriz María Teresa. Fue Rusia la que ocupando Varsovia y manejando un rey pelele de Catalina II —Estanislao Poniatowsky— impuso con autoridad de fusiles la intangibilidad de la constitución polaca ya en plena conmoción revolucionaria de Europa.

Sean recordados aquí hechos tan sabidos, por lo que representan en aquellas horas genesíacas de la Edad Contemporánea; esto es, por lo que tienen de lección irreemplazable, y que todo el mundo grabó en la mente, en cuanto a saber o no saber responder de modo conveniente a una herencia patria de «grandeza histórica».

**La Era revolucionaria**

Nadie cuestiona hoy que el giro decisivo en el timón de los tiempos hay que situarlo no en el drama interno francés, sino en el nacimiento de Estados Unidos de America del Norte. A un gran historiador francés, Jacques Godechot, se debe por lo demás la certera y vulgarizada visión de un doble y consecutivo proceso o ciclón revolucionario atlántico, que comenzado en el Nuevo Mundo y trasladado al Viejo, refluye a América y allí concluye con el hundimiento del Imperio continental hispano.

Es esa línea la que desde luego mejor conviene a nuestra particular materia; y en el doble sentido de los acontecimientos bélico-políticos y de las vicisitudes ideológicas. Respecto de éstas, en la medida en que desde la Paz de París, las causas que concurren en el cambio de orientación del pensar y el sentir se hicieron más y más influyentes sobre el horizonte, para cobrar valor y textura propia en América (y no ya sólo en la ánglica sino también en la hispánica). Salvo que en el Norte adquieren motivaciones y soluciones creadoras, que, como bien se sabe, pronto se incorporaron a la efervescencia francesa. No en verdad para orientarla decisivamente, pero sí para introducir en ella un ensanchamiento de su complicado panorama conflictivo, así como en el de sus salidas posibles. Un panorama que presente en la etopeya napoleónica, cobrará en la América Hispana toda su potente virtualidad para suscitar los enfrentamientos civiles.

Por lo que hace al decurso politico-militar, estamos ante un cuadro cuyos trazos mayores son de elocuencia rotunda y sin necesidad de glosas. En suma, de 1763 a 1805 se despliega la pretensión francesa, ayudada por España, de rectificar la sentencia que había sancionado la superioridad británica sobre los mares, y que condenaba a extinción, no tardando, a la dominación continental española sobre las Indias. Pero no es esa la materia que he fijado para nuestra atención. La pondremos en la relación entre el patriotismo y el giro espiritual de los tiempos.

Que en el semblante espiritual de la Ilustración se dio en la segunda mitad del XVIII un cambio grave de orientaciones, y tal que no consiente hablar

seriamente de aquélla como unívoca formulación cultural, es algo que no necesitaremos argumentar. En sus efectos más al alcance de todas las miradas, esa transición se ha resumido, no sin acierto sintetizador, diciendo que el XVIII alumbró el Prerromanticismo o pórtico del movimiento que señoreó la centuria romántica por excelencia. Que en esa avanzada transformadora, el sentimiento patriótico se vio reforzado, y hasta elevado a las «cumbres de borrasca» o exaltación sentimental, tampoco necesita de hermenéuticas, puesto que se trata de una secuencia lógica y a la vez documentable con testimonios artísticos y literarios múltiples y efusivos.

Ocurre, sin embargo, que el «pre» de Prerromántico subordina inevitablemente sus valores y significados a los del vocablo que habla de una plenitud; la romántica en este caso. Lo cual no hace siempre justicia a la realidad que fue. Y particularmente así sucede en nuestro tema. Conforme al examen que hemos traído, hubo en cada patriotismo unos privativos fundamentos de «razón histórica» que son previos al toque de rebato pasional suscitado por la conmoción revolucionaria. Una llamada, pues, que procedería de la sensibilidad estética —más que la intelectiva— en reacción contra las sujeciones a la cordura reflexiva. Con lo cual el despliegue de patriotismo como fuerza desatada, vendría a quedar ligado a la inevitable ley pendular del cambio de los gustos y sus asociaciones. Comenzando por una Revolución Francesa que se habría llevado por delante gustosamente y para empezar, las pelucas razonadoras y de patriotismo escuálido. Un decir que no suscribiría como exacto un testigo como Lamartine, por ejemplo.

Mi propuesta, en cambio, reducida a extrema síntesis diría que fue por el contrario el sentimiento de la «patria histórica», proyectado sobre el futuro desde encontradas concepciones sobre el mismo, el que impulsó a un tiempo, las fuerzas de una revolución y su destino a convertirse en guerra civil, sin otras salidas viables que el postulado de una patria común legada por la Historia.

Volviendo al giro de los tiempos dieciochescos. Fue el propio avance de la centuria en experiencias sobre el conocer «ilustrado» y la diversidad de sus caminos, y sobre el carácter de sus límites de seguridad, lo que impuso la necesidad de aceptar, frente al dogma reduccionista de una única «razón» de índole silogizante, una pluralidad de razones en el ser y el estar de las cosas naturales y espirituales en su sistémica articulación —diríamos en lenguaje de hoy. De modo que el saber organizado hubo de confiarse a una diversidad de campos científicos, o con aspiración a serlo,

desde la física de la luz a la genética de las plantas y la Arqueología como ancila de la Historia, digamos como ejemplo. Dentro de ese mandato, tocó a las humanidades cumplir con el imperativo de rebelión ya anunciado por Pascal al distinguir entre *esprit de géometrie* y *esprit de finesse*; para adentrarse en sendas de «razón» donde se ponía de relieve la exigencia de conocer las realidades actuales desde los procesos formativos; es decir, su historia; y al mismo tiempo no ya la legitimidad, sino la necesidad de conceder a cada ente razonador —personal o colectivo— un albedrío para encauzar su conducta moral en una articulación política con su propio proyecto de destino colectivo. La «patria histórica» haría bascular ahora, eso sí, sus instancias de continuidad, hacia las gravedades del horizonte futuro, incluido el conflicto civil, que ya desde Rousseau como uno de los patriarcas enminentes de este nuevo teatro, planteaba la valoración de las herencias «civilizadas».

No es más que un simple enunciado memorativo el que me cabe ya hacer aquí, respecto de los hitos y rumbos más eminentes señalables en aquella marcha dialéctica, que conjugando instancias nuevas sobre razón, libertad e historia inciden sobre la asunción de «patria histórica».

Sea el primero por su alcance epistemológico la difusión la obra de Montesquieu *L'esprit des lois*, donde la vieja observación sobre las diferencias de leyes y costumbres según naciones se explica como obediente a la combinación de condiciones de naturaleza y herencias históricas institucionales que forjan un carácter nacional. A lo que hizo compañía sin dificultad grave el sentimentalismo roussoniano de vocación naturalista.

En el mismo sentido da testimonio de un clima espiritual invasivo la crítica kantiana en la senda señalada por Hume, para consolidar el primado de las razones prácticas —las de experiencia razonada moral y social— sobre la *Reisen vernunft*. Una conclusión es —esa anterior— que vierte a clave filosófica el ímpetu con que el mundo alemán se puso en cabeza de la reacción nacionalista frente al cosmopolitismo, sin duda con el íntimo anhelo de poner remedio al contraste lacerante entre la potencia cultural germánica y su fragmentación política. De cuyo sentimiento son fruto y testimonio ante todo la obra decisiva y compleja de Juan Godofredo de Herder (1744-1803), el padre, junto con Goethe, del Sturm Und Drang (asalto y empuje) y fundador del Historismus (que no propiamente del historicismo); es decir, la postulación del valor incambiable que cada creación cultural tiene en la historia del despliegue espiritual. Y en esa misma línea se sitúan otros tres pilares alemanes del cambio intelectual: Carlos

Guillermo von Humboldt (1767-1805), al abrir camino inicial a la Historia y la Filosofía del lenguaje, bajo el postulado de que la lengua es la expresión de un *volksgeist* —del espíritu de un pueblo—; la incursión de Lessing en las relaciones entre Teología, Historia y Arte. Y, en fin, la síntesis que el propio *Fausto* de Goethe representa, de una vuelta desengañada del espíritu humano, desde el sueño renacentista de dominar el mundo descubriendo sus secretos y leyes, para someterse a la llamada de la tumba y del campanario de la aldea; las constantes del pasado que no se desvanecen: la tierra y la fe.

Para otros meridianos, limitémonos a hacer una simple evocación de algunos de los faros mayores encendidos sobre los tiempos.

Desde la orilla inglesa, Eduardo Gibbon, figura cumbre de la historiografía del momento, poniendo al día la milenaria visión del cíclico ascenso y descenso de los poderes en la historia milenaria de la civilización y las causas morales que cursan en tal proceso, referido a Roma: restauración, así, del magisterio histórico, versando sobre una lección trascendental. La pedagogía pestalozziana centrada en la consideración directa y práctica de las vías y resultados de la educación infantil subida a escaño dominante del porvenir. La alianza del saber y la prudencia jurídica con la filantropía en avance difuso, para producir en Beccaria una exigencia de verdadera y piadosa justicia para con el delincuente, parte misma de la sociedad. La economía política que ha encontrado a la postre los resortes últimos y verdaderos de la riqueza de la nación (y de las «naciones», en Smith), en el trabajo productivo de los ciudadanos en toda suerte de actividades; de manera que su educación cuidadosa y el estímulo a tal efecto, pasa a puesto de honor en los designios políticos y planes institucionales de Fomento; y a su lado, el conocimiento y la preocupación amorosa por el país que da base natural e histórica al proyecto de crecimiento (como en España se ejemplifica tan ajustadamente con las Sociedades de Amigos del País).

Y como capítulo final del elenco, por su trascendencia universal, la revolución emancipadora de la que nacen Estados Unidos de América, con su triple forma de presencia: propuesta doctrinal, ejemplo existencial y acción como nueva potencia en el tablero internacional. En el primer plano, la Declaración de Derechos y la Constitución, que ejercerán en adelante la influencia histórica que sobra ponderar. En el segundo y tercero, la demostración viva de que en el cuadro heterogéneo de «patrias históricas», no es una antigüedad en el tiempo lo que cuenta para su jerarquía

como entes operativos, sino su consistencia interna como unidad con proyecto de futuro. Algo que sin duda fue ya determinante del impulso emancipador frente a la superioridad fiscal que reclamaba el Parlamento inglés; porque lo que tocó en la fibra más sensible de los colonos fue el privarles de su destino —el luego llamado «manifiesto»— de llegar en su conquista hasta las playas del Pacífico.

Que en todos los tres sentidos aquella emancipación había de ser irresistible llamada al latente «patriotismo» hispano-americano, fue algo que no se ocultó a nadie ni en España ni en América, ya en los días de lucha que concluyeron en Yorktown (1781). Ni mucho menos después de la conmoción doble revolucionaria que tuvo por epicentro el Perú (rebelión de Túpac Amaru) y el Nuevo Reino de Granada (alzamiento de los comuneros) con ramificaciones extensas. Y que sería ya carta traída al tapete de los planes ingleses de diplomacia y de guerra desde el momento en que el «protolibertador» Francisco de Miranda inauguró su extraordinaria y significativa carrera.

En última singladura, avistemos el drama bélico-diplomático que conduce a Trafalgar: muy escuetamente y sólo mirando a lo que nos concierne, para subrayar la acusada falta de percepción valorativa que hubo en Napoleón acerca de España; y por partida doble: acerca del Imperio español como aliado de guerra, y acerca del patriotismo español como impulsor de conciencia.

Hace años ya distantes, un maestro español de historiadores, Jesús Pabón puso de relieve los tres fundamentales antinomias en que había incurrida el sistema napoleónico al considerar con medida contradictoria —una para sí mismo y otra para sus víctimas— los tres pilares fundamentales —patria, religión y autoridad monárquica— en que se sustentaban la legitimidad y la fuerza de todos. Ese triple error culminó sin duda al atentar, sin la menor consideración, a la sensatez histórica, contra la Monarquía española; es decir, contra la línea geopolítica de la que el emperador mismo se había beneficiado.

Atrás dejé apuntado cómo la política de desquite de Luis XVI contra Inglaterra (1778) era ya algo implícitamente anunciado en la reversión de alianzas de 1756. Y de abrumadora razón estratégica desde el año 1763, cuando Inglaterra se afirmaba en el ascenso hacia una clase de poder que admite pocas componendas de moderación, en vista de la evanescencia de las fronteras ante los navíos y sus armas. La talasocracia, desde inmemoriales tiempos pide serlo sin rivales: un *imperium mundi* servido desde

la consecuente base financiera y mercantil. Ante el duelo franco-inglés con visos de una segunda «guerra de Cien Años», como se ha dicho, y de la que fue legatario Napoleon, tocó a la Monarquía española jugar un difícil papel aliado con Francia, por razones que iban más allá de un pacto dinástico. Y la Paz de Basilea de 1795 amasada entre el Directorio de París y Manuel Godoy no hizo más que reconocer esa realidad. Ahora bien; sobre ella pesaban dos notas de mal pronóstico; especialmente para España. En primer lugar la insuficiencia de la fuerza para sumar una flota superior cuantitativamente a la británica. En segundo lugar por la dualidad de intereses y de escenarios implicados en la alianza, y así en sus decisiones, frente a la unidad de determinación prioritaria que beneficiaba al almirantazgo inglés.

Es cierto que en un plano estrictamente defensivo la combinación de bases terrestres y de navío desde Tolón a Brest, pasando por Cádiz, la alianza tenía suficiente efectividad. En ultramar, en cambio, el asalto ofensivo por parte de los ingleses era de prevención y cura difíciles. La renuncia a Las Malvinas y la conquista por los británicos de la Isla de la Trinidad (1797) para convertirla en agigantado Gibraltar indiano, puso en claro con toda crudeza el dilema del futuro. Si la alianza no contemplaba la posibilidad de invertir sus fuerzas en defender sus bases históricas en el plazo medio y largo, la integridad del dominio español indiano pasaría a la historia sin tardar. Pero la alianza, evidentemente, no miraba a la continuidad de la historia, si no al cronómetro imperativo y sincopado que pedía el futuro emperador de los franceses. Que, una vez cónsul, pensó por un momento en la restauración del poder francés en el Nuevo Mundo; y al efecto recuperó de Carlos IV la Luisiana (Tratado secreto de San Ildefonso de 1 de octubre de 1800); para, no tardando, venderla (1803) a Estado Unidos, cuando, en pie el desafío inglés después de la Paz de Amiens y fracasada la expedición a Haiti, la concepción de Bonaparte sobre aquella lucha partía ya de reconocer la precariedad de sus armas para afrontar un duelo en el canal. De modo que si las Indias aparecen todavía en escena es como mero reclamo que aleje a Nelson, siquiera por un momento, del palenque decisorio:

> «Si nous dominons la Manche pendant six heures, nous sommes les maitres du monde!»

Era un sueño voluntarista mucho antes que un plan sensato, pues que partía de querer ignorar el que la superioridad de Nelson radicaba precisamente en la agilidad y velocidad de sus movimientos tácticos y estratégicos. Todo indica que Villeneuve —un marino al fin y al cabo— no parti-

cipó de tal autoengaño, y renunciando a batirse frente a Finisterre, se refugió en Cádiz. Trafalgar fue un final legible desde atrás en los horóscopos en letra grande de la geopolítica, cumplidos, no sin congruencia por un prodigioso talento de «geómetra» de la estrategia y la táctica pero ajeno a una verdadera sensibilidad histórica y al orbe de problemas que entraña la sabiduría marítima.

La final sentencia napoleónica que hizo de la península Ibérica —ya inservible como aliado con alguna voz propia— una pieza «mecánica» para una lucha prolongada ya sin auténtica bandera ideológica a la altura de los tiempos, es seguramente la cifra más clara de un esencial desfase comprensivo del *empereur* respecto de la fundamentación dialéctica de su Imperio. Pienso que Napoleón, al concebir como última clave o almendra de su «estrella» o destino el de someter a un sincrético poder o razón de arbitraje superior las encontradas corrientes de ideas e intereses que conmocionaban el mundo, comenzando por las creencias religiosas, era mucho más el heredero de la «ilustración despótica» o de la razón única y «geometral», que observador lúcido de las transformaciones ideológicas que le había tocado vivir. Cierto que desde una inteligencia y un escaño privilegiado; pero faltos de iluminación o finura espiritual para percibir el sentido más profundo de aquellas transformaciones conflictivas; en las que la «defensa de la patria», con cuantos sacrificios pudiera costar, era razón suprema en la medida en que integraba discurso intelectual y vitales instancias anímicas.

## SEGUNDA CONFERENCIA

# LA FORMACIÓN DEL OFICIAL EN EL SIGLO XVIII. EL MARINO ILUSTRADO

# LA FORMACIÓN DEL OFICIAL EN EL SIGLO XVIII. EL MARINO ILUSTRADO

HUGO O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA
*Miembro electo de número de la Real Academia de la Historia.*

## Estado de la cuestión

El tema de la formación de los cuadros de mando en el siglo XVIII merecería de por sí un tratamiento en profundidad de mucha mayor enjundia de lo que se puede resumir en una conferencia.

De hecho en la actualidad carecemos de noticia alguna sobre un trabajo completo y divulgado de esta índole.

Muchos han sido sin embargo, quienes han tratado superficialmente el tema en obras de contenido más amplio o a modo de ambientación histórica para el estudio de otras épocas más recientes.

Si tenemos en cuenta que la historiografía militar del siglo XIX, llena de prejuicios respecto a la etapa del antiguo régimen, ha carecido de rigor y de perspectiva, pero que en ella se han basado un nutrido grupo de historiadores contemporáneos como piedra angular sobre la que sustentar sus aportaciones, se comprende la necesidad de una revisión general que puede muy bien extenderse a otros aspectos y, desde luego, a los protagonistas de muchas iniciativas que, condenados sin remisión por la opinión pública seudohistórica llevan ya dos siglos esperando que se deslinden sus luces de sus sombras.

En el aspecto que nos toca, dos personajes demonizados por lamitificación y politización decimonónicas, como Mazarredo y Godoy, son sendos

puntales de proyectos meritorios pero que los acontecimientos históricos hicieron fracasar.

No insistiremos más en ello ya que nuestro objetivo es el de dar una visión general del panorama educativo militar del siglo XVIII sin poder profundizar en estos aspectos que merecen, repito, una profunda investigación, meditación y análisis a los solos ojos de la crítica histórica.

### El ingreso en la escala jerárquica a finales del siglo XVII

Aunque el término «oficial» en esta época no se aplica en el mismo sentido que en nuestros días e incluye a los denominados «oficiales menores» de la compañía —cabos de escuadra, furriel, capellán, barbero, atambor, pífano e incluso abanderado— y a los «mayores» entre los que se cuenta al sargento junto con el alférez, el teniente en la caballería y el capitán, puede decirse en términos generales que la promoción interna estaba teóricamente abierta sin limitación desde la base.

Los requisitos no eran otros que la antigüedad, la experiencia, la habilidad, saber leer y escribir y «algo de cuentas», lo suscinto para llevar la administración de lo encomendado —furriel— o para formar los escuadrones y mangas tácticos —sargento y cabos.

El uso del arma blanca, obligado para todo hidalgo, y el ejercicio de la equitación, en no menor manera, eran artes aprendidas en la niñez que no parecían exigir más disciplina que la actuación en conjunto a la que se podía adaptar uno pronto bajo los expeditivos métodos de los sargentos de compañía. El uso de las armas de fuego no requería por su parte más que un tiempo de aprendizaje en el pelotón de novatos de las unidades.

Como quiera que todos los mandos de la compañía los escogía su capitán propietario, él era el único, con la aprobación del sargento mayor del tercio para el caso de los oficiales mayores, con competencia para apreciar los méritos. Lo cual, naturalmente se prestaba al favor y al agravio.

Por otra parte, la promoción dentro de la compañía no suponía *per se* el inicio de un *cursus honorum*, ya que la bandera podía ser reformada o disuelta, quedando el oficial «reformado» o disponible, pudiendo ser aceptado o no en otra, o bien convertirse, a medio sueldo o cobrando «por vía de entretenimiento» y siendo empleado para cometidos concretos en las planas mayores.

La condición noble no era pues requisito imprescindible para el ascenso, como demuestra Quatrefages en el sondeo de capitanes del siglo XVI en el

que sólo una tercera parte anteponía el «don» a su nombre en un mismo listado (1) y de lo que es arquetipo la figura de Julián Romero que, de mero atambor, llegó a maestre de campo.

Para el ingreso en la carrera militar otra vía era la del «aventurero», sin sueldo o con alguna gratificación de merced o ayuda de costa. Se trata de meritorios que esperan su oportunidad para destacarse en las acciones de guerra y ocupar vacantes de oficial.

Es la vía que escoge la nobleza como aprendizaje, normalmente como «camaradas» del capitán, quien informa directamente al Rey sobre sus aptitudes. Se trata de cortos noviciados que se compensan con un largo historial de servicios familiares prestados y que los tratadistas muestran como ejemplo —aunque engañoso— de una pretendida democracia militar.

Carlos Coloma refiere que, tanto él, hermano del conde de Elda, como el duque de Pastrana, el de Osuna, y el marqués de Frigiliana, de gran nobleza y pingüe fortuna, sirvieron con la pica o con el arcabuz, de meros soldados en la compañía del capitán Cerdán (2).

Ni el noble, ni siquiera el soldado con afán de prosperar socialmente se sienten inclinados más que a servir en la Infantería. Los ingenieros son en esta época, civiles contratados, los artilleros gozan de menor prestigio, y los empleos no estrictamente militares como el de barrachel de campaña —jefe de la policía militar— o de sargento mayor, ambos sin mando de tropa, son despreciados por los capitanes, pese a tratarse de oficiales superiores y generales a nivel tercio. A los sargentos mayores les costará décadas el ser asimilados, respetados y tratados de «señor capitán», es decir, de «señoría».

Será en este ámbito de colaboradores científicos y en el de los tratadistas militares que pretenden ser guías de generales, donde se desarrollen las ciencias castrenses, mientras que en los demás lo hace sólo la técnica de combate. Serán los orígenes remotos de los «cuerpos facultativos».

Pese a lo señalado, la necesidad de no tener que importar artilleros de Alemania había obligado a Felipe en el año 1559 a crear la Escuela de Burgos, orientada, más que a la formación de oficiales de un arma que no existía, a la preparación técnica de meros artilleros, aunque éstos podían llegar a convertirse, más que en oficiales, en «asimilados» a los de

(1) QUATREFAGES, R.: *Los Tercios Españoles (1567-1577),* p. 279. Madrid, 1979.
(2) Recogido por BERMÚDEZ DE CASTRO, L.: *Mosaico Militar*, p. 219. Madrid, 1951.

Infantería o Caballería, y sin salir de su especialización, considerada más técnica que militar en su acepción más honrosa. La propia Escuela no había contado con profesores cualificados, sino con tres artilleros veteranos al mando de un cabo.

A instancias de don Juan de Acuña y Vela, capitán general de la Artillería, se funda en el año 1591 otra en Sevilla que, encomendada a la dirección de un ilustre artillero italiano —en Italia, como en Alemania y Flandes estaba mucho más desarrollado el estudio del conjunto de ciencias que darán lugar con el tiempo al Arma de Artillería y al Cuerpo de Ingenieros—, el conocido profesor de Matemática aplicada don Julián Ferrufino. La Escuela se convirtió en cantera de artilleros de tierra y mar; se orientó hacia los jóvenes y se estructuró orgánica y científicamente.

Estas características marcaron una impronta que sería posteriormente continuada. A la mera especialización se añadió una cierta formación general, ya que no se podía desatender a unos jóvenes en otros aspectos.

En la Escuela de Sevilla hemos de ver el antedecente obligado de cuantas academias militares han sido y son en España.

El Consejo de Indias, impresionado por sus éxitos iniciales, decidió por su parte crear otra bajo la dirección del capitán don Francisco de Molina en el año 1595, con la vista puesta en obtener artilleros de mar para la carrera de Indias.

De la rivalidad entre ambas Escuelas, que llegó a provocar enfrentamientos personales, salió debilitada la de Ferrufino e incluso llegó a suprimirse, más por razones de orden público que de necesidad o ahorro.

El sucesor de Acuña en la capitanía general de la Artillería, conde de Villalonga, ante la carencia creada, organizó nuevas escuelas en múltiples lugares: Barcelona, Pamplona, Coruña, Lisboa, Cádiz, Gibraltar, Málaga... de las que a lo largo del siglo XVII unas se suprimieron y otras se trasladaron a nuevas latitudes como Ávila, Bilbao, Andalucía, Murcia, Granada, Valladolid...

La abundancia de lugares docentes no debe sin embargo considerarse como un verdadero empuje en el fomento del estudio, sino que constituyó una atomización de esfuerzos en detrimento de la eficacia. Carentes de dotación económica, al poco tiempo de su respectiva creación fenecieron o continuaron una existencia lánguida y poco efectiva.

Sólo la de Madrid, a donde se había trasladado la vallisoletana en el año 1608, merece cierta atención, ya que conservó el espíritu de la sevillana.

Funcionaría esta «Academia de Matemáticas» hasta el año 1697 y sus enseñanzas se impartirían y ampliarían a militares veteranos y a civiles, que intuyen ya la revolución tecnológica y táctica que se avecina.

Por lo que respecta a otros lugares fuera de la Península, existen desde mediados-finales del siglo XVI escuelas privadas y no obligatorias, a modo de seminarios destinados a futuros continuadores de la carrera de las armas en las que a una formación general en letras y cánones se añadían nociones de materias castrenses. Sus alumnos son «españoles» de primera, segunda y tercera generación, descendientes de militares destinados fuera de la Península: en Nápoles, Sicilia, Orán y Cerdeña. Se trata de instituciones que, poco a poco, se ven amparadas por el interés oficial.

Los reales seminarios militares de Orán y Cerdeña aparecen como orientados a toda la Milicia, y en ellos se detecta otra peculiaridad en la que luego se hará hincapié en el siglo XVIII, la preocupación por la educación física y por la educación en la forma de andar, desfilar y comportarse caballerosamente, recibiendo el curioso nombre de «escuelas bello-gimnásticas» en las que la influencia clásica no sólo pretendía estar presente en este aspecto, sino también cierta interpretación, obligadamente pobre, de esa filosofía de los griegos de aspiraciones generales.

Un «sargento general de batalla», es decir la cabeza de los sargentos mayores a nivel ejército, don Sebastián Fernández de Medrano, crea en el año 1675 en Bruselas una academia en la que predominan los estudios técnicos de Artillería y Fortificación, ligados con los de Táctica que requerían nociones de Aritmética y Geometría.

El viejo dicho de «las armas parieron la nobleza como la paz las ciencias», recogido por don Bernardino de Mendoza en su *Theorica y practica de guerra*, empieza a hacer aguas, y acabará por convertirse en falsa con el advenimiento de los Borbones, que irán desmontando, pieza a pieza, la vieja estructura del Ejército y de la formación militar, con criterios modernos muchas veces, pero otras con espíritu arcaizante, en ambos casos novedosos e innovadores en su momento.

### Los criterios y las realizaciones educativas

Ante la patente necesidad de dotar al Ejército de una oficialidad capaz de afrontar los nuevos retos del siglo y de reformar el sistema educativo, si es que se puede hablar de sistema y no de meras formas que nada tenían de sistemáticas, la administración responde con dos líneas de

acción: una dirigida hacia los cadetes de los cuerpos y regimientos, y otra hacia las armas generales y cuerpos facultativos. Es decir, que se plantea a dos niveles, el de los aspirantes y el de los oficiales ya patentados en sus primeros años de servicio. Como consecuencia de esta actuación, surgirán, a finales de siglo, auténticas aulas para especialistas en forma de cursos de «sabios».

Por lo que respecta a los aspirantes, el sistema educativo en la propia unidad, que se observa en épocas anteriores, se continúa pero con nuevos criterios, siguiendo el impuesto en el país vecino por el marqués de Louvois en el año 1632. Aquellas seis compañías de cadetes de número ilimitado de plazas a cubrir por cadetes, segundones de buena familia, que ingresaban como soldados distinguidos a los que se eximía de servicios «mecánicos», atendiéndose preferentemente a su formación.

Se adopta pues el sistema francés del que no se varía ni la terminología. *El Diccionario de la Real Academia Española*, que conocemos como de *Autoridades* y que es absolutamente contemporáneo (1729) define al cadete como:

> «Soldado escogido de la guarda de Corps, que tiene mayor grado y sueldo que los guardias ò soldados rasos: y para distinguirse trahen un cordón en el hombro de hilo de plata retorcido. A este modo hai en los otros regimientos de caballería è infantería soldados escogidos, y hombres de obligaciones, que se llaman Cadétes. Es voz Francesa, introducida poco ha en las tropas» (3).

Basándonos en la definición, intentaremos explicar qué se les considera «hombres de obligaciones», pues ésta será la mejor forma de comprender los requisitos de sangre.

Hombre de obligaciones equivale a aquél que, heredero de un linaje de servicios prestados a la Corona, inspira a ésta una confianza basada en el dogma del hidalgo de no deshonrar su nombre. Otro término utilizado es el de «hombres de honra», y un argumento para no dar responsabilidades a personas de otro estamento es el de serles a los primeros doblemente exigible una conducta honorable.

---

(3) *Diccionario de la Real Academia,* Tomo II, Madrid, 1729, voz «cadete».También las *Ordenanzas para la formación de las Milicias del Reino* indicaban: «Manda su Magestad que se puedan recibir hasta diez Cedetes Hidalgos y Caballeros en cada compañía, los quales como Cadetes se distinguirán de los otros, assi en el vestuario, como en la paga» (S. 4).

A la vista de esta concepción, la frase de Almirante de que:

> «Nobleza o riqueza suplían con cierta ventaja la aptitud el saber y el merecimiento» (4).

Pierde a mi entender fuerza, porque nunca la riqueza se tomó en consideración, de hecho el Ejército se orientó a los segundones casi desheredados y no a los mayorazgos, y en cuanto a la nobleza, hay que entenderla en el contexto, ya que en ella, deteriorada tal vez y comparativamente decadente, seguía siendo el motor del país, especialmente el militar, donde, salvo excepciones, podría surgir el talento. Se trataba de atraer a un sector completo, elevando la consideración social de la institución militar para que resultase atractiva.

Pretender que se hubiese debido llevar a cabo una política de promoción a largo plazo de otros estamentos cuando las necesidades prioritarias eran inmediatas, resulta anacrónico, e impensable y algunas actitudes de los que lo sostienen rayan lo demagógico.

Vemos como de un plumazo, y desde un momento tan temprano como en el año 1704 en que se adopta este sistema, regulado más extensamente en el año 1722, desaparece toda posibilidad, por hipotética que fuese, de promoción de otras capas de la sociedad.

Sólo queda como residuo de la época anterior el respeto por la nobleza adquirida por fuero militar. Junto con caballeros notorios, cruzados, títulos e hidalgos, se admite a hijos de capitanes y superiores a quienes se reconoce nobleza personal si no la tuvieran heredada, con posibilidad de transmitirla, dando preferencia a los huérfanos de militares muertos en campaña.

Este panorama se enturbia al producirse ingresos de gracia y de favor «por ser así la voluntad de S.M.», de igual manera que en Francia: *car c'est mon bon plaisir* dirá Luis XIV. Se distribuyen desde la Corte un paquete nada desdeñable de bandoleras de guardias de corps, de cordones de cadete —cordón de plata sobre el hombro derecho— y hasta de charreteras de subteniente.

Si analizamos más en profundidad este hecho que puede parecer monstruoso y comparativamente injusto, resulta que no lo es tanto ya que la condición social de este otro tipo de cadetes no es diferente del anterior y la dispensa sólo se refiere a la edad y al examen de ingreso, nivel que

---

(4) ALMIRANTE TORROELLA, J.: *Diccionario Militar Etimológico, Histórico, Tecnológico.* voz «instrucción». Madrid, 1869.

se podía adquirir en pocos meses. Los privilegiados podían ingresar con sólo 12 años, en lugar de los 14 preceptivos con lo que —eso sí— ganaban antigüedad, y la dispensa de un examen en el que sólo se exigían el dominio de las cuatro reglas, los artículos de la Ordenanza, un poco de esgrima y otro de baile, no era gran cosa ya que constituía el mínimo exigible a cualquier caballerete.

Unos y otros jóvenes que se dedican a la carrera de las armas y se preparan para ingresar en ella con la categoría de oficial se integran en un regimiento —se les denomina «cadetes de cuerpo o regimiento»— y se les reúne bajo techado y bajo la dirección de un oficial —de un capitán normalmente— seleccionado por el coronel entre los de mayor talento, experiencia y amor a la profesión que fueran capaces de inculcar el imprescindible espíritu militar.

Naturalmente, ésta fue la intención del legislador, pero es muy probable que muchas veces ni se acertase en la selección del oficial maestro de cadetes, ni en el criterio educativo, absolutamente dispar.

Almirante se pone en lo peor y habla de:

> «Maestros en tomar lecciones más que en darlas o explicarlas» (5).

Sin embargo, el ser maestro tenía sus alicientes, lo que debía crear cierta beneficiosa competitividad, ya que se le relevaba de todo servicio o destacamento fuera del propio cuartel y su buena actuación como educador servía de recomendación para el ascenso.

El régimen normalmente no era de internado, pudiendo pernoctar en casa los cadetes, a no ser que se dispusiese de habitación separada de la tropa, con la que no podían arrancharse ni familiarizarse.

Las enseñanzas se reducían al conocimiento de los preceptos de la Ordenanza, nociones generales de Aritmética, Geometría y Fortificación, poniendo especial énfasis en el conocimiento y uso y mecánica del fusil y de sus posibles reparaciones en el campo. Las prácticas en su unidad completaban la formación.

Esta enseñanza la compartían con los «supernumerarios» o aspirantes fuera de cupo y con algunos hijos de subalternos de su unidad, destinados a cubrir vacantes por enfermedad, muerte o abandono, que eran notables.

---

(5) ALMIRANTE TORROELLA, J.: *Diccionario Militar Etimológico, Histórico, Tecnológico.* voz «instrucción». Madrid, 1869.

Su uniforme no se diferenciaba del de soldado salvo por su mejor calidad, porque el uniforme, también novedad, es la librea de los criados del rey, de los oficiales.

Este sistema, tan alejado del ideal, tenía la mejor de las «virtudes» era el más sencillo y el más barato, y por lo tanto, el más longevo de cuantos planes educativos han sido y serán; durará hasta «La gloriosa», más de siglo y medio después.

Mientras que las Armas de Infantería y Caballería parecen conformarse con este sistema, con las salvedades que indicaremos, los futuros «cuerpos facultativos» demuestran inquietudes de superación mucho más tempranas.

### Artilleros e ingenieros a la cabeza de las reformas

El origen de las escuelas de artilleros se funda en el Reglamento del día 2 de mayo del año 1710 que ordena la creación de cuatro escuelas de «Artillería y Bombas» en Aragón, Galicia, Andalucía y Extremadura, dependientes del capitán general de la Artillería. Paralelamente, pero con objetivos similares, aunque con una proyección social mayor, se crean en estas regiones menos Galicia otras tres escuelas o academias militares para la enseñanza de las Matemáticas, de la Fortificación y la Castramentación, ordenándose al ingeniero general de los Ejércitos la propuesta del personal docente para la aprobación del capitán general y consecuentemente del Rey.

Aparecen por lo tanto, como un esfuerzo conjunto de los cuerpos facultativos *avant la lettre*, para su propio personal para la formación de sus propios cuadros, aunque también, con menos facilidades oficiales, para los demás militares de las Armas.

Las dificultades de la guerra de Sucesión no parece que dieran la oportunidad de ver fructificar la novedad, pero en el año 1720 se produce un fenómeno, típicamente dieciochesco, que va a desperezar a la Administración con su éxito. El comandante de la Artillería de Navarra, decide organizar particularmente, casi a modo de tertulia y en su domicilio pamplonica una academia en la que acoge a militares, clérigos y paisanos. Pretende, desde luego, profundizar y divulgar en el estudio de las Matemáticas, pero también mantener la llama de la actividad y del interés de los profesionales en uno de los momentos en que la inactividad es la peor de las lacras. Esta escuela pionera marcaría una pauta novedosa a seguir, aunque no necesariamente

seguida; sus orígenes de tertulia o «salón» darían lugar a un nuevo criterio educativo, convertido en incentivo enriquecedor que abriría la posibilidad a la discusión y al mutuo enriquecimiento bajo la dirección del maestro.

En el año 1722 funcionan además de en Pamplona, Barcelona, Badajoz y Cádiz este tipo de escuelas, ya oficiales, y cuyos directores que reciben 50 doblones de sueldo por desempeñar este cometido elaboran sus planes de estudio, diferentes, pero parecidos al utilizado por Braus: un periodo de familiarización con el dibujo y dedicado a la medición e interpretación de planos, acostumbrando la mano al manejo de la regla y el compás, seguido de otro de lecciones sobre «elementos», nociones de Geometría elemental, Aritmética, Geometría práctica, Fortificación y Artillería. Curso en total de dos años.

El asedio de Gibraltar volvería a requerir todos los esfuerzos, por lo que todas tuvieron que cerra, para reabrirse en el año 1730 Barcelona y reaparecer en Madrid aquella «Academia de Matemáticas» del siglo anterior, a instancias de don Pedro Enguera, maestro de Matemáticas de la Casa Real de Pajes.

Es el momento de señalar que son varias las fuerzas y las iniciativas que confluyen; vemos ahora una institución que también constituía y había constituido cantera de oficiales militares, como el Colegio Imperial y el Seminario de Nobles, pero que fue suprimida precisamente por el duque de Montemar en el año 1737 alegándose que Madrid no contaba entonces con guarnición y que quienes quisieran instruirse en estas ciencias lo podían seguir haciendo en los colegios citados. A fuerza de compensación, el ingeniero don Pedro de Lacuze compone un curso muy completo para la instrucción de militares que incluye Química y Minas, Cosmografía náutica, Geografía, Mecánica, Óptica y Arquitectura. Otras academias menores en las que hay que incluir las de los presidios, llevan una vida mortecina, pero sobreviven.

La oferta educativa aparece como múltiple, la aplicación, la práctica, el ingenio y el mérito determinarían desde ella la promoción futura de los oficiales.

En el año 1746 se comienzan a redactar unas ordenanzas para las reales escuelas de Matemáticas de Artillería, aprobadas en el año 1749 y superadoras del recurso interpuesto por un conocido maestro, don Juan Cermeño, tras pasar el examen de una junta de generales y con intervención de un marino, tenido por «sabio», don Jorge Juan.

De esta época data también un esfuerzo del conde de Sástago, en Zaragoza para incrementar el conocimiento de la Equitación entre la Caballería y Dragones, disciplina y arte como sujetos a metódicas reglas. Muerto el prócer, dará origen a la Real Academia de Caballería y Picadero de Ocaña.

Fernando VI en el año 1751, constituye en Cádiz y Barcelona «Escuelas formales de Theórica con título de Artillería» y crea compañías provinciales teórico-prácticas. Para cumplir su objetivo de «enseñar todo lo que necesite un perito oficial», convierte estas escuelas en auténticas academias al alargar el periodo docente a cuatro etapas anuales y dotarlas de una pluridad de maestros, concretamente tres, más el de dibujo, bajo la férula del «primer profesor». Finalizados los estudios, los mejores clasificados disertaban en público ante un tribunal y constituían la cantera de los futuros maestros.

En el año 1762, la Academia de Artillería de Segovia para la formación de oficiales artilleros, marca la separación total y definitiva de las academias de matemáticas, aplicando las normas de acceso con el máximo rigor y selectividad.

La Real Academia de la Noble Compañía de Cadetes de La Habana, creada en el año 1764, tiene pretensiones de generalidad para todos los que deseen seguir la carrera militar, continuando su mérito en España. Los requisitos de edad para el ingreso nos sorprenden: de 10 a 16 años, así como otras características que la aproximan a la Real Compañía de Guardias Marinas, creada en el año 1717. Su aspiración general seguía la pauta de la barcelonesa del año 1699 por la que parece sentía predilección el fundador de la habanera, don Alejandro O'Reilly. Su rimbombante y pretenciosa denominación sólo se verá superada, en el año 1808 por la de «Preferentes» de Granada.

A principios de siglo no se contaba con un Cuerpo de Ingenieros; se contrataba paisanos para las ocasiones y se reclutaban entre oficiales con estudios autodidactas, pero a partir del año 1709, a propuesta del marqués de Bedmar, se trae al ingeniero flamenco Próspero Verboom para organizar un grupo, como el que disponía Francia. El nuevo ingeniero general de los Ejércitos depedía del capitán general de la Artillería.

Al año siguiente, se crea un cuerpo facultativo de cuatro ingenieros y un delineador, que además de sus funciones prácticas, se convierte en tribunal asesor en las propuestas que el ingeniero general presente al capitán

general de la Artillería para cubrir un grupo de ingenieros que se ordena exista en las planas mayores de Artillería y para designar los capitanes de las compañías de minadores de las que se organiza una en cada batallón, además de un capitán de puentes de barcas, pontones y carros de transporte. El Cuerpo de Ingenieros comienza su trayectoria diluido en la Artillería y ambos constituyen la élite científica del Ejército.

El proyecto ilustrado trascendería del ámbito militar, aunque basándose en él, al organizar el primer grupo de ingenieros y la Escuela de Caminos y Canales, que sientan las bases de la ingeniería civil.

Las acervas críticas a la formación castrense del dieciocho pierden su fuerza al estudiarla comparativamente con el nivel educativo medio de la sociedad civil y se comprueba que no sólo no constituye el militar un estamento estancado y atrasado, sino un auténtico motor general del Estado.

La utilización de estos «sabios» militares en proyectos muy diversos de utilidad pública es otra prueba de este aserto.

Las *Ordenanzas Generales del Ejército* del año 1768 crean nuevos centros docentes, manteniendo algunos de los veteranos y la situación va evolucionando en forma parecida hasta que a finales de siglo surgen proyectos para las Armas de Infantería y Caballería que habían quedado estancadas en los viejos sistemas. Las academias de Zamora y Cádiz, son reorganizadas en el año 1790 y especialmente la primera comienza a orientarse como establecimiento de instrucción para oficiales de Infantería y Caballería que pretendiesen continuar y no se diluyesen en esa ósmosis generalizada que será a la vez característica y lacra del momento. Este proyecto se verá sin embargo postergado por otro del máximo alcance: la fundación a instancias de Godoy en el año 1797 del Colegio Militar de Borbón y la Academia Militar de San Fernando que pretendía centralizar y controlar la enseñanza, concentrando en un solo centro la educación científica y la militar. Una catarata de nuevos criterios de enseñanza reducidos a las materias propias de la profesión condensados en dos ritmos: curso de dos años para cadetes entre 14 y 15 años en el Colegio para completar lo ya iniciado en otros centros, y otro de cuatro años para aquellos que viniesen de sus casas, entre los 12 y 13 años, aunque sólo supiesen leer y escribir y la doctrina cristiana. La distribución en brigadas, según el nivel de conocimientos, sería otro de sus logros.

La Academia de San Fernando tras superar las pruebas, les abriría sus puertas para otro curso avanzado de dos años, dando también oportuni-

dad a todos los cadetes y oficiales del Ejército con más de 15 años y menos de 18 que estuviesen al mismo nivel.

Estas líneas generales bastan de por sí para describir un establecimiento modélico para la época, superador incluso de los contemporáneos más avanzados.

Los tristes momentos que tocaría sufrir a la nación darían al traste con este proyecto que marcaba el cenit y a la vez el ocaso de la Ilustración en materia docente militar, pero el lugar común de afirmar que la guerra de la Independencia constituye el punto de partida del proceso de modernización del Ejército, sólo porque las Cortes de Cádiz suprimiesen los requisitos de nobleza para el ingreso en la profesión militar, nos parece ligero e injusto.

### La formación del marino dieciochesco

La guerra de Sucesión había demostrado la carencia de medios navales, pero también de mandos capacitados en nuestra Armada.

España, aunque reducida a sus fronteras actuales en el ámbito europeo conservaba un gran imperio ultramarino cuyas rutas precisaban de defensa marítima; por otra parte, derechos dinásticos, propios y posteriormente también consortes, impulsaban a la Corona a recuperar lo perdido en Italia, para lo que se precisaba disponer de una flota actualizada en cuya formación había que partir desde la base, desde la organización y preparación del personal, comenzando por los mandos.

La necesidad era patente, ya que hasta ese momento, el deficiente saber náutico, estancado desde tiempo atrás, estaba depositado en manos de los pilotos, formados en sus propias escuelas tradicionales y cuya máxima baza era la práctica y la experiencia. Los escolares de náutica y los santelmistas constituían la cantera de los oficiales de mar, que por lo general no pasaban del grado de maestre o capitán mercante y no contaban con más formación militar que la adquirida durante la vida a bordo.

En otro orden de cosas, el mando de buques de guerra y de escuadras correspondía a los oficiales de mar y guerra o incluso a los capitanes de Infantería embarcados, cuya mayor o menor experiencia marítima se apoyaba en el saber de los pilotos, y a quienes incumbía la dirección general de las operaciones, el mando concreto de los navíos del Rey y de particulares integrados en una Armada, y el de la marinería, guarnición y tropa embarcada.

**Figura 1.** *Alegoría del oficial de Marina del siglo XVIII. Museo Naval.*

Aunque el primer grupo estaba sometido en todo, incluso en las decisiones técnicas, al primero, ninguno de los dos era plenamente capaz de comprehender por sí totalmente el cúmulo de circunstancias y de datos que pueden determinar que una actuación crucial sea o no oportuna y asumible, figura 1.

El asesoramiento técnico, comparativamente deficitario de esa disposición, exigible a militares y obligada en muchas ocasiones al valor, y al sacrificio, tendía, lógicamente, a evitar riesgos. El mando militar de por sí, con menos conocimientos de las circunstancias y medios navales o podía finalmente pecar innecesariamente de osado, o por el contrario de timorato.

El ministro don José Patiño decidió acometer la tarea de crear una escuela general para la que contaba con el precedente francés.

Patiño, émulo también de Colbert en otros aspectos, se inspiró en una Compagnie des Gardes de la Marine, por éste creada en el año 1669 y reorganizada en el año 1683.

La idea de una unidad orgánico-docente le pareció buena aunque de la alianza hispano-francesa no se habían quedado satisfechos en España por lo que a la preparación de los mandos se requiere.

Las necesidades de la guerra y de la inmediata posguerra habían obligado a cubrir las vacantes de la Real Armada con oficiales franceses que, sin notable preparación, pero con enormes aspiraciones, habían dado generalmente malos resultados.

Con el tiempo Francia conseguiría alcanzar notables cotas en la preparación teórica de sus oficiales, y España, que mantuvo estrechas relaciones y alianzas con su Marina se vería muy influenciada en este aspecto.

Inglaterra, pese a los éxitos de la contienda que la habían convertido en primera potencia naval, no podía servir de referencia en este aspecto, porque habría que esperar hasta el año 1729 para entrever los resultados de la Naval Academy de Portsmouth, ya que sólo contaba con marinos extremadamente prácticos, pero carentes de formación científica, y, por otro lado, no había conseguido atraer al mar al sector social que, como veremos, pretendía el ministro en España.

Daneses y suecos habían configurado también cuerpos de oficiales que recibían instrucción eminentemente práctica.

Francia serviría de pauta en cuanto a la cantera escogida: la mediana nobleza, y en cuanto al sistema elegido: la educación separada y privativa de los alumnos aspirantes en una unidad militar propia, unificada también en cuanto a localización y homologación de disciplinas a impartir y aprender: la educación sistemática.

La carencia de una estructura previa tenía una ventaja que brindaba una oportunidad de futuro y enormemente ambiciosa, superadora de cualquier otra organización existente.

### La Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas

La creación de la Real Compañía obedece a una inquietud generalizada por crear una oficialidad de nuevo cuño que se sigue manifestando después de creada y hasta que empieza a dar sus frutos.

El marqués de la Victoria hablaría de una:

> «Marina, donde todo está empezado y nada concluido. Tiene oficiales, y no hay Cuerpo formado de ellos...» (6).

Con esta institución se pretendía también otro objetivo, el de recuperar a la nobleza media e integrarla en la revitalización de la nación. Patiño lo expone claramente, años después:

> «... Viendo la Nobleza de España sin carrera, poco aplicada a seguir alguna, y en una crianza que no la distinguía de la plebe; y conociendo que sus genios eran a proposito para cualesquiera facultades a que se dirijiesen, se penso en reducirla a terminos en que pudiese aprovecharse la buena disposicion de su material...» (7).

En realidad el camino del Ejército lo tenía abierto desde siempre; lo que se hacía ahora era abrirle una nueva vía, ya que hasta entonces la Marina no había tenido especial atractivo para la aristocracia, excepción hecha de vocaciones singulares y de alguna familia señera como los Mendoza, los Bazán o los Toledo de la rama de los Villafranca.

Como se partía de cero, y en igualdad de condiciones, esta circunstancia permitió agruparlos en una compañía que podía aprender conjuntamente, de forma que los más avanzados, constituidos en brigadieres y subrigadieres, sirviesen de acicate a los demás. Por ahora no cabe hablar de cursos o clases. El que superase las materias y diese pruebas de madurez suficiente, sería propuesto para entrar en el escalafón.

La decisión se tomó tras un análisis comparativo del sistema empleado en otros países. Después de un estudio previo del panorama internacional, ninguno de los sistemas pareció perfecto por encontrarse las normas de otras naciones «poco acomodadas en la maior parte a los naturales de la nuestra». El sistema francés pecaba de poco disciplinado y de prestarse a intereses personales que se anteponían a los nacionales. El inglés, era muy ordenancista, pero encaminado sobre todo a la práctica y a conseguir «un buen maniobrista en cada sujeto».

Los españoles «que se alimentan de gloria que no es económica», parecían precisar en la mente de Patiño, de una disciplina respetuosa ya que «no les conbiene mucha libertad», pero no soportan «el trato que no sea decente», corrigiendo la falta de aplicación casi generalizada con «un ins-

---

(6) NAVARRO DE VIANA, J. J., marqués de la Victoria: «Discurso y diferentes puntos particularmente sobre la Marina...»

(7) Don José Patiño a don Andrés de Pez. 1720. Museo Naval, Ms. 580.

tituto que por sí mismo los estimulase a adquirir la virtud de las Ciencias y la Gloria...». Falta de interés científico al que también se referiría Navarro:

> «... los españoles no inventan porque ignoran» (8).

A la que parecerá evocar Antonio Machado dos siglos después. La compañía nacía por lo tanto como militar, técnica y elitista en el año 1717.

Tres características que hasta entonces no se habían dado conjuntamente en una escuela con pretensiones de general y única, en la que la enseñanza se impartiese con criterio uniforme.

Sin embargo, no se quiso jugar el todo por el todo en espera de unos resultados que no podían ser inmediatos y paralelamente subsistió el sistema tradicional de ingreso en el Cuerpo de Oficiales que representaba la figura del «aventurero»:

> «... joven que se embarca en los bajeles de guerra como aspirante ò meritorio para optar al primer grado en el servicio de la Armada...» (9).

Se trataba de mozos de «calidad», referida, tanto a su condición familiar como personal, como había sucedido en la etapa anterior también en el Ejército. La gran ventaja para el Erario de no percibir sueldo sino pequeñas gratificaciones de «mesa», y la práctica que desde muy jóvenes adquirían en los barcos, compensaban las deficiencias de una escasa preparación teórica, estableciéndose «puentes» de acceso a la compañía para los mejores, mediante exámenes de capacitación.

La Orden de Malta suministraría también, como antaño, oficiales entrenados en las personas de caballeros y novicios con servicios prestados en las «caravanas» marítimas de la Religión, don Jorge Juan, de este origen, llegaría a ser el quinto capitán de la Real Compañía, tras acceder al empleo de jefe de escuadra, ya que los grados de la oficialidad militar de la misma —capitán, teniente y alférez— debían ser, de acuerdo con la «Instrucción» fundacional:

> «... a lo menos el de Capitan de Navio a el Capitan de Fragata, el Theniente y Theniente de Navio, el Alferez, y podran ser mayores, segun los que Su Magestad quiera darles a las personas que se eligieren» (10).

---

(8) NAVARRO DE VIANA, J. J., marqués de la Victoria: «Discurso y diferentes puntos particularmente sobre la Marina...».

(9) OSCANLAN, T.: *Diccionario Marítimo Español,* p. 307. Madrid, 1972.

(10) *Instrucción para el gobierno, educación, enseñanza y servicio de los Guardias Marinas, y obligaciones de sus Oficiales y Maestros de Facultades de 15 de abril de 1718,* artículo 2.º. Museo Naval, Ms. 1181.

Se pretendía con ello contar con mandos muy experimentados y acreditados y prestigiar el Instituto, equiparándolo en este mismo sentido a las privilegiadas guardias de corps.

El aspecto de la formación militar quedó así cubierto, aunque para la elección de los primeros oficiales se hubo de recurrir a personal muy cualificado del Ejército: el brigadier don Luis Dormay como capitán, el capitán de Caballos don José Marín como teniente, y el capitán de Infantería don Juan José Navarro como alférez.

La instrucción pues del futuro oficial debía partir siendo militar en todos los aspectos del término, incluyendo en su debida medida la de los cuerpos facultativos, pero debía extenderse también a las múltiples disciplinas a las que obligaba el mando de escuadras y de unidades a flote, la dirección y organización de los departamentos y arsenales, de la recluta o matrícula de mar, de la conservación y aprovechamiento de bosques y maderas, de la construcción y fábricas diversas de los pertrechos en todas sus fases... Todo un mundo en sí que aspiraba a convertirse en independiente y autosuficiente.

Los oficiales que se requerían debían ser «inteligentes en todos los ramos» para formar un cuerpo «general» de mando, aunque necesariamente auxiliados desde dentro por los cuerpos que ya existían bajo normativa arcaica, que se crean a la vez, o que se irán paulatinamente formando.

Organizada como unidad militar, y bajo la responsabilidad en este aspecto de su capitán, se prepara su claustro científico, bajo la responsabilidad de un director.

**Pruebas de ingreso y disciplinas impartidas**

Los requisitos de acceso al nuevo colegio naval en su etapa inicial son de diversos tipos: físicos, morales, nobiliarios, de edad y de conocimientos, a los que han de corresponder las oportunas comprobaciones, pesquisas y exámenes y dentro de cupo preestablecido que no puede exceder de 150 plazas.

Esta última limitación cesaría, ante la necesidad de aumentar plantillas, constituyéndose otras Compañías de Guardias Marinas en los otros dos departamentos de Cartagena y Ferrol.

El aspirante debe ser sano de mente, desechándose los que los examinadores:

> «Reconozcan incapazes de aprobechar en los estudios ò tontos», fuerte y sin defectos físicos: «que no padezca imperfección corporal» ni muestre «complexion poco robusta», pero debía también tener las cualidades de un caballero equilibrado, quedando excluidos tanto el fatuo, como el rudo, y el que «parezca indecente por su traza personal» (11).

La condición nobiliaria exigible es la calidad de hidalgo a uso o fuero de España, o bien el ser hijo de oficial de capitán arriba, lo cual precisa de pruebas documentales y testimoniales que deben ser examinadas.

La edad de ingreso es la comprendida entre los 14 y los 16 años y el nivel mínimo para poder adquirir otros conocimientos es el de saber leer y escribir (12).

Con el tiempo, y a lo largo del siglo XVIII, estas condiciones variarán algo, pero no fundamentalmente. Los requisitos de nobleza se relajarán un tanto, más en la aplicación que en la norma, y al mero requisito de leer y escribir se añadirá a los padres del pretendiente la exigencia de que:

> «Deben darles antes una cuidadosa educacion en que cultiben su talento, y aprovechen como es menester para una carrera de ciencias en que no puede haber progreso sin poseerlas» (13).

Se acabará exigiendo también el pasar a los ingresados una pequeña pensión complementaria. Algún requisito, como el de la edad, por más o por menos, se podía pasar por alto, en atención a las cualidades o méritos del individuo.

Las disciplinas que se impartieron fueron las consideradas necesarias para la formación más completa de un marino y de un caballero; por ello, al Cálculo, a la Trigonometría, a la Astronomía, a la Geografía, a la Náutica, a la Construcción naval y de instrumentos náuticos, a la maniobra, y al dominio técnico del buque, se añadieron la Ética, la Oratoria, la Dialéctica... y esas dos horas diarias de baile, necesarias todas, tanto para completar una formación polivalente, como para lucir, personal e intelectualmente, en los salones.

---

(11) *Instrucción para el gobierno, educación, enseñanza y servicio de los Guardias Marinas, y obligaciones de sus Oficiales y Maestros de Facultades de 15 de abril de 1718,* artículo 17.

(12) *Ordenanzas de S.M. para el Govierno Militar, Politico y Economico de su Armada Naval* 1748. Título Segundo, artículo XI.

(13) Real Orden de 15 de enero de 1792 recogida por GUILLÉN, J.; VALGOMA, D. y BARÓN DE FINESTRAT: *La Real Compañía de Guardias Marinas y Colegio Naval, Catálogo de pruebas de Caballeros Aspirantes,* Tomo I, p. XL. Madrid, 1943.

Como curiosidad señalaremos que el profesor de baile o «maestro de danza» enseñaba también:

> «A pasear y marchar con ayre» (14).

Aunque no se llegó a disponer de profesores concretos y exclusivos para cada asignatura y en determinados momentos la necesidad obligó a dar por superados cursos completos, la realidad superó pronto el proyecto inicial dirigido a constituir lo que definió Patiño en el año 1718 como:

> «Seminario donde la juventud de la nobleza española se había de enseñar á desarmar la fuerza de los elementos con las industrias del ingenio y del arte» (15).

La educación impartida estaba destinada, no sólo al perfeccionamiento del individuo, sino a su irradiación exterior al resto de la sociedad.

Los maestros fueron escogidos de todas partes, viniendo desde Francia el afamado Bouger como director de la Academia.

Los alumnos más distinguidos se constituyeron en brigadieres y subrigadieres que de esta forma se iniciaban ya en el ejercicio del mando.

El plan de estudios se estableció poco después en dos ciclos. El primero constaba de cuatro cursos o «clases», destinado a la generalidad. Su clasificación atendía al grado de preparación de los alumnos y no a la edad, pudiéndose pasar de un curso a otro, saltándose incluso los intermedios.

El segundo ciclo, de carácter superior, constaba de dos cursos, y a él sólo accedían los mejor dotados intelectualmente, llamados a contribuir como asesores en múltiples aspectos científicos a los más ambiciosos proyectos del reformismo nacional impulsado desde el trono.

Mazarredo propuso en el año 1783 la institución de un cuerpo de estudios sublimes en cada una de las compañías departamentales para oficiales voluntarios, que conociendo la importancia de su aplicación a la profesión quisieran arrostrar semejante reto.

La celebración de certámenes públicos de estos estudiosos acapararía la atención nacional.

---

(14) *Instrucción para el gobierno, educación, enseñanza y servicio de los Guardias Marinas, y obligaciones de sus Oficiales y Maestros de Facultades de 15 de abril de 1718,* artículo 59.

(15) Recogido por FERNÁNDEZ DURO, C.: *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón,* tomo VI, p. 212. Madrid, 1973.

## Los resultados

Ha llegado el momento de preguntarnos si los resultados respondieron al esfuerzo, refiriéndonos exclusivamente a la Marina y dejando el campo del Ejército al siguiente orador.

La Armada, por sus peculiares circunstancias, adoptó tempranamente un sistema formativo metódico, coherente y uniforme e incluso fue más allá, pero falló la praxis, el ejercicio del mar, las escuadras de maniobra.

La primera etapa, que podemos denominar de capacitación militar, se consiguó cumplir desde la primera promoción. La disciplina, el valor, el espíritu de sacrificio y las demás virtudes militares se grabaron indeleblemente marcando una tónica que llegaría hasta nuestros días. Hasta en los errores más patentes y en los combates más desventajosos para nuestras armas, nunca faltaron, como se reconoció por nuestros propios enemigos.

El segundo propósito, la capacitación técnica, se consiguió también temprana y a un nivel impensable, pero no sólo se sobrepasó, sino que por ello se desatendió lo más elemental por falta de caudales y medios.

El enorme esfuerzo nacional había llegado a la extenuación cuando se necesitaba aplicar los conocimientos, y el sistema quedó manco y desequilibrado. El gran Mazarredo, una de las mentes más claras del siglo, escribió al conde de Fernán Nuñez, embajador en París:

> «No todos los oficiales de una Armada necesitan ser sabios; a serlo, no habría Marina cuyas fatigas de acción dicen incompatibilidad con la meditación, que sería el alimento y el embeleso de un matemático sublime; pero debe haber un centenar de éstos que pueden considerarse de primero, segundo, tercero y cuarto orden. Todo cabe, todo es necesario, y aun habría sus males en que todos se formaran de orden primero...» (16).

Faltos de medios para dedicarse con preferencia a su misión fundamental, pero pletóricos de energías intelectuales los marinos se dedican a todo. Jorge Juan y Ulloa investigan e intervienen en las más dispares actividades científicas, y este último tendría que ser sometido a un consejo de guerra por haber perdido la ocasión de capturar un importante convoy inglés, absorbido como estaba con el movimiento de los astros, mientras mandaba una escuadra de siete navíos a la altura de las Terceras.

---

(16) Recogido por NUÑEZ, I. *El teniente general de la Real Armada don José de Mazarredo Salazar y Gortázar*, p. 14. Bilbao, 1945.

Las academias nacionales y extranjeras y las sociedades económicas de amigos del país se llenan de marinos y sus tertulias se convierten en ágoras locales. La Academia Amistoso-Literaria de Jorge Juan en Cádiz es fruto del mismo árbol que las tertulias de Jovellanos en Gijón o de Olavide en Sevilla.

Alejandro Malaspina, oficial excelente y de valor y competencia probados, parece sentirse demasiado estrecho dentro del uniforme de marino y se convierte en político, en filósofo, en conspirador... En el discurso preliminar del relato de su famoso viaje que abarcaba un asombroso alarde multidisciplinar manifestó:

> «... el nuestro no ha sido un viaje de descubrimiento: llevaba por objeto el conocimiento de la América para navegar con seguridad y aprovechamiento sobre sus dilatadas costas, y para gobernarla con equidad, utilidad y métodos sencillos y uniformes» (17).

En él laten la utopía y el espíritu vanguardista del ilustrado como en muchos otros. Malaespina se sentía, como el padre Feijoo, ciudadano del mundo, y cualquier tierra era para él su patria.

Parece como si el espíritu del siglo desplazase a sus contemporáneos más egregios hacia actividades ajenas. Jovellanos, con motivo de su sorprendente nombramiento por Godoy como embajador en Rusia se quejaría a su amigo, el marino Martín Fernández de Navarrete en estos términos:

> «¿Ha visto mayor extravagancia que la de hacer de un pobre filósofo un embajador?» (18).

En los preparativos de la expedición malaespiniana (1789-1794) la Armada se había sentido capaz de aportar, demás de los medios, todos sus componentes, requiriendo sólo el auxilio de dos botánicos y dos dibujantes de perspectiva.

Décadas antes, el marqués de la Victoria se había propuesto realizar nada menos que una enciclopedia general de Marina con la mente puesta en la *Enciclopedia* y prácticamente culminado un vastísimo plan de trabajos sobre técnica de la maniobra, evoluciones, obligaciones del mando... que nunca llegó a publicarse ni mucho menos ponerse en práctica.

---

(17) PALAU, M.; ZABALA, A. y SÁEZ, B.: *Diario de viaje de Alejandro Malaspina.* «Discurso Preliminar». Madrid, 1984.

(18) Recogido por CABEZAS, J. A.: *Jovellanos. El fracaso de la Ilustración,* p. 143. Madrid, 1985.

Las sucesivas Ordenanzas, especialmente las de 1793 fueron modélicas incluso literariamente...

La política utilizó a la Armada más como medio de disuasión que de acción y sacrificó el entrenamiento en aras de la disponibilidad. Los barcos y la pólvora eran demasiado caros para arriesgarlos o «malgastarlos» fuera del combate.

La amplitud de materias estudiadas en la Real Compañía y en los cursos de sabios con el apoyo del Observatorio Astronómico (1753), del Depósito Hidrográfico (1770), de la Escuela de Ingenieros (1770), e incluso de la tecnología punta que aporta el espionaje científico, produjo almirantes sabios, hidrógrafos notables, científicos punteros, filósofos y sociólogos de gabinete, expedicionarios de nivel mundial... pero no supo inculcar ni iniciativa, ni agresividad, ni genio puramente combativos, porque ninguna academia, ni ningún sistema educativo eminentemente teórico puede darlos, sino sólo la práctica y la experiencia, para las que no hubo tiempo ni dedicación.

Antonio Barceló será la antítesis del marino ilustrado: autodidacta, corsario, plebeyo y provinciano, y para escándalo de la institución, enormemente exitoso en sus empresas por su conocimiento del medio y de los medios puestos a sus órdenes. Por lo menos se tuvo el suficiente sentido común como para aceptarlo en el seno de la Armada, donde acabó sus años de oficial general.

España, potencia de segundo o tercer orden no podía atender a una Marina que le venía grande, y pretendió suplir en el gabinete de trabajo la primordial vivencia del medio en el que tenía que desenvolverse.

Aunque Patiño pretendió crear un esquema propio tan alejado del rudo aprendizaje inglés, como del reglamentarismo francés, éste último acabó imperando.

*El tratado de evoluciones y táctica naval* de Hoste, traducido por Navarro, se convirtió en el libro de cabecera del almirantazgo; pero ¿quién era Hoste sino un imaginativo sacerdote jesuita que nunca había navegado y que escribió un libro en el que predominaron el arte, el equilibrio, y la belleza de una parada, de una demostración naval?

Grandallana señalaría:

> «A poco que se reflexione se hallará que un inglés entra en el combate de Esquadra íntimamente persuadido de que su deber es ofen-

der a los enemigos y sostener a los amigos y aliados... un francés y un español obrando bajo un sistema que propende a la formación y orden dentro del combate... entran en él vacilantes, con el continuo cuidado de si verán o entenderán la señal del general para tal o cual movimiento...» (19).

Parece que retrata la batalla de cabo San Vicente del año 1797, nefasto augurio y preludio de Trafalgar, en la que Morales de los Ríos no sabe cómo interpretar las confusas y angustiosas señales que desde el *Santísima Trinidad* le hace Córdoba, incapaz de reaccionar ante la genialidad de Nelson que rompe toda disciplina de combate y aprovecha la oportunidad cuando ésta se presenta, seguro de sí mismo y de su experiencia.

El concepto contemporáneo de la Filosofía incluía ciertamente la «cortesanía». La Real Compañía y el Cuerpo de Oficiales, privilegiados con lucido uniforme y rango social, se apegó a sus costumbres hasta en el uso a bordo de la peluca. Conocida y repetida hasta la saciedad en diferentes versiones es la aleluya popular de:

«Cuando no haya en la Marina
más pelucas empolvadas,
entonces, Carlos III,
serás, por fin,
rey de España.»

Es sólo un detalle, pero en el año 1768, el conde de Aranda aconsejaba al joven Jovellanos que no use la peluca que formaba parte del atuendo protocolario de los magistrados:

«Comience a desterrar tales zaleas, que en nada contribuyen al decoro y dignidad de la toga...» (20).

Junto con la cortesanía el ingenio, el don de gentes y desde luego el valor, derrochado y nunca puesto en duda, pretendieron y alcanzaron nuestro marinos, el saber aspirado universal incluía, tanto las disciplinas que hoy catalogaríamos bajo el epígrafe de «humanidades o ciencias sociales», como aquellas otras materias que actualmente reciben el calificativo de «ciencias experimentales». Es el gran siglo del racionalismo, del positivismo, del utilitarismo, que se resumen en su espíritu, pero la guerra fue y sigue siendo fundamentalmente un arte ensayado.

---

(19) Recogido por CERVERA PERY, J.: *La Marina de la Ilustración,* p. 20. Madrid, 1986.
(20) Recogido por CABEZAS, J. A.: *Jovellanos. El fracaso de la Ilustración,* p. 143. Madrid, 1985.

## TERCERA CONFERENCIA

# EL CORONEL CADALSO: UN OFICIAL «PATRIOTA Y CRÍTICO» (1741-1782)

# EL CORONEL CADALSO: UN OFICIAL «PATRIOTA Y CRÍTICO» (1741-1782)

MIGUEL ALONSO BAQUER
*General de brigada del Ejército de Tierra.*

En la historia moderna y contemporánea del Ejército español que se extiende entre las últimas vicisitudes de la guerra de Sucesión (1703-1713) y los primeros acontecimientos de la guerra de Cuba y Filipinas (1895-1898) aparecen con alguna reiteración unos tipos de militares que cada uno en su caso merece ser denominado, «tratadista», «espadón» o «crítico». Estos tres calificativos pertenecen al lenguaje coloquial y tienen la virtud de ser bastante expresivos.

No es que todos o la mayor parte de los militares españoles de los siglos XVIII y XIX deban ser encuadrados en alguno de los tres grupos. Más bien deberíamos decir todo lo contrario. El militar más normal, frecuente o habitual de aquellos 200 años no fue ninguna de las tres cosas. «Tratadistas», es decir, militares con capacidad para escribir un tratado apenas alcanzaron a ser uno de cada 1.000 componentes del Cuerpo de Oficiales. «Espadones», es decir militares definitivamente marcados por el estilo autoritario del ejercicio del mando castrense desde puestos adecuados para el ejercicio del poder político, no lograron serlo más que unos pocos más. «Críticos», es decir, militares distinguidos por sus criterios de reforma de la realidad que les era contemporánea, apenas ha habido otros tantos. Sumados los tres conceptos, —el de tratadista, el de espadón y el de crítico— apenas obtendríamos una representación simbólica de la institución militar.

Ahora bien, no es ésta la impresión que nos comunican los historiadores. Desde la historia atenta al reconocimiento de una fama o de una reputación no cabe duda que cada tratadista, espadón o crítico ha interesado en sí

mismo mucho más que la multitud de nombres de la historia militar, sin embargo, dotados de hojas de servicios brillantes. Por ejemplo, si se considera que cada año vienen a ser promovidos, como media de los dos citados siglos, cerca de 40 nuevos brigadieres o generales de brigada, entre las cuatro Armas combatientes Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros, alcanzaríamos a reunir cerca de 8.000 hombres diferentes. Pues bien, estos 8.000 generales del Ejército de Tierra han dejado una huella incomparablemente menor en la conciencia de los militares de la modernidad que el puñado de unas docenas de tratadistas, espadones y críticos a quienes se les viene otorgando más fama o reconociendo mejor reputación.

Y es que cada tratadista militar simboliza la postura tomada en un momento dado por un extenso círculo de militares con quienes ese tratadista se supone identificado. Cada espadón de guerra resume en su biografía los deseos insatisfechos de cuantos, dotados de análogos propósitos de hacer carrera, perdieron o carecieron de oportunidades para el ascenso. Y cada crítico castrense, si se leen con atención sus escritos, representa una corriente de opinión donde caben las quejas y las murmuraciones de quienes no eran tan conscientes como él de la razón de su descontento. Los tratadistas, los espadones y los críticos de los siglos XVIII y XIX son expresión válida y significativa de la vida interior de las instituciones militares en su conjunto. Las 20 décadas que van desde el año 1700 hasta 1900 pueden ser iluminadas para el conocimiento de las gentes aceptando que la elaboración de las semblanzas de una selección de estos tratadistas, espadones y críticos nos acerca indirectamente a la realidad histórica en muy notable medida.

Tres son los hombres de armas que pueden expresar con algún rigor la sucesión de las mentalidades dominantes a lo largo del siglo XVIII en el Ejército del Rey de España: el marqués de Santa Cruz de Marcenado, el conde de Aranda y el coronel Cadalso. Fueron, respectivamente, un «novator», un «ilustrado» y un «crítico».

La influencia en la oficialidad de los Ejércitos del aristócrata asturiano se realizó a través de la lectura de su obra mayor, *Las reflexiones militares*. El peso de las ideas del noble aragonés se percibe entre los entresijos de un quehacer militar y diplomático que llegó a crear escuela. Y la huella del militar gaditano más bien aparece y reaparece en función de una sensibilidad doliente sobre el estado de las cosas, que llegaría a generalizarse, durante el periodo que llamamos romántico, entre los militares.

En un libro de 1971 —*El Ejército en la sociedad española*, capítulo I—, bajo el título «El drama del militar español de la Ilustración»— apareció mi

primer trabajo sobre Cadalso. En realidad, se había publicado cuatro años antes en *Formación*, una revista de apostolado para suboficiales (1967). Llevaba en su encabezamiento esta frase del soldado-poeta, altamente expresiva de su talante:

> «Yo nací para obedecer, y para esto basta amar a su rey y a su patria, dos cosas a que nadie me ha ganado hasta ahora.»

Durante los más de 30 años transcurridos desde entonces me he seguido interesando por tan curioso personaje de condición militar. Han aparecido continuamente nuevos estudios mucho más serios que los que en primera instancia pude manejar. Hoy pienso que Cadalso corona en la historia del pensamiento militar el primer esfuerzo intelectual a favor de la implantación del patriotismo en los Ejércitos españoles como alternativa al fracaso, en la práctica, a favor de la implantación de la religiosidad en la carrera de las armas que todavía había pretendido Marcenado, pero no ya el conde de Aranda.

## Una forma crítica de ser patriota

Cadalso buscó con empeño el engrandecimiento de España a través de la acción de los Ejércitos del Rey. Y lo pretendió inicialmente sin considerar necesario ningún cambio substancial en los valores que suponía vivos en nuestras instituciones militares, entre ellos los religiosos. Se creyó capacitado para introducir en los odres viejos de la tradición el vino nuevo de la modernidad. Aunque no estaba satisfecho del comportamiento de sus compañeros de Armas, —ni del suyo propio— se propuso una predicación de lo que debía hacerse que, en absoluto, pudiera ser calificada de servil imitación de lo foráneo. Fue, en definitiva, un oficial crítico, es decir, un oficial capaz de emitir juicios críticos sobre la situación.

Yo pienso que una parte importante de su drama interior le venía de su personal incapacidad para extraer de sus creencias religiosas normas efectivas de conducta. Para Cadalso la religión era únicamente una originalidad del patriotismo español que ya no estaba presente en el patriotismo propio de las restantes naciones de Europa que él conoció desde temprana edad. En absoluto quería que el pueblo español perdiera esta peculiaridad, pero nunca supo profundizar en la doctrina de los Evangelios ni apoyarse en los verdaderos maestros de espiritualidad. Mucho menos se prestó para ello al asesoramiento de los hombres de Iglesia sino que se entregó a las enseñanzas de los eruditos de la Ilustración.

Su predicación se le convirtió, día a día, en predicación de una forma crítica de patriotismo que de alguna manera enlazaba con Cervantes, Quevedo y Feijoo. Y que, en definitiva, a su juicio, para no quedar obsoleta debía exagerar la ruptura hispana con Voltaire y con Montesquieu. Porque, de hecho, Cadalso no fue ni un ilustrado puro (como sería Jovellanos) ni un romántico esencial (como sería medio siglo después Larra) sino un crítico de la realidad cotidiana bastante conservador en definitiva. Siempre opera en aras de su peculiar patriotismo.

No es fácil poner en orden cronológico sus escritos. Uno de los prologuistas de las *Cartas marruecas*, Ramón Solís, advierte que Cadalso:

> «Escribe poco y publica menos... Cuando publica, aún siendo de manera anónima, le surgen serios problemas.»

En casi todos los casos la fecha de edición se posterga hasta después de su propia muerte, salvo en los libros de versos que como *Ocios de mi juventud* vieron la luz en el año 1773, apenas el poeta había rematado la obra.

El ejercicio de la sátira social que, razonablemente, su mejor biógrafo Nigel Glendinning atribuye al primer Cadalso, le costó una sanción militar y un destierro desde Madrid a Zaragoza. Pero no le significó una ruptura con la élite social de la nación española sino una aproximación al entonces omnipotente presidente del Consejo de Castilla, el conde de Aranda. Se trata del *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre*, editado en el año 1768 «el año de libertad y expulsión de las Golillas», según dice el autor. Un «Estado militar de mar y tierra para las guerras de Cupido» (anejo al *Calendario*) daba las claves de todos los amoríos y escándalos de la Corte. En esta sátira, Cadalso se recreaba en el ataque a las inmoralidades de la aristocracia no sin ganar por ello el aprecio inmediato de quienes se sintieron mejor tratados o apenas aludidos en las censuras.

La jugada le salió bien al militar-escritor, porque ganó fama e infundió temor cara a los futuros escarceos que Cadalso pudiera desvelar. Cadalso, además, logró introducirse con fáciles artimañas —el regalo de un caballo suyo que gustó sobremanera a Aranda— en el centro de la vida cortesana donde pudo alardear de superior elegancia y de mejor conocimiento de Europa. La sostenida amistad con Aranda, ambigüa por demás, nos revelará tanto preocupaciones profesionales de modernización como un resbaladizo culto a la frivolidad, que no favorece a ninguno de los dos prohombres.

Es por entonces, —1770— cuando Cadalso, nada más rematar la primera redacción de las *Cartas marruecas*, se enamora de la actriz María Ignacia Ibáñez, cuatro años más joven que él. De aquella reflexión todavía fundamentalmente seria, que pretendía coronar Cadalso siguiendo el hilo de las *Cartas persas* de Montesquieu, Cadalso saltará ahora a la preparación de tres comedias. La tercera, estrenada el 21 de enero de 1771, *Don Sancho García, conde de Castilla*, sólo precede en tres meses a la muerte de la actriz principal del reparto. Las noches transcurridas del capitán Cadalso en la cripta de la Iglesia madrileña de San Sebastián, al ser puestas en relación con el texto de *Las noches lúgubres*, han dado pie a la leyenda de que Cadalso intentara, primero el desenterramiento del cadáver y después, el suicidio a su costado o el incendio intencionado del escenario de la macabra escena. Pero es probable que se trate de una exageración nacida en brazos de los sentimientos románticos de sus admiradores.

La línea seria de los escritos de Cadalso venía de años atrás. Porque nada más conocer a Aranda ya le había entregado un manuscrito anovelado, hoy perdido, que tituló *Observaciones de un oficial holandés en el nuevamente descubierto reino de Feliztá*. Se trata de una obra que antecede en diez años a la publicación del libro sobre táctica, disciplina y organización de la Caballería española que, en carta a su gran amigo el poeta Tomás de Iriarte, titulaba con propiedad *Nuevo sistema de táctica, disciplina y economía para la Caballería española*. Ocurría esto en el año 1776, un año antes de que Cadalso enviara a Floridablanca nada menos que un *Proyecto de sitio de Gibraltar*. Y aún habría que añadirse a esta dedicación profesional los *Papeles de campaña relativos a su carrera militar*, que Ángel Lafuente Ferrari, al publicarlos en parte, hace datar en las fechas inmediatas a la muerte del novísimo coronel en las cuestas del peñón de Gibraltar el 26 de febrero de 1782. El último Cadalso fue, pues un oficial interesado por el progreso de las instituciones militares.

Todos los investigadores vienen a coincidir en decirnos que Cadalso desde antes de 1770 ya tenía terminadas las *Cartas marruecas*, su mejor obra. Pero tuvo problemas de permiso militar para su publicación. Había ofrecido al público desde antes del año 1774 la *Defensa de la nación española* contra la carta persiana LXXVIII de Montesquieu, impresa en su día bajo pseudónimo. Había distribuido por entonces el texto de *Las noches lúgubres*. Y había redactado ya los *Eruditos a la violeta* y el *Suplemento* de esta obra o *Curso completo de todas las ciencias dividido en siete lecciones para los siete días de la semana*, como él lo subtitula. Compone también, antes de ese año (bajo la firma de don Joseph

Vázquez) el opúsculo *El buen militar a la violeta* «en obsequio de los que pretenden saber mucho estudiando poco». Es un texto que seguramente dio por terminado el 1 de diciembre del año 1772.

Hubo, pues, unos años extremadamente activos para la pluma de Cadalso que son los que preceden a la deliciosa convivencia suya en Salamanca con Juan Menéndez Valdés y Juan Pablo Forner. Durante ellos, el tan comentado prerromanticismo de Cadalso se concreta en la práctica de la poesía. Las profundas investigaciones de Juan Marichal en *Cadalso: el estilo de un hombre de bien* (Papeles de Son Armadans. Marzo 1957); de Nigel Glendinning en *Vida y obra de Cadalso* (Editorial Gredos, 1962); de John B. Hughes en *José Cadalso y* las *Cartas marruecas* (Editorial Tecnos, 1969) y de Russell P. Sebold en *Cadalso: el primer romántico «europeo» de España* (Editorial Gredos, 1974) no hacen sino demostrar que la transición ilustrado-romántica, evidente en los escritos poéticos de Cadalso, queda subsumida en una inequívoca voluntad de crítica sobre los males de la patria, que es lo que predomina en los escritos en prosa.

La clave del definitivo pensamiento crítico de Cadalso está, a mi modo de ver, en la temprana quiebra del sentimiento religioso padecida al cumplir los 20 años y en la inmediata sustitución en su conciencia de éste por un universo moral que oscilaba entre el culto personal de la amistad y el culto social del patriotismo. Cadalso eligió, por sorpresa, como entorno adecuado para esta doble pretensión, la carrera militar.

Educado con extraordinario esmero en centros de la Compañía de Jesús llegará a fingir ante su padre —lo cuenta Cadalso en su *Autobiografía* en la parte del manuscrito que fue redactada hacia 1773— nada menos que una vocación religiosa. La farsa tenía por objeto propiciar que el evidente antijesuitismo de José María Cadalso y Vizcarra, su padre, le sacara del Seminario de Nobles de Madrid y le liberara de su disciplina. Este fingimiento, seguido de la decisión de sentar plaza de cadete, acusa en el hijo (José Cadalso Vázquez) una propensión hacia la picaresca de la que presumirá sólo cuando los jesuitas ya llevaban seis años expulsados de España y su padre ya había muerto.

No es que la mente de Cadalso derive hacia la heterodoxia. En múltiples rincones de sus libros se reconoce la grandeza de la religión y se defiende la fe católica del pueblo de España. Lo que ocurre es que la religión queda para su mentalidad crítica reducida a costumbre de los españoles que ha dejado de tener vigencia en Francia y en Inglaterra. Cadalso utiliza la vigencia de esta cualidad hispana como ayuda para construir un

patriotismo distinto al que cree haber descubierto en otras naciones más avanzadas, al que debemos denominar patriotismo crítico.

**Una educación privilegiada**

Cadalso había nacido en Cádiz el 8 de octubre del año 1741 en una familia de comerciantes vascos. Apenas convivió con su madre, que murió exactamente dos años después de su alumbramiento. No conocería a su padre hasta el año 1754, ausente éste de Cádiz por causa de unos negocios que llevaba con éxito desde Veracruz (México) y que dirigía hacia Londres y hacia París.

La educación del seguro heredero de la fortuna familiar así forjada corrió a cargo de un tío jesuita. Del Colegio de Cádiz pasó con nueve años de edad al Colegio Louis-le-Grand de París donde permaneció otros cuatro años. El padre, nada más conocerle, le lleva a Londres, exactamente a Kingston, una ciudad sobre el Támesis, donde pasó tres años más interno en una institución tan católica como entusiasta de los Estuardos. Vuelto a Madrid pasará dos años más en el Real Seminario de Nobles, también regentado por la Compañía de Jesús, para así coronar en definitiva una educación privilegiada.

En diciembre del año 1761 es cuando muere el padre de Cadalso en Copenhague, mientras, el hijo, ya liberado del peso de la educación jesuita gracias a la citada farsa, viajaba por toda Europa cargado de los mejores libros que pudo encontrar. Es entonces cuando opta por ingresar cadete en los Ejércitos de Carlos III ya próximo a cumplir los 21 años y con justificada fama de libertino y derrochador. Se ha podido demostrar que en un solo año (1759) compró para sí hasta 24 pares de zapatos.

Para ascender pronto a capitán formula el compromiso —que fue tomado en serio— de equipar hasta 50 hombres como soldados. Y logra cumplirlo sin que por ello interrumpiera sus abusos de mesa, juego y amores. En el año 1766, al parecer sin otro recurso que el de sus inequívocos orígenes vascos, se le otorga el hábito de Santiago. Como quiera que durante los episodios del motín de Esquilache salva la vida al conde O'Reilly, entrará pisando fuerte, con simpatía y arrogancia, en la intimidad del todopoderoso conde de Aranda y en los domicilios de las más cultas damas de Madrid, particularmente de la condesa de Benavente y de la duquesa de Escalona.

No obstante, la crisis moral del joven capitán estallará en nuevos incidentes que le obligarán a cambios de destino por múltiples guarniciones.

Finalmente, el entonces comandante de Escuadrón, ya enemistado con un influyente sector de militares, vivirá entregado a la amistad con gente de letras y gravitará finalmente hacia el escenario de las operaciones militares, una actitud que le dará, además del ascenso a coronel, inmediatamente, la oportunidad de una muerte heroica en Gibraltar.

## El mesianismo regresivo de un escéptico

Dos escritores hispanos han descrito de forma magistral lo esencial de su figura, el novelista Ramón Solís y el historiador de la literatura Juan Marichal, no por azar estudiosos, ambos respectivamente, del *Cádiz de las Cortes* y de las *Obras completas* de Manuel Azaña.

Para Ramón Solís, Cadalso es un hombre extremadamente culto —conoció, se dice, hasta 14 idiomas— que decide hacerse militar algo tarde. La vocación literaria cubre el tiempo que la vocación guerrera le deja libre, —exactamente el largo hueco que se abre entre su presencia en la campaña de Portugal en el año 1762— y su destino a Algeciras sólo unos años antes de su muerte.

> «En su vida militar comienzan pronto los sabores de la incomprensión, el dolor de verse postergado, de que no se valore su preocupación cultural... Ama la Milicia, pero no puede soportar el tedio de la vida de cuartel.»

Para Juan Marichal, coherente con su teoría de que:

> «El estilo del escritor es simultáneamente la manifestación verbal de una cosmovisión y la expresión del afán por modelar una propia imagen personal.»

Cadalso es un caso típico de fidelidad a su época:

> «Optó por forjarse un estilo mediano y moderado... revistió la máscara, voluntariamente anónima, de neoclásico hombre de bien.»

En Cadalso hay, según Marichal:

> «Una decidida voluntad de atenuación ideológica y de benignidad rousseauniana.» «Los hombres de bien del siglo XVIII hispánico —concluye Marichal— creían que la asociación amistosa de un pequeño grupo de personas afines... era el único medio para la tarea de la transformación social y espiritual de España.»

Solís y Marichal, en definitiva, culpan a las condiciones reales de la vida militar que atravesó Cadalso, buena parte de sus desgracias.

El hispanista de la Universidad de Minnesota, John B. Hughes, interpreta a Cadalso desde las claves de Américo Castro:

> «España, —nos dice— al revés de Francia, no poseyó escritores de genio crítico. Cadalso se interesaba más por las personas que por sus ideas. Nunca fue partidario de las nuevas ideas religiosas o gubernamentales europeas.»

Pudiendo ser un cosmopolita eligió ser un patriota febrilmente dedicado a su país y preocupado por el destino de España. «Era capaz de sentir, crear y sostener los valores del amor, de la fe y del valor»:

> «La actitud didáctica de Cadalso está mucho más próxima a la de un profeta religioso o a la de un reformador social pasionado que a la de un crítico que expone y desarrolla sus ideas lógica y objetivamente.»

No es, pues, Cadalso un imparcial hombre de bien sino un hombre patriota ocupado en perpetuar la memoria de los héroes. «Su actitud es la de un hombre siempre a la defensiva que revela su sentimiento latente de inseguridad». Para Hughes, Cadalso se siente censor de España. Es un ejemplo claro de lo que Américo Castro llamó el mesianismo regresivo de los españoles del Siglo de las Luces. Los tres puntos de apoyo del patriotismo de Cadalso, —lo dice él mismo— fueron la religión, la tradición y la revelación:

> «No hay disciplina militar, ni ardides, ni método que infunda al soldado fuerzas tan invencibles y de efecto tan conocido como la idea de que los acompaña un esfuerzo sobrenatural y los guía un caudillo bajado del cielo», escribe en las *Cartas marruecas*.

El centro de la atención del hispanista de la Universidad de Pensilvania, Russel P. Sebold, se desplaza desde el patriotismo hacia la amistad. «Primero es mi amigo que mi futuro» —solía decir Cadalso— tras despilfarrar una fortuna y tras recordar que pobreza, enfermedad y fracaso son una misma cosa. Quería seguir siendo un «dandy» «algo extremado y riguroso en la observancia de las leyes de la moda», al tiempo que lamentaba la debilidad del patriotismo de los españoles.

### La vocación para la carrera de las armas

La vocación guerrera, que no militar de Cadalso, aparece en una carta del año 1777 en la que describe cínicamente su profesión como:

> «Un oficio en que sin duda alguna se me alargarán las orejas, me crecerá el vello, criaré callo en las manos y pies y se me trocará la voz

en rebuzno, como ha sucedido a otros muchos de mis gloriosos antecesores.»

Además, para el crítico Cadalso:

«España es la patria menos patriota del mundo. Aquí se ponderan y lloran mucho las pérdidas nacionales y se oscurece en silencio toda época gloriosa.»

Por último, siempre según Sebold, para el coronel Cadalso estaba más que clara la total indiferencia de Dios hacia los males de España. El Cielo, —es así como habla Cadalso de Dios— no oye ni aún cuando el poeta le ruega que le deje morir. Algún estudioso ha llegado a insinuar, para equiparar a Cadalso con el suicida *Werther* del poema de Goethe, que el militar-soldado deliberadamente no se apartó de la trayectoria de la granada que le mató de noche en Gibraltar, porque buscaba morir con las armas en la mano.

Nos confiesa Cadalso que tuvo en una ocasión vivos deseos de compartir la muerte con su mejor amigo. Pero nunca se refiere al trance de morir como un modo de ir hacia el encuentro con la divinidad. Aunque se había molestado por obtener el derecho a llevar el hábito de Santiago, expresó por escrito que juzgaba superstición la ayuda del apóstol en Clavijo. El papel de la religión y la función de la confianza en la otra vida, como para Montesquieu en las *Cartas persas*, quedan en Cadalso reducidos al auxilio a la autoridad civil para el mantenimiento del orden. Hace de la religión un apoyo a la moderación, al justo medio, es decir, un principio nada romántico. *Probus fuit probosque amavit*. (Fue virtuoso y amó a los virtuosos). Así se redactó su epitafio.

«Yo no soy más que un hombre de bien, que he dado a luz un papel, que me ha parecido muy imparcial, sobre el asunto más delicado que hay en el mundo, cual es la crítica de una nación.»

Ésta es la definición que hace de sí mismo. Los amigos de Cadalso —y los tuvo de muy alta condición social y notable calidad literaria— llegaron a temer que imprimiera una obra a la que calificaron de pesadísima, titulada *Elementos del patriotismo*, redactada con la finalidad, —escribe Cadalso— de:

«Reducir a un sistema las obligaciones de cada individuo del estado a su clase y las de cada clase al conjunto.»

En esta obra, Cadalso rechazaba la idea de humanidad como denominador común que pudiera servir para juzgar a todas las naciones con el mismo rasero y exigía para España un tratamiento exclusivo y peculiar.

La conclusión de su biógrafo Sebold me parece correcta:

> «Las *Cartas marruecas* son la confesión espontánea y contradictoria de un patriota y militar que ha fracasado al intentar servir a su patria también en la calidad de crítico ilustrado. El sentimentalismo nacionalista de Cadalso ha vencido a su intelectualismo cosmopolita.»

Ahora bien, la clave del fracaso, a mi modo de ver, está en su creciente escepticismo religioso. Se ha dicho que el temor a la censura inquisitorial acaso le llevara a omitir en su pensamiento todas las referencias a la confesión católica. Pero ni en su tiempo la censura era doctrinal, ni corría ningún riesgo en los años siguientes a la expulsión de los jesuitas con criticarles a sus sacerdotes.

Las *Apuntaciones biográficas* (que en el año 1987 ha comentado Manuel Camarero sobre los párrafos hechos públicos por Ángell Ferrari, nos revelan en Cadalso unas concesiones a la picaresca y una tendencia a la hipérbole que están en línea directa con lo que llama «todo el desenfreno de un francés y toda la aspereza de un inglés».

En definitiva, Cadalso se cuida de ser doctrinalmente ortodoxo y de no contradecir la formación recibida; pero no se ajusta al género de vida adecuado al catolicismo sino, más bien, al de quienes han dejado de ser católicos. De hecho, está claro que ha renunciado a la religiosidad cristiana en aras de un eticismo militar de raíz ilustrada y laica.

Es lo que cabe opinar de un párrafo decisivo de la quinta lección, la del viernes, de *Los eruditos a la violeta* que, en realidad, estaba basado en esta tesis escéptica de principio a fin:

> «No sé por qué se ha escrito tanto sobre la Theología. Esta facultad trata de Dios. Dios es incomprehensible, ergo es inútil la Theología. Este silogismo se aprenderá de memoria y se repetirá con sumo desprecio a los Theólogos.»

No importa que (en el contexto) este silogismo aparezca como algo lamentable y expresivo de la situación. Es que Cadalso, de hecho, practica la norma (que él considera frívola y propia de un «violeto» o diletante) de no profundizar en ningún misterio. Quiere ser, de una vez por todas, un oficial del Ejército, patriota y crítico, al que le duele la decadencia de la Monarquía española y al que le irrita el aire de superioridad cultural percibido por él en autores como Voltaire y como Montesquieu.

La semblanza militar el poeta Cadalso, en definitiva, es la semblanza de un gaditano que nace a pocos kilómetros del cabo de Trafalgar, que hace vida de guarnición en la plaza de Algeciras y que muere a la vista del peñón de Gibraltar luchando contra las pretensiones de Inglaterra. Su figura y su obra nos sirven de precedente ambiental de una batalla que tendría lugar un cuarto de siglo después de su muerte.

## CUARTA CONFERENCIA

# LA AERONÁUTICA HASTA EL SIGLO XIX. FÁBULAS, LEYENDAS Y TRADICIONES

# LA AERONÁUTICA HASTA EL SIGLO XIX. FÁBULAS, LEYENDAS Y TRADICIONES

ADOLFO ROLDÁN VILLÉN
*Coronel del Cuerpo General de Aviación.*

La Aeronáutica, como casi todos los grandes descubrimientos humanos, ha pasado por sucesivas fases: desde la imaginación, estudio, invención, hasta la experimentación y utilización. Así se expresaba hace muchos años el gran pionero de la Aeronáutica Militar española, Emilio Herrera.

Y es que desde el principio hubo hombres que hicieron algo más que soñar. Fueron muchos los que, recubiertos de plumas, con alas artesanas, desafiando la gravedad, trataron de elevarse a los cielos. Inevitablemente, caían a la tierra rompiéndose las piernas o la cabeza.

Si nos preguntáramos cual puede ser considerado el primer monumento a la Aeronáutica, tendríamos que contestar, que no son pocos los historiadores que no dudan en interpretar, los misteriosos signos pintados en las paredes de las cuevas francesas del periodo solutrense (hace 15.000 años) como símbolos del sentido de «evasión espacial» que en el fondo es el vuelo. Ni que decir tiene que esas representaciones aparecen también en refugios españoles.

En el Imperio hitita —siglos XVIII al XII a. C.—, se han encontrado figuras de monstruos mitológicos que retrotraen a la antigüedad más remota el deseo de volar: esfinges con alas de Carquemis y Karatepe o los bajorrelieves con sacerdotisas aladas, etc.

El pueblo asirio muestra, también, divinidades y genios protectores a las puertas de sus palacios como guardianes con alas. Estos genios apare-

**Figura 1.** *Palaquín del rey Kay Kay Kavus.*

cen como toros alados con cabeza humana y cuyos cuernos se disponían sobre una tiara. De este modo simbolizaban que a la capacidad de vuelo, unían, la reflexión y la inmortalidad. Muestras representativas han llegado hasta nosotros: la figura de Pazuzu, que se conserva en el Museo del Louvre procedente del palacio de Khorsabad; la de Sargón II (siglo VIII a. C. en Dur-Sharrukin, actual Khorsabad) o la de Assurnazirpal II y un genio alado en Kalakh (hoy Nimruz).

En Persia, el poeta épico Ferdousi, nos cuenta la leyenda del rey Kay Kay Kavus (1500 a. C.), que tentado por los malos espíritus, quiso invadir el reino de los cielos. Este monarca se hizo construir un palanquín de madera y oro, al que «fijó largos palos con piernas de cordero en la punta», tirado por unas grullas que cuando eran azuzadas aleteaban furiosamente para intentar alcanzar la carne del cordero, logrando así el rey ser transportado por los aires. Cuando las aves se cansaron, soltaron su presa y el

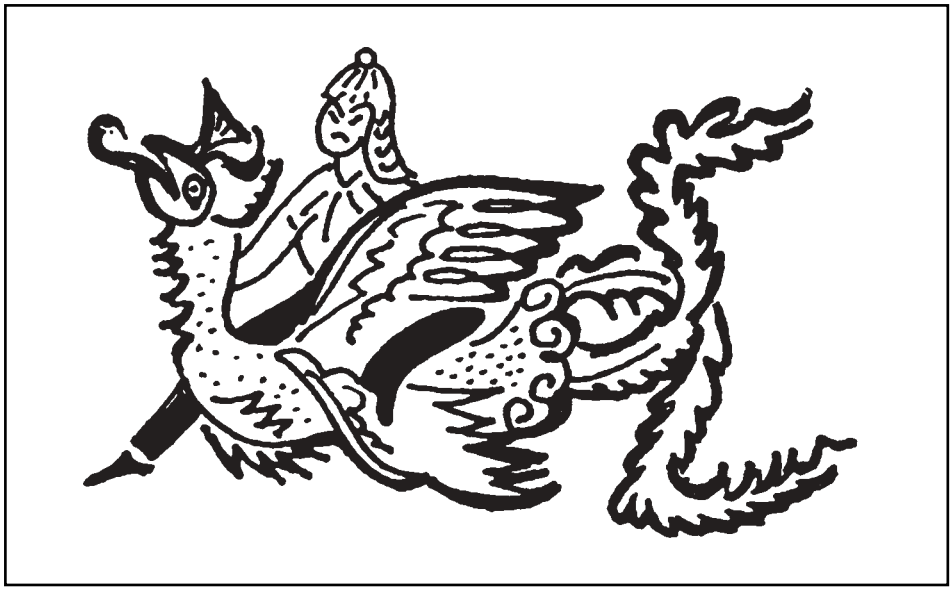

**Figura 2.** *Dragón volador persa.*

rey y el trono cayeron en un bosque de China, lo que sumió al rey en una gran pena por su fracaso, figuras 1 y 2.

En Extremo Oriente, dada la fantasía característica de estos pueblos, no podían faltar las hazañas de los hombres en el aire.

Una tradición china muy notable se cuenta en el *Shai-Hai-Ching*, (*Libro de las montañas y de los mares*), escrito en la época de la dinastía Han (220 a. C.). En dicho libro, se habla de un imperio fabuloso, el de Ki-Kouang, al norte del Llano de la Gran Dicha. La leyenda lo sitúa en el siglo VIII a. C., en el país de los carros volantes. Los habitantes de este país, tenían un solo brazo y con un ojo adicional de gran tamaño en la frente. Sus carros, decorados con iconografía sagrada, tenían ruedas, aunque no rodaban por el suelo, sino que se enganchaban unos con otros, en el aire, como si se tratase de una bandada de golondrinas. Estos artefactos, verdaderas máquinas voladoras, consistían en una especie de caja con dos alas rudimentarias y con dos ruedas con aspas, que al girar lograban que el vehículo avanzase. En la parte superior del carro llevaban una sombrilla —accesorio muy usado en el Celeste Imperio—, que probablemente fuese destinado a hacer de paracaídas.

En el Próximo Oriente encontramos una leyenda que relata cómo los hombres de un pueblo de Asia Menor, los misenios, se sostenían en el aire por

medio del humo, «capnobatas», y resulta curiosa la coincidencia con otra tradición recogida en el siglo XVII por los misioneros evangelizadores de las islas Carolinas. En ella se cuenta cómo el joven Oulefat, hijo de espíritu bienhechor y mujer terrestre, al conocer su origen divino quiso conocer a su padre y para ello decidió elevarse en el aire. Ante el fracaso de su primer intento y persuadido de su capacidad para volar, realizó una segunda prueba: encendió una gran hoguera y con el humo de la misma consiguió ascender hasta la vivienda de su padre. Esta experiencia podría ser considerada como el antecedente del globo de aire caliente, que años más tarde se lograría.

En la iconografía india encontramos también leyendas de épocas remotísimas que inspiran relatos donde siempre salen figuras aladas. Así, en el libro I de la obra *Religiones de la India*, (Kamasutra), se narra el experimento de Hanouman, que se lanza con unas alas sujetadas a la espalda, desde la cima de una colina, siguiendo los consejos del sabio y prudente Jambaranta. Cayó en el Lauka, como había previsto. Pero, conociendo la tendencia general de la obra, no sabemos qué quiso expresar el autor y qué podría ser el Lauka.

En Grecia, heredera de las culturas milenarias, aparecen nuevos testimonios que demuestran el deseo de volar de los antiguos. Probablemente el primero de ellos sea el de Homero (siglo IX a. C.) quien en la *Odisea*, describe el vuelo del dios Mercurio, representado con alas en los pies y con una especie de casco, alado. Dice Homero en una de sus epopeyas:

> «Emprendió el vuelo, y al llegar a Pieria, bajó del Éter al Ponto, y comenzó a volar rápidamente sobre las olas, como la gaviota, que pescando peces en los grandes senos del mar estéril, moja en el agua sus tupidas alas: tal parecía Mercurio (Hermes) mientras volaba por encima del gran oleaje.»

También en Roma encontramos leyendas que nos hablan de seres alados. Ovidio, en el libro VIII de *Las Metamorfosis*, narra las aventuras de Dédalo y su hijo Ícaro. En este relato encontramos cómo unos 2.000 años antes de Jesucristo, el rey de Creta mandó construir el laberinto al arquitecto ateniense Dédalo, para encerrar al Minotauro. Dédalo dio, a Ariadna, hija del rey Minos, el carrete de hilo, que permitió a Teseo salir del laberinto después de matar al Minotauro. Irritado Minos al enterarse, ordenó encerrar a Dédalo e Ícaro en el laberinto, de donde era imposible escapar. Para huir, Dédalo construyó unas alas con plumas de aves pegadas con cera. Después de comprobar que con las alas podía sostenerse en el aire, padre e hijo emprendieron la huida.

Dédalo, volando a media altura, consiguió llegar a Cumas (Italia), después de atravesar el mar Egeo, librándose así la venganza de Minos. Ícaro, más audaz pero menos afortunado, quiso en su huida «visitar el cielo cristalino» y desoyendo los consejos de su padre, abandona la formación... Asciende tanto, que llega cerca del Sol, cuyos rayos derriten la cera. Ícaro se precipita en el mar, pereciendo ahogado.

La primera noticia documentada sobre experiencias aéreas de que se tiene conocimiento es del siglo IV a. C. Se refiere a los trabajos llevados a cabo por el griego Archytas de Tarento, contemporáneo y amigo de Platón. Era político, filósofo, matemático, descubridor del tornillo y de la polea, pero era, sobretodo, un hombre muy habilidoso. Aulo Gelio, dos siglos más tarde en *Noches áticas* afirma que Architas construyó la primera máquina voladora que se conoce. Al parecer, tenía forma de paloma que se sostenía en el aire por vibraciones y se movía por el soplo secreto de un aire encerrado, el *auras spiritus*.

En el *Libro de Alexandre*, anónimo, escrito en el siglo XIII, se relata un curioso episodio que recoge las hazañas del rey macedonio Alejandro Magno. En esta narración se describe una máquina voladora que remolcada por aves de gran tamaño (grifones), permitía, conducida por el propio Alejandro, sobrevolar su imperio.

Asimismo en el *Diccionario genealógico histórico y crítico de la Historia Sagrada*, del abate Sicard, encontramos una tradición muy antigua narrada por Suetonio en el siglo II. Según dicha leyenda, Simón *el Mago*, samaritano célebre por sus artes mágicas, fascinado del poder de los Apóstoles, de uno de cuyos discípulos había recibido el bautismo, deseó poder conferir el Espíritu Santo. Quiso comprar esa potestad para lo cual ofreció una cierta cantidad de dinero («simonía»). Rechazada su pretensión, Simón pactó con el diablo y pudo realizar un espectáculo extraordinario. Elevado con la ayuda del demonio efectuó un breve vuelo en Roma, en época de Nerón (66 d. C.). Parece que para tal evento utilizó una carroza de fuego, que muy bien pudieran ser un globo de forma alargada. El resultado del experimento no pudo ser más catastrófico pues al cesar la acción de los espíritus diabólicos y el mago cayó, muriendo instantáneamente. Es la primera vez que se habla de un aparato volador que utiliza el fuego, a diferencia de aquellos otros que intentaban volar imitando el vuelo de los pájaros.

En la España musulmana no faltan narraciones sobre el deseo de volar. Abbas ibn Firnas, poeta que floreció en la corte omeya cordobesa, era muy versado en letras, conocedor profundo del arte musical (cantaba y

tocaba el laúd), filósofo agudo y maestro en astrología. Además, practicaba la magia blanca, la alquimia, poseía gran destreza física y también sobresalía en la prestidigitación. Un espíritu tan polifacético, se ganó ser denominado *Hakim al Andalus* (supersabio de Andalucía).

Este hombre de tan variada cultura realizó experimentos científicos en diferentes campos, pero el más fantástico de sus pensamientos, fue el anhelo de volar y su deseo más ferviente llevarlo a la práctica. Ibn Firnas, en el año 875, se arriesgó a mostrar sus habilidades en el arte de volar ante un encandilado público. Relata una crónica de la época que cubrió su cuerpo con una pieza de seda revestida de plumas, se adaptó dos alas como los pájaros y subiéndose a un lugar elevado, la Arruzafa de Córdoba, se echó a volar. Cuentan los testigos presenciales que el intento tuvo éxito; que logró permanecer en el aire un cierto tiempo, que planeó una cierta distancia, pero que en el momento de posarse, no acertó a maniobrar y cayó a tierra violentamente, lastimándose el trasero porque, según Almocari:

> «No se había dado cuenta de que los pájaros, al posarse, se valen de su cola, y él no se la había fabricado.»

Así llegamos a una época (siglos X y XI), donde la idea del vuelo se colorea con las tintas más negras. Dicen que volar es una expresión demoniaca que asocian a los ritos de magia, al desencadenamiento de fuerzas ocultas rebeldes a Dios. El hombre de esta época se asombra con el vuelo de los ángeles, tiembla con el de los demonios; piensa que el primero se parece al vuelo de las palomas y conserva su misterio; supone que, el segundo recuerda el vuelo horrible de los murciélagos. En cualquier caso, volar es para el hombre de aquellos siglos un hecho sobrenatural absolutamente impropio de la naturaleza humana, pero ¡atención!, la paradoja se impone pues no niega que alguien haya podido volar.

Junto con las leyendas precedentes que se han narrado, cabe mencionar otras noticias, que aunque de veracidad discutida, se refieren a personajes realmente históricos. Así, documentos conservados nos revelan que hacia el año 1051, un monje benedictino llamado Eilmer —a quien se consideraba «dotado con el poder de profetizar», si bien, «como otros no fue capaz de adivinar el destino que le esperaba»— dedicó largo tiempo al estudio del vuelo de las aves. Cuando consideró haber obtenido conclusiones aceptables, construyó unas alas gigantescas y tras sujetarlas fuertemente a sus brazos y pies, se lanzó desde la torre de la abadía de Malmesbury. Se sostuvo en el aire un breve espacio de tiempo recorriendo unos 40 metros y cayendo, posteriormente, con brusquedad a tierra,

quedando lisiado de por vida. La convicción del monje de que su trabajo iba por buen camino fue tal, que al preguntarle si estaba herido poco después de su accidente respondió:

> «Esta desgracia no me hubiera ocurrido si hubiera provisto mi traje de ave con la cola que éstas tienen...».

El siglo XII también tiene su hecho aeronáutico. Cousin narra en su *Historia de Constantinopla:*

> «Como en el año de 1100, en Constantinopla (Bizancio) ante la presencia del emperador Emmanuel Comneno, del sultán de Turquía y de una gran multitud, un sarraceno voló sobre la ciudad y sigue diciendo Cousin que cuando las trompetas anunciaron que comenzaba la experiencia, el sarraceno apareció llevando un largo ropaje blanco, anudado de forma especial para que sirviese de alas o de simple paracaídas. Ante los gritos y burlas de la muchedumbre, el árabe, a quien se tenía por mago, se lanzó al espacio desde lo alto de una torre del hipódromo para intentar atravesar dicho recinto en un día de carreras. Como el peso de su cuerpo era mayor que el que podía sustentar sus alas artificiales se precipitó contra el suelo. Fue recogido con vida pero pereció días después.»

En el siglo XIII surge la figura de Roger Bacon, cuya portentosa inteligencia se adelantó a su tiempo. Bacon nació en Inglaterra, estudió en Oxford y tras una estancia en París, profesó en la orden de los franciscanos. Por sus ideas, fue exclaustrado y apartado de su magisterio en la Universidad de Oxford, a pesar de haberle otorgado por su dedicación y amplitud de conocimientos el título de *doctor ..mirabilis* (doctor maravilloso). Realizó numerosos experimentos químicos, astronómicos y magnéticos, pero dada la ignorancia y la superstición de las gentes de la época fue acusado de hechicería y encarcelado.

En el aspecto aeronáutico, en una de sus obras más interesantes, *De las maravillosas fuerzas del arte y la naturaleza*, escrita hacia el año 1250, nos dice lo siguiente:

> «... En fin, pueden hacerse máquinas para volar, en las que el hombre, yendo sentado en el centro, movería unas manivelas que pondrían en movimiento unas alas hechas para batir el aire, imitando a los pájaros.»

Este monje no pasó al terreno experimental, pero efectuó las primeras experiencias científicas de la aviación moderna.

En el siglo XV, destaca una figura notable: una es Juan Bautista Dante, matemático de Perusa, que fue el primer hombre que probó con éxito el planeo con alas artificiales.

Según los cronistas de la época, construyó un aparato provisto de amplias alas, que ensayó sobre las tranquilas aguas del lago Trasimeno, de una de cuyas orillas, y contra el viento, despegaba fácilmente y se sostenía en el aire descendiendo y evolucionando a voluntad. Su fama se extendió rápidamente; y con ocasión de las fiestas que se celebraron en Venecia, en el año 1420, para dar realce a las bodas del general Bartolomé Alviano, Dante fue invitado a demostrar su máquina voladora. Con ella realizó una demostración pública ante un numeroso gentío. Tomó la salida desde el tejado de un edificio para sobrevolar el lago.

Durante largo rato estuvo flotando y evolucionando sobre el viento, atravesando el lago a la vista de sus conciudadanos; pero al disponerse a tomar tierra, el hierro con que manejaba su máquina voladora se rompió y no obstante la incidencia, pudo aterrizar cayendo sobre el tejado de la iglesia de San Marcos, sufriendo la fractura del fémur izquierdo. Este accidente motivó que suspendiera definitivamente sus experiencias.

Otra figura notable de comienzos del siglo XV es Juan Müller *(Regiomontano)*. Matemático y astrónomo nacido en Baviera, colaboró en la reforma astronómica que precedió a la elaboración del calendario gregoriano. Este sabio fabricó dos máquinas voladoras. La primera, construida en Nuremberg, era una mosca de hierro, con motor de relojería que, saliendo de la mano de su constructor, volaba dentro de su taller, y que volvía de nuevo a su mano cuando se terminaba la cuerda. La segunda, era un águila artificial de hierro que, cuando el emperador Federico III hacía su entrada en Nuremberg, salió volando. El vuelo consistió en ir hasta donde se encontraba el emperador, lo saludó batiendo las alas y luego regresó a la ciudad, después de recorrer unos 500 pasos.

Este mismo siglo XV, con el renacimiento artístico y científico, nos lega los trabajos del gran genio florentino Leonardo da Vinci. Genio polifacético, Leonardo fue pintor, dibujante, escultor, ingeniero e inventor. Entre los años 1486 a 1515, dejó escritos dos tratados sobre el vuelo de los pájaros, de cuyas geniales intuiciones y agudeza de análisis no se puede prescindir. El genial artista —observador curiosísimo del vuelo de las aves—, dejó una importante obra, ilustrada con muchos bocetos futuristas, de notable originalidad.

En su tratado *Código del vuelo de las aves*, fijó con claridad y precisión una serie de principios, métodos y límites del vuelo. Casi no parece posible que un hombre, aunque fuese genial, —400 años antes de confirmarse—, pudiera establecer con tanta precisión y perspicacia elementos tan rigurosos y profundos. Los efectos de la resistencia del aire, los estudios sobre los vientos, el movimiento vortiginoso de los fluidos, la sustentación del aire, el centro de gravedad y el mando de dirección... todo se encuentra establecido en las páginas de Leonardo.

Pero, donde el espíritu científico de Leonardo queda patente es en la resolución del problema del mando de dirección. Diseña gran cantidad de máquinas voladoras, cuyos esquemas se conservan. Dos proyectos destacan; el primero preveía que el hombre volara en posición horizontal para lo cual el cuerpo estaba asegurado a un armazón de madera, que hacía de fuselaje, mediante dos anillos situados uno a la altura del cuello y el otro en la cintura; el accionamiento de las alas se realizaba mediante movimientos alternativos de pies y manos. El segundo proyecto, en cambio, estaba diseñado para que el hombre volara en posición vertical y era sensiblemente más complicado; de madera con cuatro alas, que se accionaban con las manos y con los pies mediante ingeniosos sistemas de tornillos, poleas y cilindros con manivelas y pedales.

Asimismo proyecta un helicóptero cuyo dibujo podemos encontrar en el *Códice atlántico* de la Biblioteca Ambrosiana de Milán. En este boceto dibujado por Leonardo en el año 1480, pueden leerse unas observaciones de puño y letra del gran artista. El croquis representa un helicóptero hecho de un ala que gira en forma de tornillo sin fin accionado por un mecanismo de relojería. Si como sugiere el texto, el aparato llegó a funcionar, podría ser considerado como el primer prototipo de helicóptero que voló transportando su propia fuente de energía, figura 3, p. 94.

En otro de sus trabajos figura un dibujo de un paracaídas piramidal, que describe minuciosamente:

> «Si un hombre tiene un palio de tela almidonada, cuyas caras tengan doce brazos de ancho y otras tantas de largo, podía tirarse desde cualquier altura, por grande que ésta sea, sin miedo al peligro.»

En España, en este mismo siglo XVI, encontramos una leyenda que relata como el maestro entallador Rodrigo Alemán, encargado del tallado de la sillería del coro de la catedral de Plasencia, dejó correr su imaginación con demasiada libertad llenando sus misericordias de irreverentes procacidades. Como consecuencia, el maestro fue encerrado en la torre de la cate-

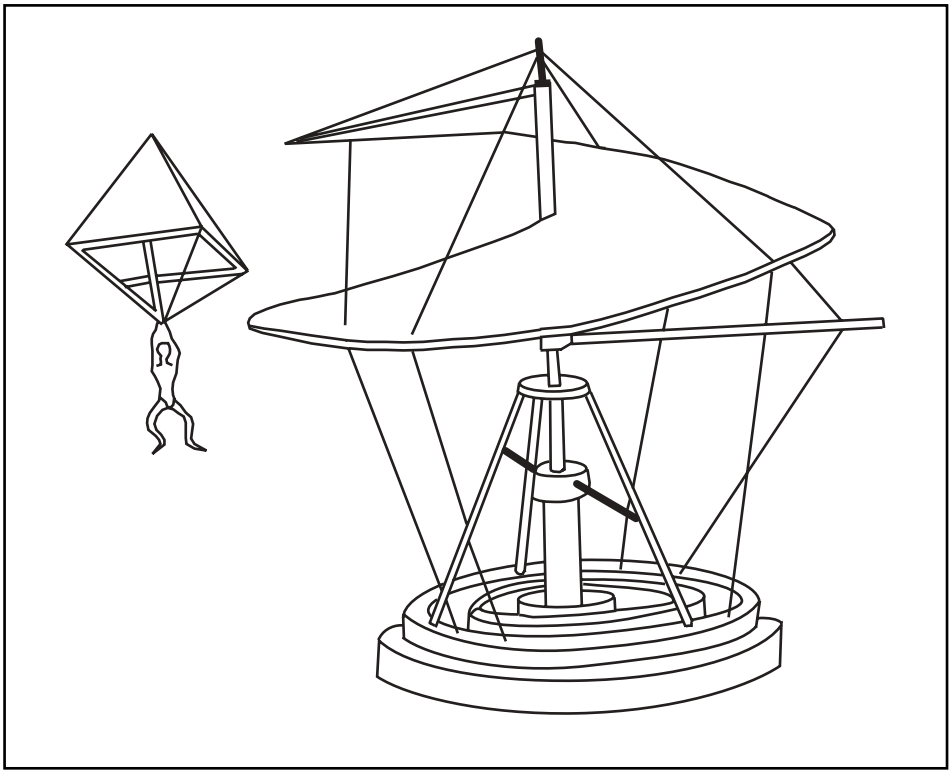

**Figura 3.** *Helicóptero y paracaídas de Leonardo da Vinci.*

dral. Pero si Dédalo e Ícaro volaron, ¿por qué no podía hacerlo nuestro tallista? Así, reuniendo alambres y plumas de las cigüeñas con las que compartía la torre, fabricó unas alas que adaptó a su cuerpo con las que se lanzó por el hueco del campanario. La caída, le ocasionó tan graves heridas que falleció poco después.

A comienzos del siglo XVII numerosos documentos mencionan máquinas voladoras de esta época. Entre ellas, podemos citar la descrita por el veneciano Fausto Veranti, en su obra *Machinae novae*, que contiene 49 grabados en cobre representando máquinas diversas entre las que caben citar; puentes colgantes, relojes de agua, etc. Asimismo, en el penúltimo grabado vemos representado a un hombre que desciende desde lo más alto de una torre colgado a un paracaídas cuadrado, que por la forma y funcionamiento parece adaptarse al que dejó diseñado Leonardo da Vinci. Veranti lo describe así:

> «Con una vela cuadrada extendida por cuatro perchas iguales, a cuyos ángulos se han atado cuatro cuerdas, un hombre podrá tirarse desde lo alto de una torre, o desde cualquier otro lugar eminente, porque aunque en aquel momento no haga viento, el esfuerzo (peso) del que caiga producirá el viento que sostendrá la vela, de tal manera que no caiga violentamente, sino que descienda despacio. El hombre pues, debe medirse con la amplitud de la vela.»

La prueba la efectuó en Venecia y parece ser que con éxito.

A finales del siglo XVII, son los «hombres de la iglesia» los que destacan en la conquista del aire. Entre ellos, uno de los más sobresalientes es el padre Francisco Terzi Lana. Nacido en Brescia, publicó en 1670, *Introducción... al arte superior*, en el que describe con todo detalle una original máquina voladora con una barquilla de madera suspendida de cuatro esferas de chapa fina de cobre, en las que había que hacer el vacío, para conseguir la sustentación. La dirección se dirigía con una vela marina colgada de un mástil central orientable. Para hacer el vacío en las esferas de cobre, explica un curioso método. Asimismo dice que al extraer el aire que contenían las esferas, el artefacto se elevaría majestuosamente. El padre Lana además establece que la forma esférica es la ideal para soportar la presión atmosférica; también estudia el empleo de lastre para la corrección de los descensos, prevé el uso del ancla para los aterrizajes con viento fuerte y se preocupa de los posibles trastornos fisiológicos de los aeronautas a determinadas altitudes.

Por sus expresiones casi proféticas: «será el arma que podrá proporcionar la paz a las naciones» y por sus estudios técnicos a este erudito italiano, cabría atribuirle, la paternidad de la aerostación, figura 4, p. 96.

Un sacerdote español, fray Antonio Fuente de la Peña publica en el año 1677 un libro curioso *El ente dilucidado*, en el que fija los principios de la aerostación y por tanto del vuelo. Después de unas consideraciones teóricas, el padre Fuente de la Peña describe su aparato volador de la siguiente forma:

> «Fabríquese, pues, una barquilla de madera de la forma de un corpachón de águila; fabríquense asimismo unas alas de material ligerísimo y que tengan en la longitud proporción con el peso de la barquilla del instrumento y del hombre, como las del águila las tiene con el peso de su cuerpo; pónganse luego éstas en el extremo de la barquilla, como lo están en los encuentros de las aves, pero de tal manera fijadas que no puedan subir jamás a juntarse arriba, y de tal manera dispuestas que el ingenio de las ruedas pueda moverlas siempre que se quiera. Añádase luego la cola proporcionada en la

parte que toca, pero de tal manera fija que el motor que va dentro pueda moverla como timón cuando sea necesario, para lo cual tendrá un cabo de madera largo, que entre hasta el medio del instrumento y hasta la mano del motor. Fijado el motor o mecanismo en la barquilla, de manera que el centro de gravedad de todo el aparato venga a estar sobre el punto medio de la cantidad, para que así equilibrado esté más ligero. Entre el hombre en el instrumento, átese bien en él, y sentado en el punto medio sobre los centros de gravedad y cantidad con una mano gobernando el timón de cola para volverse o ladearse a la parte conveniente, y con los pies mueva las ruedas del mecanismo, más aprisa, más despacio, como juzgare conveniente, supliendo o imitando el movimiento de las aves y haciendo como motor lo que el alma y facultad del pájaro había de hacer vitalmente. Con lo que obrando con puntualidad y perfección no parece quepa duda de que conseguirá volar.»

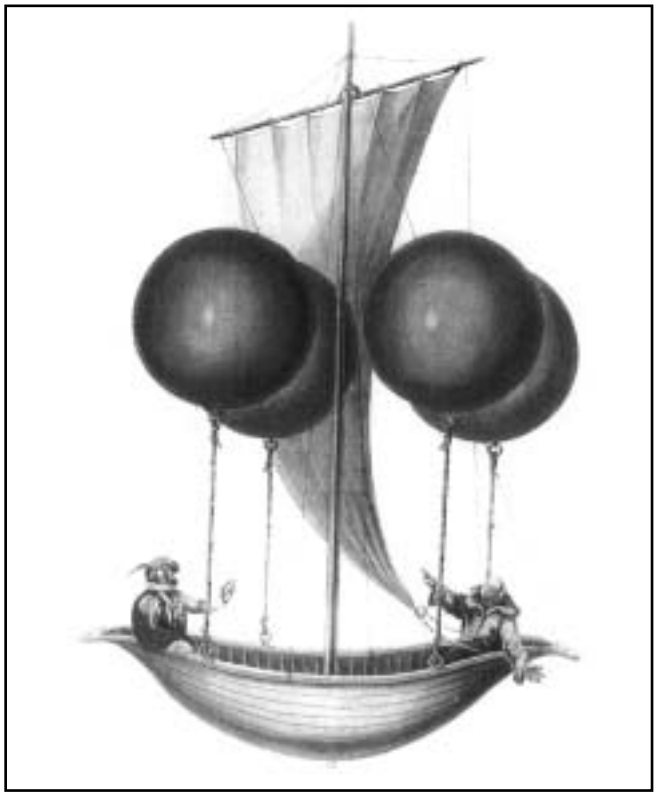

**Figura 4.** *Navío aéreo del padre Lana.*

Como un hecho curioso, que refleja el pensamiento de entonces, mencionaremos al profesor de la Universidad de Florencia, Giovanni Alfonso Borelli, que a mediados del siglo XVII, escribió un tratado para demostrar que los intentos del hombre-pájaro no tenían futuro y que consecuentemente, nunca se conseguiría el vuelo artificial por sus propios medios. Borelli casi tenía razón, pues hasta el siglo XX no se ha conseguido volar con el esfuerzo muscular del hombre.

Los últimos años del siglo XVII y los primeros del XVIII son una competida carrera entre los hombres de ciencia e inventores por conseguir volar de forma diferente. Desde el primer momento encaminan sus pasos a conseguir el vuelo con los «más ligeros que el aire».

En primer lugar citaremos a Bartolomé Lorenzo de Guzmán a quien en España, el primer autor que lo menciona es Joaquín Costa. Nos dice el citado escritor en un artículo titulado «La navegación aérea en la Península. Apuntes para la Historia», que en unos documentos de principios del siglo XVIII, que se conservan, se relata que Guzmán jesuita brasileño residente en Lisboa, hizo ascender un globo de su invención, el día 8 de agosto de 1709, utilizando aire caliente. Fueron testigos de su hazaña la corte de Lisboa y una inmensa muchedumbre que había acudido a presenciar el portentoso espectáculo. De ser ciertas estas experiencias el nacimiento de la Aerostación se adelantaría 74 años.

Freire de Carbalho asimismo afirma que el padre Guzmán, nacido en Santos (Brasil), había inventado una máquina con la que podía trasladarse de un lugar a otro por el aire. Dice también que la primera experiencia aérea de Guzmán, fue realizada, el 18 de agosto del año 1709, en el patio de la Casa de Indias de Lisboa, ante el rey Juan V de Portugal, la nobleza portuguesa y multitud de personas. La ascensión de esa especie de globo, se piensa fue lo que inventó, se consiguió al arder cierto material al que aplicaba fuego el mismo inventor. El artefacto volador, subió suavemente hasta la altura de la Sala de los Embajadores y descendió del mismo modo.

No está documentado el resultado de la prueba, como tampoco las características del aparato, lo que sí se sabe es que Guzmán fue pensionado con 600.000 reis (3.750 pesetas del año 1700).

Llevó a cabo otras experiencias, en la segunda de las cuales, el artefacto utilizado era diferente de los anteriores. En la cuarta prueba no fue el

mismo que el de las tres anteriores. En esta ocasión, utilizó una máquina con dos medios globos, uno dentro del otro, siendo el más pequeño de papel resistente y el exterior de madera. En una prueba posterior, sustituyó la madera del globo exterior por tela, haciendo la forma más oblonga y dotándola de una barquilla para la tripulación y la carga. La experiencia se realizó en octubre del año 1709, lanzándose desde el castillo de San Jorge (Lisboa), y aterrizando, a un kilómetro de distancia en el Terreiro do Paço. El artilugio tripulado el artefacto por el propio Guzmán, pero este vuelo puede ser considerado más como un descenso en paracaídas que como un planeo.

El padre Guzmán fue víctima de «los cazadores de brujas» que le acusaron de hechicería ante la Inquisición, al considerar su invento cosa del diablo. El Santo Oficio lo condenó y encerró en un calabozo, del que le sacó la Compañía de Jesús, huyendo a España donde fallece en el Hospital de la Misericordia de Toledo. Fue enterrado en la parroquia toledana de San Román el 19 de noviembre del año 1724. Fue homenajeado por los asistentes de las naciones que asistieron al I Congreso Iberoamericano de Aeronáutica. Una placa recuerda *in situ* la efemérides.

Estamos cerca del nacimiento de la Aerostación, pero mientras llega ese momento conoceremos algún otro personaje que ha aportado su sabiduría y audacia a la conquista del aire. Uno de ellos es Jean-François Boyvin de Bonnetot, marqués de Bacqueville, quien a los 62 años de edad, no vaciló en adaptarse unas burdas alas batientes de caña forradas de tela, para lanzarse valientemente desde el balcón de su casa en París para dirigirse al jardín de las Tullerías. Presenció el ensayo una gran multitud y cuando llevaba recorridos unos 300 metros planando cayó sobre una barca de unas lavanderas que había en el río, fracturándose una pierna. Por la edad en que realizó esta prueba, puede considerarse como el «abuelo» de los voladores prehistóricos.

Estas experiencias aeronaúticas inspiraron al marqués de Argenson, ministro de Asuntos Exteriores de Luis XV de Francia, que escribió en el año 1750, unas memorias que podemos calificar de proféticas. En ellas decía:

> «Estoy convencido de que uno de los primeros descubrimientos por hacer, probablemente reservados a nuestro siglo, sea el arte de volar por el aire. De este modo los hombres viajarán rápida y cómodamente e incluso se transportarán las mercancías en grandes navíos voladores.»

En otro capítulo de dichas memorias continuaba diciendo:

> «Habrá ejércitos aéreos. Nuestras fortificaciones actuales se volverán inútiles. La guarda de los tesoros, el honor de las mujeres y de las jóvenes quedará bien expuesto hasta que se establezca una gendarmería del aire y se haya cortado las alas a los atrevidos y a los bandidos. En ese tiempo los artilleros aprenderán a tirar al vuelo. Se hará necesario crear en el reino el nuevo cargo de ministro de las Fuerzas Aéreas.»

En el año 1781**,** Jean-Pierre Blanchard*,* del que volveremos a hablar posteriormente como aeronauta, construyó en casa del abad de Viennay, en las afueras de París, un navío volador. Los periódicos de la época la describían así:

> «Una lanchita de cuatro pies de largo por dos de ancha, muy sólida, aunque construida por delgadas varillas; a los lados de la barca dos montantes de seis a siete pies de altura, que sostienen cuatro alas de 10 pies de longitud cada una, las que conjuntamente forman un paracaídas de 20 pies de diámetro. Estas cuatro alas se mueven con una facilidad sorprendente. La máquina, aunque muy voluminosa puede ser levantada fácilmente por dos hombres.»

Cuando al siglo XVIII le restan pocos años de vida, cuando en España reinaba Carlos III, cuando Europa aún no está convulsionada por la Revolución Francesa, y cuando reinan en Francia, Luis XVI y María Antonieta, dos hijos de un rico fabricante de papel de Annonay (Francia), Pedro Montgolfier, tuvieron la inspiración de construir un globo de seda que al aproximarle una llama se elevaba rápidamente hasta el techo de la habitación, de la casa de Avignon, en que realizaban la experiencia. El feliz resultado de esta prueba realizada sin testigos, abrió para ellos horizontes incalculables que le hicieron vislumbrar el alcance de su invento.

Animados por este descubrimiento, que al conocerse en París causó gran sensación, se decidieron a hacer una experiencia pública con un aeróstato de aire caliente, fabricado con husos de tela, forrados de papel, ensamblados por medio de botones.

Así como bastaron dos hombres para montar el globo y llenarlo de gas, fueron necesarios ocho para sujetarlo hasta la señal de lanzamiento. Se elevó al principio con movimiento acelerado y más pesadamente después. Permaneció 10 minutos en el aire, pero la pérdida de gas por las imperfecciones de la máquina no le permitieron sostenerse más tiempo. El globo descendió tan suavemente que no se rompió. Este primer experimento aerostático tuvo lugar el día 4 de junio del año 1783.

El entusiasmo que la ascensión del primer globo despertó se difundió rápidamente por todas partes, máxime cuando el informe de la prueba tuvo entrada en la Academia de las Ciencias de París. El documento causó tal sensación entre los académicos que, rápidamente pusieron en marcha una suscripción para que se repitiera la experiencia en París.

Enterado del suceso el científico también francés, J. A. Charles, profesor de la Universidad de la Sorbona, con la ayuda de los hermanos Jean y Nöel Robert, mecánicos de talento, construyen un pequeño globo de seda impermeabilizada y lo llenan de hidrógeno. Hicieron el lanzamiento sin tripulantes, desde el Campo de Marte, el 27 de agosto del año 1783. El globo voló 45 minutos antes de caer cerca de Gonesse donde los campesinos asustados de la aparición de ese ingenio totalmente desconocido para ellos, lo hacen jirones. El Gobierno francés, para evitar repeticiones de espectáculos de esta índole, publica una proclama informando que los globos:

> «No eran más que máquinas hechas de tafetásn, que algún día serían útiles a la sociedad.»

El éxito de estas ascensiones provocó la llamada a París de los hermanos Montgolfier que ante Luis XVI, que lo había pedido, repiten el ensayo. Se elevan en Versalles, llevando a bordo una jaula de mimbre en la que iban los primeros pasajeros aéreos del mundo: un gallo, un carnero y un pato.

El éxito coronó el experimento, y ya nada se oponía a realizar un experimento con pasajeros humanos. Aunque los Montgolfier estaban recelosos, al final consienten en que se realice dicha experiencia. Es el gran momento, es el comienzo de la auténtica «conquista del aire». La prueba se efectúa en un globo cautivo el día 15 de octubre de 1783, siendo el primer aeronauta, Jean François Pilatre de Rozier. Se infla y se lanza el globo que asciende hasta 20 metros de altura que era la longitud máxima de las cuerdas de anclaje. Después de varias subidas y bajadas, decide incorporar un pasajero, correspondiéndole el honor a Giroud de Villete. Días más tarde, Pilatre de Rozier y el oficial de Infantería, Francois Laurent, marqués de Arlandes, efectúan la primera ascensión libre, sustituyendo, a última hora, a dos condenados a muerte que habían sido elegidos para la prueba. Se inicia el viaje elevándose en los jardines de la Muette el día 21 de noviembre de 1783 y al cabo de 25 minutos de vuelo descienden en las proximidades del molino de Croulebarbe, en las afueras de París.

Al día siguiente de su primer experimento el profesor Charles y los mecánicos hermanos Robert comienzan la construcción de un nuevo globo de gas. La ascensión iba a efectuarse el día 28 de noviembre, pero se apla-

zó hasta el 1 de diciembre, a causa de una explosión que no tuvo consecuencias graves. Charles y Robert, el más joven de los hermanos, se elevan desde las Tullerías. Este globo, el primero de hidrógeno con pasajeros, incorporaba una serie de mecanismos que casi no sufren modificaciones durante todo el tiempo que duró la aerostación, a saber: envolvente impermeabilizada y barnizada, red que envuelve al globo, barquilla colgante, válvula de salida del gas, lastre para regular la ascensión y ancla. Después de dos horas de excelente navegación, el globo se posa cerca de Nesle, baja Robert y Charles como único piloto vuelve a salir, ascendiendo 3.000 metros y posándose definitivamente cerca del bosque de la Tour-du-Lay.

El tercer viaje aerostático del que se tiene noticia, tuvo lugar en Lyon, el día 19 de enero de 1784. El vuelo se efectúa en el globo *El Fresselles*, llevando a bordo a los siguientes pasajeros: Joseph Montgolfier y Pilatre de Rozier, el príncipe Carlos de Ligne, el conde de Laurencin, el conde de Dampierre y y el conde La Porte d'Anglefort. Esta ascensión ha pasado a la Historia por el hecho que cuando el globo estaba iniciando la salida, saltó a bordo de la barquilla, sin estar invitado para ello, un joven llamado Fontaine, que había participado en su construcción. Este séptimo pasajero, no previsto, puede ser considerado el primer polizón aéreo de la Aeronáutica.

En los primeros días del año 1785, de nuevo el aeronauta Blanchard, realiza una hazaña notable. Acompañado por el doctor inglés Jeffries, que financió los gastos de la proeza, realiza la primera travesía del canal de la Mancha saliendo de Dover y aterrizando en Calais.

Pilatre de Rozier, al conocer la noticia de la travesía del canal de la Mancha, decide intentar la misma travesía pero en sentido contrario. Inicia la ascensión en Boulogne-sur-Mer, acompañado por Pedro Ángel Romain. El aerostato utilizado estaba formado por un globo de hidrógeno para proporcionar la fuerza ascensional y otro cilíndrico colocado debajo del anterior de aire caliente. A los 25 minutos de travesía, empiezan a salir llamas en la parte superior del globo que incendia la envoltura que le hace caer bruscamente a tierra, cerca de Wimereux, falleciendo los dos aeronautas. La colocación de los dos globos, disposición muy peligrosa, parece ser la causa de la explosión del hidrógeno y por tanto del accidente mortal. El día 15 de junio de 1785, pasa a la historia de la Aeronáutica, como la fecha aciaga en la que se producen las dos primeras víctimas de la navegación aérea.

Hasta la Revolución Francesa, que prohíbe las experiencias aerosteras, no hubo fiesta popular ni conmemorativa que no se festejara con el lanzamiento de globos libres con o sin tripulantes. Esta prohibición propicia el nacimiento de la Aerostación Militar francesa. El momento llega en el año 1793, cuando Guyton de Morveau, aconseja a la Comisión Científica del Comité de Salud Pública de la República la utilización de globos como medio de observación del campo de batalla. De resultas de ello, dicho comité encarga al aeronauta Charles, experimentar con globos cautivos. Poco tiempo después, Charles, presenta su informe y como consecuencia de él, se crea la Compañía de Aerostación, primera del mundo, que meses más tarde, efectúa la primera ascensión cautiva militar en la plaza de Maubeuge sitiada por los austriacos. Para mandar la Compañía, es promovido al empleo de capitán el físico Juan María Coutelle, que había colaborado con Charles en las pruebas y ensayos que se habían realizado.

Volviendo a España, nos encontramos que un periódico alemán, publicó la noticia de que un español, inventor de una aeronave, había efectuado un vuelo. En el periódico citado apareció asimismo una fotografía de un grabado al aguafuerte, actualmente en la Biblioteca Nacional de París, en la que se observa cómo el placentino José Patiño, que así se llamaba el español aludido, había salido de Plasencia para dirigirse a Coria, de la que le separaban 12 millas. El periódico continúa diciendo que el artefacto, aterrizaba en Coria, al declinar la tarde. En el grabado citado, además del mar inexistente, puede observarse que la máquina voladora bautizada *Pez aerostático* era tripulada por dos remeros y un timonel que cabalgaban sobre el pez.

Otro hecho notable ocurrido en nuestra nación es contado en las *Efemérides burgalesas* por Juan Albarellos. No dice que un humilde pastor español, Diego Marín Aguilera, de Coruña del Conde (Burgos), marcaría un importante hito en la historia de la Aeronáutica, al realizar el primer vuelo humano del que se tienen noticias documentadas. Sigue diciendo Albarellos que era persona ilustrada e ingeniosa y con gran afición a los ingenios mecánicos. Obsesionado por el vuelo, construyó con la ayuda de su amigo Juan Barbero, herrero del pueblo, una máquina voladora con la que se lanzó a volar. En su primer intento recorrió una distancia de 436 varas castellanas (375 metros), pasando sobre los tejados del pueblo, a cinco varas. El histórico hecho ocurrió en la noche del día 11 de mayo de 1793. El aparato volador lo describe Albarellos así:

> «La base de la máquina voladora era cuerpo de madera al que quedaban unidas las alas, de dos varas y media de largo, formadas por

varillas de hierro unidas por medio de alambres. Las alas estaban enteramente cubiertas por las plumas guardadas durante varios años. La cola del aparato estaba igualmente cubierta de plumas, y en el cuerpo se alojaban dos estribos para los pies.»

Después de este primer y único vuelo, su familia, destruyó su máquina y Diego no abandonó sus inquietudes aéreas.

Por último, como mera curiosidad, mencionaremos el primer viaje aéreo nocturno del que se tiene noticia. Fue realizado por el aeronauta francés Tétu Brissy que en la noche del día 10 de junio de 1786, voló en un globo desde París a Breteuil, sin que conozcamos más detalles del viaje.

Finalmente diremos que, después de los éxitos de los aerosteros franceses, por toda Europa, se extendió la fiebre de lanzar globos, más o menos caseros, con o sin tripulantes. Pero, ¿qué ocurría mientras tanto en España? En nuestra nación, los ensayos aéreos comenzaron con poca fortuna. El Infante don Gabriel contrató al pintor francés Henri Bouche, establecido en Madrid, para que le fabricase un globo. Bouche**,** una vez construido, quiso probar su globo, para lo cual se elevó en Aranjuez, en julio del año 1784, con tan mala fortuna que cuando iniciaba la ascensión, por no desatar una de las cuerdas que retenían al globo, se produce la inversión del globo que provoca el incendio del aerostato desplomándose a tierra, a envoltura y el desplome a tierra, resultando Bouche gravemente herido. Asistieron al espectáculo la Familia Real y numeroso público. Después de este fracaso tardó mucho tiempo en poderse ver en España una nueva ascensión tripulada.

Ocho años después, un domingo de agosto de 1792, los madrileños se vieron sorprendidos con una gacetilla en el *Diario de Madrid* correspondiente a dicho día donde se leía que el Rey se había servido:

> «Señalar la tarde del domingo 12 de agosto y conceder el Jardín del Real Sitio del Buen Retiro, para que en él se eleve un globo aerostático, el primero que se lanzaba en Madrid, con el piadoso fin de que el producto de la venta de boletos se done a los hospitales General y Pasión, para enfermos pobres.»

Llegó la fecha señalada, y a las seis y cuarto de la tarde, al compás de las bandas de música de los regimientos que guarnecían la plaza, subió el aeronauta italiano Vicente Lunardi, al aparato y después de largar las amarras, sostenido en un solo pie y sujetándose con una sola mano, se elevó majestuosamente.

El globo subió hasta desaparecer de la vista de los asombrados espectadores y fue a caer, una hora después, en Daganzo, a cinco leguas de Madrid, constituyendo tal viaje aéreo el principal acontecimiento de dicho año.

Lunardi, visto el éxito de esta primera ascensión, repite sus experiencias en Madrid. Primero saliendo desde la Plaza de Oriente, para que lo pudiese presenciarlo la Familia Real y posteriormente desde el Parque del Retiro. En ambas ascensiones obtuvo importantes éxitos.

Finalmente, quisiera recordar que los antecedentes de la Aviación Militar española, es decir, su prehistoria, se remontan al mes de noviembre del año 1792. La prueba documental aparece en 1913, cuando el Ministerio de la Guerra dictaba una Real Orden, que demostraba, sin lugar a dudas, que las primeras aplicaciones militares europeas de la Aerostación Militar fueron realizadas, por los artilleros de Segovia.

Dicha Orden, no hacía más que dar de baja en el Archivo de Segovia y alta en el Museo de Artillería, un escrito del conde de Aranda. Pero en dicho documento se decía que el profesor del Real Colegio de Artillería de Segovia, don Luis Proust (químico), y los oficiales don Pedro Fuertes, don Manuel Gutiérrez, don César González y los cadetes don Gernaldo Sahajosa y don Pascual Gayangos regresaban a Segovia, después de llevar a cabo una serie de experiencias con un globo cautivo.

El día 14 de noviembre, estos mismos oficiales efectuaron una exhibición en El Escorial, ante el rey Carlos IV y su primer ministro. Con esta ascensión demostraron la eficacia del globo cautivo, como observatorio aéreo para vigilar el campo de batalla y conocer el despliegue del ejército propio y del adversario. La prueba de observación aérea, fue un completo éxito y el Monarca, plenamente complacido, prometió su ayuda para que los globos fueran incorporados al Ejército.

El conde de Aranda, primer ministro, consideraba a la Aerostación Militar como elemento propio de la Artillería y adecuada para utilizarla. Asimismo decidió ofrecer y presentar el globo al mismo Colegio Militar de Artillería que había concurrido a su fabricación y manejo. Aranda decía:

> «Cuando la estación sea propicia se repetirán las experiencias de observación, mejorando sus condiciones hasta alcanzar una aplicación real y conseguir una utilización eficaz en la guerra.»

El ministro de la Guerra continuaba diciendo que:

> «Del sólo manejo del globo se deducen sus aplicaciones y que aunque sus obligaciones retrasan continuamente la resolución de su estudio para declararlo de utilidad para el Ejército, procuraría no diferirlo.»

Es un tanto extraño que una experiencia realizada con tanto éxito, con la aprobación del propio Rey y recomendada por el ministro de la Guerra, su utilización como nuevo elemento del arte militar, no tuviera una continuación. Pero lo cierto es que, después de estos ensayos no existe prueba documental alguna que confirme la continuidad de las experiencias ni la creación de una unidad que estudiase y explotase las aplicaciones militares de la Aerostación, que tan prometedores inicios había tenido.

De cualquier forma, lo que está fuera de toda duda es el afán de los oficiales artilleros de adaptar una nueva arma de tan reciente aparición, al arte de la guerra. Podemos decir, que con las aplicaciones de la Aerostación al campo militar, había nacido el reconocimiento aéreo.

Como conclusión final podríamos decir que si en este momento recapitulásemos los resultados obtenidos hasta el siglo XIX de la navegación aérea, habría que afirmar que con los «más ligeros que el aire», se consiguió volar, pero que, hasta «los más pesados que el aire» todo se reducía a fábulas, leyendas, deseos, algunos diseños y de vez en cuando, alguna máquina aérea, que al carecer de la energía necesaria, apenas se elevaba del suelo carentes del motor necesario, no se elevaron del suelo.

Pero si entramos en el siglo XIX, la Aerostación alcanzará su máxima popularidad, los dirigibles van a comenzar a pasearse por los aires y está a punto de conseguirse la dirección de los globos. Pero no mucho más se conseguirá.

Pero, como decía Henry Deutsh de la Meurthe, al comenzar el siglo pasado:

> «El siglo XIX ha sido el del vapor y la electricidad; el siglo XX será el de la Locomoción Aérea; tanto si se navega flotando en el aire con salvavidas, o con globo, como si se vuela moviéndose en el fluido, sin otra fuerza que la del motor propulsor; el siglo XX será el "siglo del aire".»

Por tanto, el siglo XIX, es el siglo de los precursores, de los primeros realizadores; es el siglo de los primeros caballeros que abrieron el camino y que permitieron a sus sucesores, los aeronautas del siglo XX, elevarse definitivamente del suelo, pero esto será en el año 1903 y es otra historia...

## ÍNDICE

*Página*

SUMARIO..... 7

PRESENTACIÓN..... 9

*Primera conferencia*

LA FASE MUNDIAL 1763-1805 Y EL VALOR DE LA «PATRIA HISTÓRICA»..... 13

Prospectivas sobre un dilatado compromiso conmemorativo..... 15
El elenco de los Estados ante la postulación de «patria nacional»..... 25
— *Austria*..... 29
— *Prusia*..... 30
— *Rusia*..... 32
— *Polonia*..... 34

La Era revolucionaria..... 36

*Segunda conferencia*

LA FORMACIÓN DEL OFICIAL EN EL SIGLO XVIII. EL MARINO ILUSTRADO..... 43

Estado de la cuestión..... 45
El ingreso en la escala jerárquica a finales del siglo XVII..... 46
Los criterios y las realizaciones educativas..... 49
Artilleros e ingenieros a la cabeza de las reformas..... 53
La formación del marino dieciochesco..... 57

*Página*

La Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas..... 59
Pruebas de ingreso y disciplinas impartidas..... 62
Los resultados..... 65

*Tercera conferencia*

EL CORONEL CADALSO: UN OFICIAL «PATRIOTA Y CRÍTICO» (1741-1782)..... 69

Una forma crítica de ser patriota..... 73
Una educación privilegiada..... 77
El mesianismo regresivo de un escéptico..... 78
La vocación para la carrera de las armas..... 79

*Cuarta conferencia*

LA AERONÁUTICA HASTA EL SIGLO XIX. FÁBULAS, LEYENDAS Y TRADICIONES..... 83

ÍNDICE..... 107

## RELACIÓN DE MONOGRAFÍAS DEL CESEDEN

***1.** Clausewitz y su entorno intelectual. (Kant, Kutz, Guibert, Ficht, Moltke, Sehlieffen y Lenia).

***2.** Las conversaciones de desarme convencional (CFE).

***3.** Disuasión convencional y conducción de conflictos: el caso de Israel y Siria en el Líbano.

***4.** Cinco sociólogos de interes militar.

***5.** Primeras Jornadas de Defensa Nacional.

***6.** Prospectiva sobre cambios políticos en la antigua URSS. (Escuela de Estados Mayores Conjuntos. XXIV Curso 91/92).

**7.** Cuatro aspectos de la Defensa Nacional. (Una visión universitaria).

**8.** Segundas Jornadas de Defensa Nacional.

**9.** IX y X Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa.

**10.** XI y XII Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa.

**11.** Anthology of the essays. (Antología de textos en inglés).

**12.** XIII Jornadas CESEDEN-IDN de Portugal. La seguridad de la Europa Central y la Alianza Atlántica.

**13.** Terceras Jornadas de Defensa Nacional.

***14.** II Jornadas de Historia Militar. La presencia militar española en Cuba (1868-1895).

***15.** La crisis de los Balcanes.

**16.** La Política Europea de Seguridad Común (PESC) y la Defensa.

**17.** Second anthology of the essays. (Antología de textos en inglés).

**18.** Las misiones de paz de la ONU.

**19.** III Jornadas de Historia Militar. Melilla en la historia militar española.

**20.** Cuartas Jornadas de Defensa Nacional.

**21.** La Conferencia Intergubernamental y de la Seguridad Común Europea.

**22.** El Ejército y la Armada de Felipe II, ante el IV centenario de su muerte.

**23.** V Jornadas de Defensa Nacional.

**24.** Altos estudios militares ante las nuevas misiones para las Fuerzas Armadas.

**25.** Utilización de la estructura del transporte para facilitar el cumplimiento de las misiones de las Fuerzas Armadas.

**26.** Valoración estratégica del estrecho de Gibraltar.

**27.** La convergencia de intereses de seguridad y defensa entre las Comunidades Europeas y Atlánticas.

**28.** Europa y el Mediterráneo en el umbral del siglo XXI.

**29.** El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

**30.** Un estudio sobre el futuro de la no-proliferación.

**31.** El islam: presente y futuro.

**32.** Comunidad Iberoamericana en el ámbito de la defensa.

**33.** La Unión Europea Occidental tras Amsterdam y Madrid.

**34.** Iberoamérica, un reto para España y la Unión Europea en la próxima década.

**35.** La seguridad en el Mediterráneo. (Coloquios C-4/1999).

**36.** Marco normativo en que se desarrollan las operaciones militares.

**37.** Aproximación estratégica española a la última frontera: la Antártida.

**38.** Modelo de seguridad y defensa en Europa en el próximo siglo.

**39.** La Aviación en la guerra española.

**40.** Retos a la seguridad en el cambio de siglo. (Armas, migraciones y comunicaciones).

**41.** La convivencia en el Mediterráneo Occidental en el siglo XXI.

**42.** La seguridad en el Mediterráneo. (Coloquios C-4/2000).

**43.** Rusia: conflictos y perspectivas.

**44.** Medidas de confianza para la convivencia en el Mediterráneo Occidental.

**45.** La cooperación Fuerzas de Seguridad-Fuerzas Armadas frente a los riesgos emergentes.

**46.** La ética en las nuevas misiones de las Fuerzas Armadas.

**47.** Operaciones anfibias de Gallípolis a las Malvinas.

**48.** La Unión Europea: logros y desafíos.

**49.** La seguridad en Mediterráneo. (Coloquios C-4/2001).

**50.** Un nuevo concepto de la defensa para el siglo XXI.

**51.** Influencia rusa en su entorno geopolítico.

**52.** Inmigración y seguridad en el Mediterráneo: el caso español.

**53.** Cooperación con Iberoamérica en el ámbito militar.

**54.** Retos a la consolidación de la Unión Europea.

**55.** Revisión de la Defensa Nacional.

**56.** Investigación, Desarrollo e Innovación (I+D+I) en la defensa y la seguridad.

* Agotado. Disponible en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.